

EL ESCRITOR DE TORRE DEL MILANO

Alex García Franks



Círculo Rojo
EDITORIAL

El escritor de Torre del Milano

Alex García Franks



Primera edición: octubre 2017

ISBN: 978-84-9183-194-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Alex García Franks

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: 123rf - Jacek Nowak

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

*A mis padres por su ánimo.
A Melissa por su paciencia y apoyo.*

PRÓLOGO

Hace más de una hora que el hotel Torre del Milano es presa de las llamas.

En torno al edificio, a cierta distancia, un nutrido corrillo de gente sigue con expectación el trajín de los profesionales que se afanan en sofocar el incendio. Los bomberos han acudido enseguida, como de costumbre —pocos minutos después de que se activara la alarma, ya había varios camiones aparcados frente al hotel—, pero hasta ahora sus esfuerzos han sido nulos. El edificio sigue ardiendo con furia, y las llamas flameantes son avivadas por las intensas ráfagas de viento.

Entre la confusión del humo y el resplandor que envuelve al inmueble se distingue el frenético ajeteo de los bomberos, un caótico vaivén de siluetas imprecisas que corren de aquí para allá luchando por apagar el fuego: unos disparando chorros de agua a presión desde las escaleras aéreas que se elevan desde los camiones; otros en posiciones más expuestas, combatiéndolo con hachas, mazos y mangueras.

De tanto en tanto, del corro de espectadores brota un murmullo inquieto que se propaga como una ola entre la multitud. Todos contemplan la dantesca escena con creciente inquietud, sus rostros descompuestos por el espanto... Pero si uno se fija con detenimiento, se dará cuenta de que hay una persona que no parece compartir la conmoción general. Un hombre alto y desgarrado con aspecto de viejo lobo de mar —tupida barba blanca, impermeable amarillo, gorro de lana raído— que a diferencia de los que le rodean, lo observa todo con extraña impavidez, sin inmutarse, sin que se muestre siquiera conmovido por lo que ve... Sin embargo, esta impresión es engañosa; no se corresponde en absoluto con lo que realmente siente, la angustia que bulle bajo esa fachada de falsa indiferencia.

Esto se pone de manifiesto minutos después, cuando entreoje los aullidos de un bombero al que sus compañeros están alejando a la fuerza del hotel.

Mientras le conducen a una ambulancia aparcada unos metros más allá, no para de revolverse como un poseso, tratando inútilmente de zafarse de los brazos que le sujetan.

—¿¡Estáis sordos!?! —grita con desesperación—. ¡Os digo que hay una mujer y un niño ahí dentro!, ¡tenemos que volver!... ¡Soltadme!

En el momento en que escucha estas palabras, el viejo comienza a abrirse paso a empellones entre la muchedumbre, encaminándose precipitadamente hacia la ambulancia. Para cuando la alcanza, acaban de tumbar al herido en una camilla y ya hay un par de enfermeros atendiéndole.

—¡Déjenme pasar, por favor! —grita intentando hacerse hueco entre los bomberos, pero en medio de la confusión nadie parece oírle—. ¡Por favor! —vuelve a gritar, y esta vez sí, al tocar la espalda de uno de ellos, consigue captar su atención.

—¿¡Qué demonios quiere?! —se queja este dándose la vuelta con brusquedad—. ¿No ve cómo estamos?

—Por favor, necesito hablar con ese hombre. Solo un minuto. Es importante.

Durante un instante el bombero le mira en silencio, extrañado ante su agitación. De fondo les llegan las súplicas del herido mientras los enfermeros se esfuerzan en inmovilizarle para curar sus quemaduras. Al fin, tras unos segundos de vacilación, se echa a un lado y accede a dejarle pasar.

—Eh, Juan, ¡Juan!, aquí hay un tipo que quiere hablar contigo. —Tiene que alzar la voz para hacerse oír por encima de la agitada conversación de los sanitarios. De repente, como respondiendo a una señal que hubiese sido concertada de antemano, todos los presentes se giran hacia el recién llegado, contemplándole con curiosidad.

—Es... es por lo que ha di-dicho antes —balbucea el viejo con nerviosismo—. ¿Ha mencionado a un niño?

—Sí, así es —repone el interpelado. Y de seguido, volviéndose con inquietud al resto de sus compañeros, exclama—: Un niño y una mujer... Estaban en la última planta del hotel, ¡hay que sacarles de...!

—¿¡Está usted seguro de que era un niño!?! —grita el viejo atajándole a mitad de la frase con mirada perturbada.

De nuevo, todos los presentes se sorprenden ante la vehemencia del viejo, que parece trastornado, fuera de sí.

—Sí, sí, era un niño —contesta el herido—. Estaban de pie, junto a la

ventana.

Pero el hombre de la barba blanca no da señas de atenderle, y de súbito, se abalanza sobre el otro como poseído.

—¿Ha llegado a ver el cabello del niño?! —le chilla cogiéndole de la solapa—. ¿De qué color era?, ¿de qué color tenía el pelo?

Rápidamente los presentes se lanzan sobre el presunto agresor para quitárselo de encima, aunque esto no consigue acallarle. Mientras se lo llevan a rastras de allí, no deja de repetir una y otra vez:

—¡Por favor, dígamelo!, ¡necesito saberlo!, ¿cómo era? Por favor, ¡por favor!...

El herido lo ve alejarse desde la camilla, demasiado atónito como para reaccionar, pero entonces cae en la cuenta de que conoce la respuesta a esa pregunta.

—¡Pelirrojo! —grita para salvar la distancia que les separa—. ¡El niño era pelirrojo!

A esto le sigue uno de esos silencios densos en los que todo parece detenerse, abrupto y turbador a un tiempo. Nadie habla, solo se escucha el ruido del incendio que lo devora todo. Es el viejo quien rompe el extraño hechizo, aunque lo que dice resulta incomprensible:

—Dios mío, tenía razón, no mentía —susurra en un murmullo apenas audible. Toda la crispación ha desaparecido de su rostro, transformándose en una sonrisa complaciente. Y mientras estas palabras salen de sus labios temblorosos, las lágrimas comienzan a surcar calladamente sus mejillas.

CAPÍTULO 1

Unos días antes

Aparcó enfrente del hotel. Tras apagar el motor, Rodrigo permaneció aún unos minutos dentro del vehículo, fumando un cigarro. Era noche cerrada y hacía un tiempo desapacible. Fuera, la lluvia caía con fuerza sobre el pavimento, anegándolo de agua, y el viento aullaba sacudiendo las ramas de los árboles como marionetas agonizantes.

A poca distancia de donde se encontraba, colgando de la arcada que daba a la entrada principal del establecimiento, un pequeño farol oscilante iluminaba con luz tenue el contorno del edificio. Durante un momento lo siguió con la mirada, embelesado, evocándole el revoloteo de una luciérnaga a punto de sucumbir a la tupida lobreguez de la noche.

De súbito, un leve golpeteo le hizo volverse sobresaltado hacia la ventanilla. Una mujer con un paraguas estaba inclinada a un palmo del cristal e intentaba decirle algo, pero sus palabras quedaban ahogadas por la tempestad.

—¿Qué? —preguntó apresurándose a bajar la ventanilla.

—¡Digo que si tiene pensado pasar la noche aquí! ¿Ha reservado habitación? —Pese a la proximidad, tuvo que hablar a voz en grito para imponerse al fragor del temporal.

—Sí, sí —contestó, comprendiendo al fin cuando la mujer señaló el hotel.

—Pues va a tener que entrar ya. Estaba a punto de acostarme.

—Sí, claro.

La mujer se hizo a un lado para que saliera y le esperó con el paraguas desplegado. Fue entonces cuando reparó en su muleta.

—¡Vaya, está usted lesionado! —exclamó acercándose a él con solícita inquietud—. ¿Dónde tiene la maleta? Déjeme que le ayude.

—No, gracias, no hace falta —repuso haciendo un débil intento de resistirse, pero para entonces ella ya había adivinado sus intenciones.

—¡Ni hablar! —declaró con firmeza abriendo la puerta del coche y apresurándose a coger el voluminoso bulto que yacía sobre el asiento trasero. Mientras recorría medio ladeada los pocos metros que había hasta el hotel, se permitió hacer una pequeña broma—: Caramba, esto pesa un quintal.

—Traiga, ya la llevo yo —insistió Rodrigo.

—No, de veras, puedo yo sola.

La recepción del establecimiento quedaba a la izquierda de la entrada principal; era un viejo mostrador de roble macizo y, detrás de él, varios casilleros de los que pendían las llaves de todas las habitaciones, a la vieja usanza. El silencio del interior contrastaba agradablemente con la furia de la tempestad que rugía fuera. Nada más entrar, mientras se restregaba los zapatos sobre el felpudo, echó una ojeada complacida a su alrededor. Se trataba de una sala pequeña y acogedora. Al fondo, en la chimenea, ardía un fuego que bañaba el ambiente con su cálida luz e impregnaba el aire de un reconfortante olor a leña quemada.

La mujer entró detrás de él y, tras posar la maleta en el suelo y apoyar el paraguas cerrado en un rincón, se colocó al otro lado del mostrador.

—Supongo que usted es Rodrigo López —dijo tomando asiento frente al ordenador—. Era el último que faltaba por llegar. —Pasó los segundos siguientes tecleando en silencio, concentrada—. Y por lo que veo, se va a quedar tres días con nosotros, ¿hasta el 21? —comentó con ese tono distraído del que no espera contestación, sin apartar la vista de la pantalla.

—No lo sé aún a ciencia cierta, es posible que me quede algo más. Depende...

La mujer levantó la cabeza para mirarlo y fue entonces, en el instante en que sus ojos se encontraron con los de él por primera vez, cuando se llevó ambas manos a los labios, estremeciéndose, con el rostro desfigurado por el espanto. De pronto, el espacio entre ellos se había electrizado, cargado de una tensión incomprensible.

Finalmente, entre asustado e intrigado, Rodrigo inquirió:

—¿Se encuentra bien?

—Perdone, no sé qué me ha dado —balbuceó la mujer cuando logró salir de esa especie de trance y, de inmediato, volviéndose hacia la pantalla, reanudó su tarea haciendo lo posible por ocultar su agitación.

Mientras ella tecleaba con dedos temblorosos, Rodrigo se dedicó a estudiarla a fondo, sin disimulo. Era una mujer de mediana edad, menuda, de rasgos afilados y mentón prominente. La extrema delgadez de sus facciones realizaba el tamaño de sus ojos negros, dando a su mirada una intensidad perturbadora. Sin embargo, en su rostro ajado se adivinaban aún débiles rastros de lo que fue. En su día, la frescura de la juventud había suavizado la dureza de su expresión, pero el paso del tiempo le había arrebatado ese atractivo transitorio, erosionándolo con las implacables marcas de su influjo.

La mujer se giró de nuevo hacia él.

—Ha reservado la Cormorán —susurró con una inconfundible nota de incredulidad en su voz.

—Sí —dijo tras vacilar un instante—. Es una de las habitaciones de la...

—¿Por qué la Cormorán? ¿Qué le ha hecho elegir esa habitación? —le espetó ella sin dejarle acabar la frase.

La inesperada conducta de la mujer le dejó cortado, incapaz de contestar.

—Nada en particular —alcanzó a decir al fin—. ¿Hay... algún problema?

Ella no contestó. Se quedó allí, clavándole sus ojos negros, inmóviles, inquietantes, escrutándolo como si quisiera ahondar en las profundidades de su alma.

—Si está ya ocupada, no me importa coger otra... —prosiguió Rodrigo, tratando fútilmente de no dar muestras de su incomodidad. Pero antes de que pudiera añadir nada más, la mujer se acodó sobre el mostrador, se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

—¿Seguro que está usted bien? —se apresuró a preguntar posando la mano en su hombro, esta vez con sincera preocupación.

Ella intentó responder, pero de su boca solo salieron sonidos inarticulados. Durante varios segundos se limitó a mover la cabeza de un lado al otro, ajena a todo.

—Señora, por favor, hábleme... ¿Quiere que llame a un médico?

—No, no, no es necesario —murmuró suspirando hondo—. Deme un momento, por favor, solo un momento...

—Pero es evidente que necesita ayu...

—¡Le he dicho que no! —exclamó volviéndose hacia él con brusquedad.

La mujer pareció querer decir algo más pero, al igual que la vez anterior, su tentativa murió a mitad de la frase convertida en llanto.

—Lo siento, no puedo con esto, no puedo... —Entonces se levantó de un

salto y desapareció llorando por una puerta que había junto al mostrador, ante la mirada atónita de Rodrigo.

Durante un rato, desde la distancia, le siguió llegando el sonido amortiguado de sus sollozos, y pudo oír también otra voz, más grave, consolándola.

Los segundos pasaron con lentitud, convirtiéndose en minutos, e inexplicablemente, nadie venía a atenderle. Por fin, salió un hombre por la misma puerta que había cruzado la mujer un poco antes. Era un tipo alto, fornido, de cara redonda y facciones suaves, casi afeminadas, que le daban un aspecto bonachón. Su reacción al encontrarse cara a cara con su huésped fue similar a la que había tenido la mujer: se quedó mirándole fijamente, pálido.

—Usted debe de ser Rodrigo López —dijo al cabo saliendo de su estupor, y a renglón seguido, le tendió la mano y se la estrechó con forzada naturalidad—. Disculpe a mi esposa, lleva unos días que no se siente del todo bien —añadió esbozando una sonrisa nerviosa y enseñando unos dientes pequeños y simétricos, muy bien cuidados.

—Tranquilo, no hay nada que disculpar —repuso él agitando la mano en el aire para restarle importancia.

El hombre se sentó tras el mostrador.

—Menuda nochecita que hace, ¿eh? —comentó sin mirarle, pendiente del ordenador. Se veía que era un hábito adquirido en él, algo que hacía sin pensar, simplemente para rellenar el silencio.

Mientras buscaba la información de la reserva, soltó varias trivialidades parecidas. Rodrigo se limitó a asentir, sin prestar mucha atención a nada de lo que decía... hasta que en cierto momento se dio cuenta de que el hostelero había dejado de teclear.

—¿Ocurre algo? —preguntó al advertir el cambio súbito en su expresión. Estaba como petrificado, con la vista fija en algún punto de la pantalla y el ceño ligeramente fruncido. Luego, muy despacio, desvió sus ojos hacia él y lo miró desenchajado.

—Ha escogido la Cormorán —musitó muy bajito, casi como si estuviera hablando consigo mismo.

—Vaya, es curioso que lo mencione —soltó Rodrigo con una risita nerviosa—. A su mujer también le ha extrañado... ¿Le ocurre algo a esa habitación? —Su intención era que su voz sonara casual, para ocultar su desconcierto, pero solo sirvió para realzarlo aún más.

—No, no. Nada en absoluto —se apresuró a responder el otro asumiendo la misma cordialidad del principio—. Es solo que... bueno, que acabamos de terminar de redecorarla y... Ha estado cerrada durante años, ¿sabe? Hace solo un par de días que la abrimos —apostilló.

—Ya —dijo Rodrigo sin mucha convicción.

El hostelero se levantó para darle la llave.

—La Cormorán está arriba, al final del pasillo. Que pase una buena noche. —Luego se despidió de él con cierta precipitación, como si tuviera prisa, y se perdió por la puerta del mostrador.

Rodrigo se quedó solo en medio del vestíbulo, perplejo. Suspiró. Con cierta pereza, cogió su equipaje, se colocó la muleta debajo del brazo y comenzó a subir cojeando las escaleras con dificultad, agarrándose con una mano a la barandilla mientras con la otra arrastraba como podía su pesada maleta. Minutos después cruzaba el umbral de su aposento y se dejaba caer sobre la cama, sofocado y jadeando. Miró a su alrededor. La Cormorán era una habitación abuhardillada, amplia, con las paredes pintadas de un color verdemar que combinaba muy bien con el mobiliario antiguo y le daba un aire fresco a la estancia.

Estuvo tumbado un buen rato, con el rostro congestionado y perlado de sudor, procurando respirar hondo para recuperarse del esfuerzo que le había supuesto llegar hasta allí. Cuando se sintió un poco más reestablecido, se acercó a la ventana. Fuera, el temporal seguía azotando con la misma intensidad y las ráfagas de lluvia caían oblicuas sobre el alféizar, repiqueteando con la virulencia de una corriente.

Rodrigo contempló pensativo el tenue reflejo de su rostro perfilándose en el cristal frente a la negrura insondable de la noche. Después cerró los postigos y con las manos extendidas, palpando en la oscuridad para no tropezarse, hizo el camino de vuelta hasta la cama. A tientas, se sentó en ella, se descalzó despacio, se arropó con las sábanas, sin desvestirse siquiera, y se puso a llorar convulsivamente, apretando la cara contra la almohada para ahogar los gritos que pugnaban por salir de su interior.

CAPÍTULO 2

¡Dios mío! ¡Susana no exageraba!, ¡es la viva imagen de Nicolás! Tiene el mismo aspecto que tendría él ahora: su misma cara, sus ojos, su nariz... Hasta en el color de pelo coinciden. Pelirrojo, como era él... Y para colmo, lleva muleta. Es la leche cuando se para uno a pensarlo... yo apenas me lo creo.

Hay pequeñas diferencias, por supuesto. Algún rasgo que no cuadra con el recuerdo que guardo de Nico... pero son detalles insignificantes. En todo lo demás son idénticos, ¡casi gemelos! Y no solo físicamente. También en los gestos, en su modo de hablar, de moverse. Ha habido un par de veces, por ejemplo, que se me ha quedado mirando con esa carita que ponía Nicolás cuando no acababa de fiarse de lo que le decías, la misma intensidad desconcertante con la que te examinaba él, como si estuviera buscando algún sentido oculto a tus palabras.

Ahora entiendo la conmoción de Susana. No era para menos... Hasta yo hubiera dudado si no fuera por lo que sé. Ha entrado en el despacho excitadísima, llorando a lágrima viva. Al principio no comprendía nada de lo que decía, farfullaba palabras inconexas, pero al cabo de un rato he conseguido tranquilizarla.

—Susi, por favor, cálmate, cariño, no te entiendo.

—Es él, Miguel —ha susurrado entre sollozos sin llegar a mirarme a los ojos. Y después de una pausa, ha dicho—: Vete a verlo por ti mismo si no me crees. Es como..., es exactamente igual que...

No ha podido terminar la frase, pero ni falta que hacía: he adivinado de inmediato a quién se refería. Solo hay un nombre en el mundo que a Susana le cueste tanto pronunciar.

—¿Que quién?... ¿Que Nicolás?

Lo he dicho sin pensar; con brusquedad, casi. Y al segundo, ya me estaba maldiciendo por mi estupidez. ¡Cómo he podido ser tan imbécil de

pronunciar su nombre? Hacía años que ninguno de los dos lo mencionaba; era como un acuerdo tácito, un tabú entre nosotros. Las pocas veces que nos habíamos referido a él había sido por necesidad, y siempre de forma velada, como con pinzas, para no reabrir la vieja herida.

Durante un momento mi mujer se me ha quedado mirando como si acabara de ver un fantasma: pasmada, con la boca abierta, cada vez más pálida.

—Lo siento, cariño, lo siento.

Y he corrido a estrecharla entre mis brazos, a balbucir torpes palabras de consuelo, lo primero que me venía a la cabeza, para confortarla... Pero era tarde para eso; el daño ya estaba hecho. Los siguientes minutos han sido un auténtico calvario: se ha puesto a gritar y a llorar, y a tirarse de los pelos como una histérica, completamente fuera de sí.

—Chisst. Te va a oír, cariño, por favor, contrólate.

Se lo he suplicado varias veces, entre susurros, intentando convencerla de que se tomara uno de sus tranquilizantes, que se calmara, pero ha sido en vano. Todos mis ruegos quedaban ahogados por sus gritos. Estaba tan conmovida que me he empezado a preocupar un poco, y al final he tenido que imponerme. Poco a poco, con mucha delicadeza, he conseguido llevarla al dormitorio, quitarle la ropa y acostarla con suavidad sobre la cama.

Cuando he visto que no iba a salir de la habitación —la he dejado acurrucada, hecha un ovillo, llorando aún, sí, pero bastante más tranquila—, me he dirigido a la recepción. Recuerdo que, mientras iba hacia allí, me ha embargado una mezcla de aprensión y curiosidad. ¿Sería realmente tan parecido como ella aseguraba? He de admitir que, pese al drama que acababa de vivir, tenía mis reservas. Conozco bien a mi Susi, y sé lo exagerada que puede llegar a ser a veces, lo mucho que tiende a sacar las cosas de quicio.

Por eso me he sorprendido tanto cuando por fin me he encontrado frente a frente con el misterioso desconocido. No esperaba un parecido tan extraordinario, la verdad. De hecho, me he quedado sin habla. Estupefacto. No podía creer lo que estaba viendo. Y he pensado: «¡Pero si es él, es Nicolás!». Él ha notado mi extrañeza de inmediato, claro; lo he visto en sus ojos, en la forma en que me miraba. Menos mal que no han sido más que unos segundos. En cuanto me he recuperado de la impresión, me he puesto a hablar como un descosido, para disimular mi turbación. Primero, le he pedido perdón por el comportamiento de Susana —me imaginaba cómo se había ido de ahí, sin dar ninguna explicación—, y la he disculpado diciendo que andaba

un poco pachucha últimamente. Ha sido una excusa tonta, lo admito, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba demasiado nervioso, no podía pensar con claridad. Luego, mientras buscaba la reserva en el ordenador, he intentado darle un poco de conversación... ya sabes, en plan superficial, para relajar la tensión del ambiente. Ni siquiera sé qué tonterías le he contado. Y entonces, cuando he leído el nombre de la habitación que había reservado... casi pego un grito del susto.

Cuando decidimos montar el negocio del hotel, la Cormorán fue la única habitación de la casa que no reformamos y mantuvimos cerrada al público. Era el cuarto de Nicolás. Susana se negó en rotundo durante años a que nadie entrara ahí. Decía que quería conservarla intacta, tal y como había sido en vida de Nicolás. Yo entendía sus motivos, claro, y nunca le puse objeciones, aunque secretamente lo lamentaba: me parecía un sentimentalismo absurdo que, a la larga, nos estaba haciendo perder mucho dinero.

Pero hace poco, hará cosa de un par de meses, cambió de opinión. Recuerdo el día que me lo soltó: fue de sopetón, sin venir a cuento, y aunque no llegó a especificar, yo sabía perfectamente de qué estaba hablando.

—He estado pensando en la habitación —anunció mientras comíamos.

Me dijo que llevaba tiempo sopesándolo y que había cambiado de opinión: quería acondicionarla para que fuera parte del hotel, abrirla al público.

La noticia me entusiasmó, pero me cuidé de no exteriorizarlo para no herir sus sentimientos. Sabía lo delicado que era el asunto para ella, podía imaginarme lo mucho que le había costado tomar esa decisión.

—¿Estás segura, Susana? —pregunté con cautela, dudando de que fuera en serio.

—No tiene sentido mantenerla cerrada —dijo sin levantar la vista del plato. Noté el ligero temblor en su voz, y sus labios se estiraron en una mueca de amargura—. Ya han pasado muchos años. Es hora, estoy preparada.

Al oír aquello, ya no pude contener más la emoción.

—¡Cariño, es maravilloso! —exclamé, y levantándome de la mesa, la rodeé entre mis brazos.

Empezamos la reforma casi de inmediato, a la semana siguiente, y conseguimos terminarla en un tiempo récord: algo menos de un mes. Se nos ocurrió bautizarla con ese nombre tan pintoresco, “Cormorán”, para seguir con la misma línea de las otras habitaciones —a todas les pusimos nombres de árboles y pájaros autóctonos de Cantabria—.

Así pues, esta era la primera vez que iba a ocuparla un huésped. De ahí nuestra sorpresa. Pero es que no es para menos. Quiero decir, mantienes una habitación cerrada durante un montón de tiempo, y resulta que cuando por fin te decides a abrirla al público, la primera persona que la reserva es la viva imagen del ser querido que la habitaba... ¡ya es casualidad!

—Ha escogido la Cormorán.

Se me ha escapado sin querer, estaba pensando en voz alta. Y como es natural, al joven le ha sorprendido mi reacción.

—Vaya, es curioso que lo mencione. A su mujer también le ha extrañado... ¿Le ocurre algo a esa habitación?

Lo ha preguntado sonriendo, pero en su voz había, sin duda, una nota de suspicacia. Algo totalmente comprensible, teniendo en cuenta que, según él mismo ha dicho, Susana había reaccionado igual que yo.

He intentado arreglar mi metedura de pata explicándole que acabábamos de redecorarla y demás, pero me da que ha sido peor el remedio que la enfermedad, porque no paraba de trabarme y tartamudear de lo nervioso que estaba.

Confieso que me he sentido aliviado cuando me he ido de allí, pero ahora, al pensar en cómo le he tratado... Me he despedido de él con torpeza, haciendo gala de una absoluta falta de profesionalidad. Ha sido una situación tan bochornosa... ¡Pobre hombre! No puedo quitarme de la cabeza la mala impresión que hemos debido causarle. Seguro que cree que estamos locos de remate.

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente Susana se despertó temprano. Lo primero que hizo fue subir al desván, de donde sacó dos maletas pequeñas, una para ella y otra para Jaime, su hijo.

Había pasado la noche en vela, incapaz de conciliar el sueño, recapacitando sobre la escenita que había montado. ¿Qué le había sucedido? ¿Cómo podía haber perdido el control de esa manera? A cada instante recordaba lo que había hecho, la forma tan patética en que se había comportado. Cada vez que se acordaba, se le contraían todos los músculos del rostro en un intenso acceso de grima y crispación.

—¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! —se reprochaba entornando instintivamente los párpados, como queriendo apartar de sí el enojoso recuerdo.

No entendía por qué aquel joven le había afectado hasta ese punto. Guardaba un parecido extraordinario con Nicolás, eso era innegable, pero ¿y qué?... «¡Sabes que no es él, tonta, lo sabes, así que no empieces a abrigar ideas extrañas!».

Esto era lo que más le preocupaba. Temía por encima de todo sufrir de nuevo una recaída, revivir aquel infierno que creía haber dejado atrás para siempre. Había transcurrido mucho tiempo desde su última crisis —no había vuelto a tener ninguna desde hacía años—; por eso se sentía tan perdida y desconcertada.

Intentaba convencerse de que solo había sido un momento de enajenación transitoria, una locura pasajera a la que no debía dar mayor importancia pero, aun así, le era imposible desterrar por completo la duda... ¿Y si se equivocaba? ¿Cómo podía estar segura de que no volvería a ocurrir?

En el fondo siempre había albergado un cierto temor a ese respecto. Cuando se pasa por lo que ella había pasado, el miedo y el remordimiento te atenazan

de por vida, nunca te acaban de abandonar del todo. Sin embargo, no era eso lo que más le preocupaba en esos momentos. Con el miedo se puede vivir, es algo a lo que uno termina por acostumbrarse. Y en cuanto al remordimiento, siempre había sido capaz de mantenerlo a raya... hasta ahora, al menos.

«¿Qué habrá pensado Miguel al verme así?»

Esto era lo que realmente la inquietaba. La herida que estaba sin curar. Al principio, durante los años aciagos que siguieron a la desaparición de Nicolás, cuando el recuerdo de la tragedia la martirizaba día y noche como una pesadilla de la que no podía despertar, Miguel jamás la defraudó, siempre se mantuvo a su lado, al pie del cañón. Aquel fue un periodo difícilísimo para ambos, sobre todo para ella. Estuvo muchos meses encerrada en sí misma, hermética, perdida en la negrura de su desconsuelo, un dolor amargo que saturaba cada partícula de su ser, subyugándola bajo el peso de la impotencia, del remordimiento, de la repugnancia que sentía hacia sí misma... Y cada vez que las cosas se ponían feas —algo que tristemente empezó a ocurrir con mayor frecuencia conforme iba pasando el tiempo—, toda esa ira acumulada salía convertida en un torrente furibundo de crueles acusaciones y reproches que acababa descargando sobre su marido.

—¡Largo de mi vista, imbécil! —le gritaba colérica cada vez que entraba en una fase aguda de depresión y él, con toda su buena voluntad, hacía tímidas tentativas de animarla—. ¡Por qué no me dejas en paz de una santa vez! ¡¡No te soporto!!...

El pobre Miguel encajaba esos desplantes con resignación, manteniendo la compostura. Tenía el talante sosegado de las personas comprensivas. Jamás se lamentó, ni perdió nunca la paciencia con ella; jamás le chilló, ni la recriminó por el modo en que le trataba. Entendía por qué su mujer reaccionaba así: no era ella la que hablaba, sino la furia que la consumía por dentro; de ahí brotaba toda la rabia de aquellos violentísimos ataques. Por eso la perdonaba.

Pero por norma general, cuando uno traga mucha mierda y no la expulsa, alguna parte de su cuerpo lo acaba resintiendo. Esto fue exactamente lo que le pasó a Miguel. Poco a poco, el estrés y la preocupación fueron haciendo mella en su ánimo, enervándole por dentro hasta desgastarle, como hace la erosión con las rocas que son más vulnerables.

Al final sucedió lo inevitable, lo que todos menos Susana veían venir. El infarto de Miguel no cogió a nadie desprevenido, solo a ella. Llevaba tiempo

con mal aspecto. Su deterioro físico, perceptible a simple vista, se acentuaba día tras día; solamente a un ciego le hubiera podido pasar desapercibido.

Ocurrió de un modo repentino. A primera hora de la mañana de un martes, mientras se duchaba. Ella estaba en el ala opuesta de la casa, abajo, de camino a la cocina, pero pese a la distancia, oyó el ruido perfectamente. Un sonido sordo, amortiguado. Corrió hacia las escaleras y las subió de dos en dos, angustiada. Cuando llegó al baño, su marido estaba despatarrado en el suelo, inconsciente, con un hilillo de sangre saliéndole de la cabeza.

—¡¡Dios mío, Miguel!! —chilló.

Después de todos esos años, todavía se estremecía al recordar la confusa vorágine de sentimientos que la embargaron cuando se abalanzó sobre su cuerpo inmóvil, gritando como una histérica, y luego, durante aquel horrible trayecto en ambulancia hasta el hospital, mientras sujetaba su mano entre las suyas, maldiciéndose por su estupidez, por su egoísmo, por su ceguera... ¡Ella le había provocado el ataque! ¡Ella era la culpable de lo que le había pasado!

Las reverberaciones de aquel episodio calaron hondo en su mente y su corazón, transformándola para siempre. Para ella fue como despertar de un sueño para encontrarse inmersa en una pesadilla; un seísmo tremendo que la convulsionó de pies a cabeza y sacudió los mismísimos cimientos de su alma. Sintió como si alguien le quitara la venda de los ojos y la dejara ver la realidad con nitidez, sin tapujos. Por primera vez tomó conciencia de lo imprescindible que era Miguel en su vida, de lo mucho que le necesitaba...

«¡Cómo no te has dado cuenta! ¡Cómo has podido tratarle así!». Mientras le miraba con los ojos empañados en lágrimas —allí, tendido sobre la camilla de aquella ambulancia, desamparado como un niño, demasiado débil para hablar—, la invadió una oleada de remordimiento, de angustia, de abatimiento, de pesadumbre... Y la poseyó también el pánico, un profundo desasosiego. No dejaba de imaginar su vida sin él. ¡Qué espantoso sería no volver a ver su cara, escuchar su voz, no poder estrecharle entre sus brazos cada mañana al despertar y recrearse con la calidez de su cuerpo, la tenue fragancia de su piel...! Pero lo que más temía era que Miguel muriera sin saber cuánto le quería; que se fuera antes de que pudiera disculparse por lo mal que se lo había hecho pasar durante todo ese tiempo, y expresarle su agradecimiento por el amor y el apoyo incondicional que le había mostrado siempre.

Gracias a Dios, el incidente se quedó en susto. Fue un aviso, nada más. Tras

hacer su diagnóstico, el médico que le atendió confirmó que el ataque había sido un mero síncope, no revestía gravedad. Sin embargo, aquel incidente marcó para Susana un punto de inflexión irrevocable. Fue una de esas experiencias traumáticas que le obligan a uno a hacer examen de conciencia con propósito de enmienda. En ese momento vio con absoluta claridad lo que hasta entonces no había querido reconocer: su egoísmo, su ofuscación, el injusto trato que le había dispensado a Miguel cegada por la rabia y la impotencia que la consumían... pero esta revelación, lejos de eximirla, la hizo sentirse más culpable.

Su marido lo había aguantado todo en silencio, sin quejarse, sufriendo tanto como ella, y ese descubrimiento hizo que le quisiera más que nunca.

Aquel día Susana se prometió a sí misma que de ahí en adelante iba a cambiar. Jamás volvería a reprocharle nada ni le daría motivo alguno de preocupación. Llevaría su dolor por dentro, oculto, trataría de que no se le notara en absoluto. Y se esforzaría por comportarse con normalidad, como hacía él, procurando que la vida de ambos fuera lo más agradable posible.

Durante años había conseguido mantenerse fiel a su promesa, si bien no le resultó nada fácil al principio. Tuvo que aprender a arrinconar los siniestros demonios que la asediaban día y noche, y a llenar el irremplazable vacío que deja la ausencia del ser más querido de todos. Por suerte, el paso del tiempo consiguió que el dolor se fuera difuminando en el confín de sus recuerdos, convirtiéndose poco a poco en una melancolía soportable... Llegó un momento en que pudo mirar atrás y evocar la cara de su hijo sin sentir esa horrible punzada de amargura. Entonces supo que estaba curada, que la herida había cicatrizado.

O eso era lo que había creído. Hasta la noche anterior estaba convencida de que lo había superado, no quedaba más que un sordo residuo de aquel martirio que vivió en su día. Ahora sabía que se equivocaba, que lo había subestimado; su arrebato frente a aquel huésped era un testimonio claro de ello. En cuestión de segundos, todos esos fantasmas habían vuelto de golpe para castigarla, resarciéndose con saña por su soberbia.

«¡Ay, Dios mío!... ¿Y dónde voy a ir? ¿Estoy haciendo lo correcto?»

Mientras tendía la ropa dentro de la maleta, moviéndose con cuidado por la habitación para no despertar a Miguel, no paraba de dar vueltas a estas preguntas.

Pese al cansancio, a esas alturas se hallaba mucho más tranquila y con la

mente despejada, pero aun así no las tenía todas consigo, seguía presa de la indecisión. Lo que más le preocupaba era Miguel. ¿Qué pensaría de esta partida tan precipitada? Había pensado escribirle una nota explicándole los motivos. Sabía que él no se molestaría, que incluso se mostraría de acuerdo con su decisión y la animaría, pero ¿qué estaría pasando por su cabeza, realmente? ¿Cómo se lo tomaría?

No había que ser una lumbrera para imaginar la respuesta, sobre todo después de su histérica reacción de la noche previa. Seguro que ya estaba preocupadísimo por ella, temiéndose lo peor... Por eso debía irse lo antes posible. No podía volver a ver a ese joven, esa réplica adulta de Nicolás. Desconfiaba de sí misma, de lo que pudiera hacer cuando se encontrase con él, algo que tarde o temprano acabaría sucediendo si se quedaba. Además, estaría fuera poco tiempo, unos días como mucho, hasta que él se marchara. Después todo volvería a la normalidad, sería como si nunca se hubiese alojado allí.

Mientras divagaba de esta manera, siguió guardando la ropa en la maleta, doblando cada prenda con cuidado, una encima de la otra. De súbito oyó un ruido, un leve crujido sobre la madera que la hizo volverse sobresaltada.

—¡Ay, Miguel, qué susto me has dado! —exclamó llevándose la mano al pecho, aliviada.

Este la observaba desde el vano de la puerta con expresión adormilada.

—¿Qué haces, Susana? —bostezó con voz somnolienta, como si no acabara de asimilar lo que estaba viendo.

La mujer se giró y continuó con su labor.

—Estaba preparando las maletas —respondió con forzado aire de despreocupación—. Me voy a llevar a Jaime unos días; se lo prometí hace tiempo. —A esto siguió un largo silencio. Pese a estar de espaldas a él, sabía que su marido seguía en el mismo sitio, clavándole la mirada—. Serán solo unos días —explicó al cabo con nerviosismo—. No te importa, ¿verdad?

—¿Por qué me iba a importar, cariño?... Al contrario, me parece muy buena idea. Siempre te estoy animando a que te tomes un merecido descanso, te vendrá bien.

Era la clásica reacción de Miguel, el tipo de contestación que esperaba de él. Sabía que su matrimonio había sobrevivido gracias a ese talante comprensivo, a su disposición tranquila y bondadosa... «De no ser por eso, haría muchísimo que se hubiera acabado. Nadie me hubiera aguantado como

lo ha hecho él. ¡Qué distinto habría sido todo con Jesús!», pensó esbozando una sonrisa amarga.

Jesús, su difunto marido —falleció de un paro cardíaco dos años antes de que conociera a Miguel, hacía ya más de una década—, había sido un hombre difícil, de temperamento hosco e insociable, a menudo autoritario, intransigente con las opiniones de los demás, con un toque de soberbia... Miguel, en cambio, era el extremo opuesto, el *summum* de la dulzura. En todo el tiempo que llevaban juntos jamás le había oído levantar la voz ni pronunciar una palabra malsonante. Al contrario, era la persona más buena y sufrida que conocía; un hombre que se desvivía por todos, especialmente por ella.

Eso era lo que más admiraba de él: su abnegación, su generosidad, la paciencia infinita con la que encaraba sus constantes cambios de humor y la aceptaba tal como era. Por eso le quería. Sin embargo, en ciertos momentos, abrigaba sus dudas sobre la sinceridad de Miguel. Llegaba a mostrar tal preocupación por ella algunas veces, que nunca estaba cien por cien segura de si lo que decía se correspondía con lo que realmente pensaba.

Ahí estaba la otra cara de la moneda, la única mácula que manchaba la buena disposición de su carácter. Siempre le quedaba la sospecha de que tras su conformismo había una nota de falsedad, de que solo le decía aquellas cosas por mera precaución, para agradarla, o para evitarse problemas...

Y justo eso fue lo que sintió en aquellos instantes. Estaba convencida de que el comportamiento de Miguel era fruto del miedo, de que le atemorizaba la idea de que volviera a sufrir otra recaída. Por eso «aquel asunto» se había convertido en un tabú para ellos. Hablar sobre ello solo serviría para empeorar las cosas, reavivar el lacerante dolor que intentaban superar. Era mejor no tocarlo...

Aunque en el fondo eran iguales en ese sentido. Susana sabía que no tenía ningún derecho a reprocharle nada. Si saliera el tema, ella tampoco dudaría en mentirle. Le diría que estaba bien, que había pasado página... cualquier cosa con tal de atajar su preocupación. «Lo de ayer fue algo esporádico, no tiene ninguna importancia», le aseguraría.

Era el único escollo de su relación: ese miedo endémico que hacía estragos en su conversación y menoscababa la sinceridad de las palabras de ambos.

Tras quedarse mirándole unos segundos, Susana se volvió y reanudó su tarea. Suspiró con resignación y dijo:

—Voy a despertar a Jaime, entonces. Saldremos dentro de un cuarto de hora o así.

—¿Quieres que te ayude con las maletas, cariño?

Miguel se había aproximado a ella para rodearla con sus brazos. La mujer interrumpió su labor, dejándose abrazar. Luego él se apartó de ella y la giró con suavidad para mirarla a la cara. Durante un momento Susana creyó que iba a añadir algo más. Miguel hizo un torpe esfuerzo por sonreír para disimular su azoramiento, pero al final no dijo nada.

—¿De veras no te importa que me vaya?

A veces, Susana tenía la sensación de que su presencia le agobiaba, de que su esposo acogía con alivio cada rato que podía pasar sin ella, aunque solo fueran unas pocas horas. No es que fuera habitual —al contrario, solía abrumarla con sus constantes muestras de cariño—, pero cuando ocurría era insoportable, lo sentía como un cuchillo clavándosele muy adentro.

—No seas tonta, cariño, claro que no.

CAPÍTULO 4

Ese mismo día, horas más tarde, Rodrigo salió de su habitación con paso incierto. Por la palidez de su semblante y las pronunciadas bolsas negras bajo los ojos, se apreciaba a simple vista que no había pasado buena noche.

Despertarse así por las mañanas era lo normal en él. Llevaba años sin conciliar bien el sueño. Se desvelaba en mitad de la madrugada, y a menudo se levantaba con un malestar general muy parecido al de la resaca, con náuseas y mareos. Lo asumía con resignación, sin quejarse, sabiendo que lo tenía bien merecido. Durante años había tratado a su cuerpo como a un estercolero, y ahora este se estaba desquitando con saña, haciéndole purgar todos los excesos a los que le había sometido.

Bajó con dificultad las escaleras que daban al vestíbulo, apoyándose en la muleta y la barandilla a partes iguales para compensar su inestabilidad. Cuando llegó a la recepción no había nadie. Echó una mirada distraída por la estancia vacía, ojeando su alrededor sin mucho interés.

La recepción daba a una sala coqueta, de pequeñas dimensiones, que estaba flanqueada a ambos lados por amplios ventanales. La intensa luz del mediodía entraba a raudales por uno de ellos, realzando el abigarramiento de tonos y matices de la decoración. Su mobiliario aunaba una curiosa mezcla de estilos, en la que lo antiguo convivía con lo moderno en perfecta armonía, sin llegar a desentonar, y desperdigados por toda la estancia había una gran cantidad de objetos personales que le daban un toque íntimo y hogareño: plantas, una estantería con libros, marcos de fotos aquí y allá...

Este último detalle despertó su curiosidad, por lo que se acercó a estudiarlas con mayor detenimiento. En todas ellas reconoció a la mujer y al hombre que regentaban el hotel, y a su lado aparecía un niño pequeño que era un calco exacto del hombre, excepto por un detalle. Era pelirrojo. Las fotos habían sido tomadas en diversos lugares —en un parque, en la playa, en el

zoológico, frente a los animales enjaulados...—. Le llamó la atención la expresión de la cara de los dos adultos: taciturna, preocupada, como si ambos llevaran un peso descomunal sobre los hombros. No había ni una sola fotografía en la que aparecieran sonriendo.

Hubo una que le chocó especialmente en la que solo posaban la mujer y el niño. Ella estaba arrodillada junto a él y le abrazaba con una vehemencia que rayaba en lo desesperado, como si temiera perderle. La estudió fascinado largo rato, fijándose sobre todo en el niño, en la extraña forma en que miraba a su madre.

—Esa es mi favorita.

El sonido inesperado de la voz le hizo volverse con brusquedad. Frente a él vio al hombre que le había atendido la noche previa. Le observó aturdido, como si no acabara de reconocerle.

—Perdone, no era mi intención asustarle —comentó el otro al notar su sobresalto.

—Oh, no es nada. Es que no le había oído venir—repuso Rodrigo ya más tranquilo.

Miguel se aproximó a la balda y cogió el marco con cuidado.

—Recuerdo el momento exacto en que la saqué. —El hombre contempló la fotografía pensativo y esbozó un amago de sonrisa triste—. Estábamos en la playa, la de Oyambre —dijo como para sí mismo—. ¿La conoce? —Evidentemente no esperaba una respuesta, o tal vez no le interesara oírlo, porque continuó su soliloquio sin mirarle, admirando la foto con nostalgia—. Es una playa preciosa. No está lejos de aquí... Aquel fue un día muy bonito, lo pasamos bien. Jaime era tan pequeñajo...

—Su hijo, supongo...

—Sí, tendría tres o cuatro años en aquel entonces. ¿Tiene usted hijos?

—No, por ahora no.

Pasó un instante antes de que el hotelero cayera en la cuenta de que Rodrigo le había contestado y levantara los ojos hacia él. En su expresión había un deje extraño, de desconcierto, como si se hubiera percatado de pronto de que no estaba solo.

—Disculpe. Me he puesto a recordar y a pensar en voz alta y... Vaya, espero no haberle parecido indiscreto.

—No, hombre, no se preocupe —dijo él para quitarle importancia, pues se le notaba un poco azorado.

A partir de ahí, el hombre asumió un tono más formal, manteniendo esa corrección distante con la que se trata a los clientes.

—¿Qué tal ha pasado la noche?

—Bien, bien. Tienen ustedes un hotel muy bonito...

—Gracias. Por cierto, lamento que ayer no nos presentáramos como es debido. Yo soy Miguel, y mi esposa se llama Susana.

—Encantado —contestó Rodrigo estrechando la mano que le tendía.

Hablaron un par de minutos. Fue un intercambio breve, superfluo; el clásico diálogo insustancial entre dos desconocidos que no tienen mucho que contarse. Al cabo, cuando se veía que ninguno de los dos sabía muy bien cómo poner fin a la conversación sin resultar descortés, Rodrigo aprovechó una de las pausas entre los cada vez más espaciados comentarios para soltar lo que había venido a pedir.

—¡Claro, no hay problema! —replicó el otro—. Suba, ya le llevo yo el desayuno a la habitación.

—Muchas gracias —dijo. Pero no se movió, sino que se quedó mirando al dueño del establecimiento, como si quisiera añadir algo más.

—¿Desea alguna otra cosa? —preguntó este al notar su vacilación.

—Verá, es que soy muy cafetero. Suelo tomarme dos o tres cafés por la mañana...

—Le entiendo, a mí me pasa igual —le atajó sonriendo—. ¿Qué le parece si le preparo un termo entero?

Poco después el hombre tocaba a la puerta de su habitación con una bandeja repleta de cosas. Además del café, se había tomado la molestia de traerle un enorme plato lleno de comida —un *croissant*, un par de barritas tostadas de pan, mantequilla, panecillos, diversas confituras y un poco de embutido— pero Rodrigo se apresuró a declinar el ofrecimiento, explicando que a esas horas le era imposible ingerir nada sólido.

En cuanto le dejó solo, Rodrigo sacó su máquina de escribir —se trataba del primer modelo de Olivetti, la M1, una reliquia de 1911—, la dispuso con cuidado sobre la mesa. Metió una hoja en blanco en el rodillo y, antes de empezar a teclear, se tomó un buen rato para ordenar sus ideas. Siempre seguía el mismo ritual antes de ponerse a escribir. Para hacerlo bien, primero había que expurgar su mente del lastre que el uso habitual y cotidiano de la palabra impone en el pensamiento. Solo así podía alcanzar esa disposición

tan especial, el estado de paz absoluta y equilibrio que necesitaba para que las ideas fluyeran con agilidad.

Este ejercicio, casi espiritual para él, le permitía bucear en sí mismo, lejos del ruido y el ritmo trepidante de la vida. Ahí, en el estrato más profundo de su ser, habitaba lo más esencial: esa voz única e intransferible que es exclusiva de cada uno y nos acompaña hasta el final de nuestra existencia.

Al cabo de unos minutos comenzó a escribir. Al principio lo hacía siempre tentativamente, como con miedo a equivocarse, tecleando con suma lentitud. Le gustaba explorar las posibilidades de cada frase, valorar las diversas alternativas que le sugería la imaginación conforme iba confeccionando la historia. Mientras tanto, con más ilusión que confianza, esperaba a que le viniera esa musa voluble y antojadiza que le inspiraba a veces y daba vida a sus palabras, impulsándolas como una corriente impetuosa. No ocurría casi nunca, solo muy de tiempo en tiempo, pero cuando le invadía ese extraño influjo era maravilloso, una experiencia liberadora que le hacía sentirse ligero, como si se despojara de una gran carga y pudiera avanzar a sus anchas, con resolución, sabiendo perfectamente qué escribir y qué palabras emplear para ello.

Sin embargo, ese día no sucedió nada de eso. Al contrario, durante toda la mañana su avance fue lento y dificultoso, a trompicones. La duda le acometía a cada momento, una incertidumbre despiadada que ralentizaba sus exiguos progresos hasta prácticamente paralizarle. En su enconada lucha contra ese fondo blanco que se resistía a ser invadido, las pocas frases que le iban saliendo lo hacían tras esfuerzos formidables y como con cuentagotas. Y para colmo, estaba seguro de que lo que escribía no valía nada; que era mediocre, artificioso, no estaba a la altura... En el mejor de los casos, un pálido reflejo de lo que aspiraba a contar, una conquista provisional que seguramente no superaría la criba de sus posteriores correcciones y cuyo destino más probable sería la papelera.

Pese a saberlo, cuando se sintió tan saturado que ya no pudo seguir escribiendo, se dedicó a repasar lo que había hecho, alentado aún por la vana esperanza de que entre esas líneas habría algo digno de conservar. Quizá un par de párrafos, unas palabras... algo, por poco que fuera. Pero de todos los borradores que comenzó sobrevivió muy poco —en total, menos de un folio de calidad pésima—. Durante más de una hora leyó y releyó cada frase con

rigor obsesivo, retocando el texto infinidad de veces, pero no vio ni un solo fragmento que mereciera la pena salvar...

Al fin, abatido por el cansancio y por esa sensación de futilidad que conocía tan bien, se dio por vencido. Había sido una enorme pérdida de tiempo; un esfuerzo baldío e infructuoso que no había servido para nada, como de costumbre... En un arrebatado de frustración, arrancó la hoja de la Olivetti, la estrujó entre las manos hasta convertirla en una pelotilla arrugada y la arrojó con rabia hacia la esquina en la que se habían ido acumulando las demás.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó fuera de sí.

De pronto la habitación le pareció demasiado pequeña, asfixiante, y le invadió un deseo irrefrenable de salir de ahí enseguida... Necesitaba respirar un poco de aire fresco, despejar la mente...

Se precipitó hacia el armario donde había apoyado su muleta y salió como un vendaval de la habitación.

Pese a la cojera, bajó las escaleras con soltura. Una vez abajo, redujo el paso y caminó con cuidado sobre la superficie mullida de la alfombra para hacer el menor ruido posible —lo que menos le apetecía en ese momento era pararse a hablar con alguien y tener que disimular su frustración—. Tras comprobar que no había nadie en la recepción, reanudó su marcha con el mismo brío que antes, pero cuando solo le faltaban un par de metros hasta la entrada, la voz del hotelero le hizo detenerse en seco.

—¿Va a salir?

Rodrigo maldijo entre dientes su mala suerte y se volvió hacia él con resignación.

—Sí. Me apetecía dar una vuelta.

—Buena idea, hace un día espléndido. ¿Ya sabe a dónde ir? Hay rutas muy bonitas por aquí, aunque algunos tramos tienen algo de pendiente... Lo digo por... bueno, ya sabe, con la muleta puede que le resulte algo difícil.

—No se preocupe, me manejo bien. Llevo toda la vida con ella.

—Sí, ya imagino... ¿Le apetece ver algún sitio en particular? Podría sugerirle un par de ellos. Hay uno que...

—Estaba pensando en esa esa playa que ha mencionado antes, la de Oyambre —respondió cortándole a mitad de la frase.

—Vaya, pero... eso queda bastante lejos —repuso el hombre tras una pequeña pausa—. Está a unos cuatro o cinco kilómetros de aquí. Va a llevarle unas cuantas horas.

—Mejor, me gusta mucho andar.

Miguel asintió con la cabeza y se ofreció a indicarle el camino. El hombre le acompañó afuera, al jardín que estaba frente a la entrada del hotel. No era muy grande pero estaba bien cuidado, con un césped que parecía una moqueta verde, tupida, y árboles y macetas que lo salpicaban aquí y allá.

El “Torre del Milano” se erigía en lo alto de una colina de pendiente suave y ondulante, una ubicación privilegiada desde la cual dominaba una panorámica espectacular. A cierta distancia se divisaba el pueblo de Comillas, con su famosa universidad descollando como un castillo medieval sobre el valle que lo rodeaba. En lontananza, al suroeste, los Picos de Europa se recortaban contra el cielo despejado formando una soberbia cadena de macizos níveos cuyas cumbres quebradas recordaban los colmillos de una bestia ciclópea de alguna era remota. Y más allá, hacia el norte, las frías aguas del Cantábrico se extendían hasta el horizonte en un monótono manto gris que contrastaba con el verdor de los prados colindantes.

Tras escuchar las concisas instrucciones del dueño del hotel, Rodrigo se puso en camino. Siguió un sendero estrecho y pedregoso durante varios kilómetros, parándose de vez en cuando a desentumecer las piernas y, ya de paso, admirar el paisaje. Dicho sendero confluía en una carretera secundaria paralela al litoral, tal y como le había explicado Miguel. En total tardó casi tres horas en llegar a la costa, aunque no terminaron ahí sus dificultades. Para acceder a la playa, tuvo aún que recorrer unos doscientos metros por una senda encharcada y cenagosa, lo que supuso otro cuarto de hora de marcha ardua.

Para cuando alcanzó a ver las dunas de Oyambre, el sol ya empezaba a declinar en el horizonte. Frente a él vio una franja de varios kilómetros de arena fina, un desierto dorado con forma de media luna. Durante un rato se quedó observando las furiosas embestidas de las olas contra la orilla y las chispeantes iridiscencias que el astro moribundo dejaba sobre el agua en su lento descenso hacia el ocaso, como acariciándola.

Pocos paisajes resultan tan sugestivos como una playa desierta en otoño. Hay como una nota de melancólica espiritualidad en el cadencioso vaivén de la marea; un fragmento de infinitud que parece invocar algún secreto insondable sobre el misterio de la vida, llenándonos de trascendencia.

A Rodrigo le encantaba el mar. Podía pasarse horas contemplándolo, dejándose llevar por la caprichosa madeja de emociones y pensamientos que

le sugería. Normalmente era para él como una purificación, una catarsis que ahuyentaba sus demonios y sosegaba su espíritu; pero aquel día no. El agua, la arena, el sol... todos los elementos de la naturaleza parecían haberse puesto de acuerdo para conspirar contra él y reírse de su desconsuelo, recordándole su insignificancia.

«¿Por qué estoy aquí? —se preguntó angustiado, con lágrimas en los ojos—. ¿Para qué me he molestado en venir?» De pronto, todo su proyecto, el motivo que le había llevado hasta el Torre del Milano, se le antojaba vacío, sin sentido. Jamás lograría resarcir ese imperativo absurdo que impelía los resortes de su alma, y aunque lo consiguiera, tampoco iba a servir de nada. Seguiría sintiéndose igual de resentido e insatisfecho hasta el final de sus días, hiciera lo que hiciera.

En cierto momento, mientras todos estos pensamientos se agolpaban en su atormentado cerebro, dejó caer su muleta, se dirigió hacia la orilla cojeando y procedió a meterse en el mar. El primer contacto con el agua helada del Cantábrico le golpeó como un latigazo, obligándole a detenerse. Estuvo medio minuto quieto, frotándose los ateridos miembros para aclimatarse al frío. Cuando el dolor remitió y dio paso a un leve cosquilleo, reanudó su marcha, esta vez resuelto a no pararse. Conforme se iba adentrando en el agua, empezó a acusar el empuje de las corrientes subterráneas y la fuerza creciente de las olas, que le hacían tambalearse e incluso perder pie, pero él siguió caminando con terca determinación, decidido a hacer lo que se había propuesto.

Cuando el nivel del agua le llegó a la altura del torso, se tiró de cabeza y nadó frenéticamente mar adentro. Era muy buen nadador —siempre lo había sido, desde pequeño— pero, pese al ímpetu con que braceaba, apenas lograba avanzar. Al cabo de un rato, exhausto, acabó por rendirse a la inanidad de su empeño y se puso boca arriba, dejándose arrastrar por la marea. Las olas le sacudían con furia, bamboleándole de un lado a otro como a un madero a la deriva. Entonces se dio cuenta de las exiguas fuerzas que le quedaban para regresar a la orilla... y le entró el pánico.

La inminencia de su propio final reavivó de golpe su adormecido instinto. En un instante, esa pulsión primigenia que nos empuja a aferrarnos a la vida a toda costa —tan primitiva, tan irracional, tan imposible de auscultar— le dio nuevos bríos, y Rodrigo comenzó a batirse apasionadamente para mantenerse a flote. Para su desesperación, no tardó en comprender que todo esfuerzo por

salvarse sería inútil: no había nada que hacer contra aquel mar embravecido. Cuando ya no pudo más, dejó de chapotear y se rindió con resignación a lo inevitable.

Durante varios minutos su cuerpo fluctuó a merced del oleaje, pugnando por aspirar una bocanada de aire cada vez que alguna turbulencia le sacaba a la superficie, hasta que una ola gigantesca le arrastró con ímpetu hacia las profundidades y le zambulló en un brusco remolino...

Dicen que cuando la muerte acecha, uno recapitula hasta los detalles más ínfimos de su existencia en milésimas de segundo. A Rodrigo no le sucedió nada de eso. Durante ese breve lapso de tiempo, mientras la corriente le revolcaba en todas direcciones, lo único que discurrió por su mente fue la negrura. El vacío. La nada más absoluta... Luego sintió aquel tirón violento del cabello que le impulsó hacia arriba como a un monigote.

Ni siquiera cuando percibió de nuevo la luz del sol en su rostro supo bien lo que le estaba pasando.

La primera noción de que no se había ahogado le vino al cabo de un rato, mientras la tabla a la que iba aferrado se deslizaba entre torrentes de espuma. Solo cuando notó que la quilla encallaba en la arena se atrevió a alzar la vista. Su salvador, un joven con aspecto de surfista, le estudiaba con inquietud. Quiso darle las gracias, pero antes de que pudiera abrir la boca, el chico le levantó de las axilas, le arrastró unos metros lejos de la orilla y le tumbó de lado.

—¿Estás bien?

Rodrigo asintió entre toses, escupiendo el agua con sabor a salitre de sus pulmones.

—Tío, ¿cómo se te ha ocurrido meterte en un día como hoy?... Y además vestido...

Justo cuando acababa de soltarle ese reproche, Rodrigo se puso a vomitar. El surfista se inclinó sobre él, alarmado. Una vez que pasó el intenso acceso de arcadas, le preguntó:

—¿Quieres que llame a una ambulancia? —Ya no había rastro de censura en su voz; solo preocupación.

—No, no —susurró él con voz débil pero tono asertivo—. No hace falta, de veras. Solo necesito descansar un momento.

Pero estaba temblando de frío. Se colocó en posición fetal y cruzó los brazos sobre su estómago, en un vano intento por devolver un poco del calor

perdido a su cuerpo, mientras el joven le observaba con el ceño fruncido.

—Tío, si no te quitas la ropa mojada, vas a coger una pulmonía —dijo al cabo de un rato.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Rodrigo. Pese a que seguía tiritando violentamente, hizo un esfuerzo por volverse hacia él.

El interpelado tardó en responder.

—Diego.

—Hola, Diego. Te agradezco que me sacaras del agua, me has salvado la vida, pero me harías un favor si te marcharas, ¿vale?

—¿Qué? No puedo dejarte aquí solo, tío. —Recorrió con los ojos la playa desierta—. Déjame al menos que te acompañe hasta allí —añadió señalando un restaurante que había a unos doscientos metros—. Luego, si quieres, me doy el piro.

Rodrigo levantó la cabeza trabajosamente y siguió su brazo con la mirada.

—De acuerdo. ¿Te importaría traerme mi muleta, por favor? Está allí tirada.

El joven fue a buscarla y le ayudó a ponerse de pie. Caminaron en silencio por la playa, cada uno sumido en sus pensamientos, hasta que estuvieron frente a las escaleras del restaurante —*El colmado ibérico*, se llamaba—.

—Bueno, gracias de nuevo —se apresuró a decir Rodrigo tendiéndole la mano para dejar clara su intención.

Se despidieron con un apretón de manos seco, sin afectación. En cuanto el surfista le dio la espalda, Rodrigo se dio la vuelta y se agarró a la barandilla para subir las escaleras.

El establecimiento —una tasca oscura y destartalada, como salida de otro tiempo— se encontraba prácticamente a pie de playa. El ambiente sombrío del interior le recibió con un fuerte olor a sudor y a comida rancia. Era un tugurio primitivo, con paredes desnudas de colores desvaídos y un aspecto que transmitía suciedad y abandono.

Su irrupción disolvió el bullicio alegre y ensordecedor que se oía antes de que entrara él, transformándolo en un silencio opresivo. Mientras se dirigía a la barra, sintió que todos se volvían hacia él y examinaban con curiosidad hostil su ropa empapada y rebozada de arena, pero se obligó a mantener la compostura. Toc, toc, toc. El ruido de su muleta en el suelo parecía resonar con un eco amenazador en el mutismo de la estancia.

Se acodó en el mostrador y aguardó con los ojos fijos en un punto de la pared, procurando no moverse para no atraer la mirada inquisitiva de los

presentes.

Cuando el camarero se acercó, pidió un café con un chorrito de *whisky*. Pese a haber hablado a media voz, supo que todos le habían oído a la perfección, tal era el silencio que había. La expresión hosca que le devolvió el camarero alimentó aún más el absurdo temor que empezaba a apoderarse de él. Por suerte, esto no duró demasiado. Para cuando se acomodó en una de las mesas, el ambiente ya había vuelto a llenarse de voces y ruido.

Paseó una mirada discreta a su alrededor. Le sorprendió el escaso número de clientes que había en el local, unos quince en total. Eran todos hombres mayores, jubilados probablemente. El grupo más nutrido estaba en torno a una mesa, jugando a cartas, mientras que otros bebían solos o discutían ruidosamente junto a la barra.

Mientras contemplaba la escena, sus ojos se cruzaron con los de un individuo que había sentado en el rincón más apartado del local. Se trataba de un hombre fornido, de unos sesenta años, con un inconfundible aire de pescador. Llevaba puesto un impermeable amarillo y un gorro de lana por debajo del cual sobresalían algunos mechones canosos, y tenía el rostro cubierto por una formidable barba blanca que le caía hasta el torso. Rodrigo le saludó en silencio con un ligero ademán de cabeza. Fue el otro quien apartó la vista primero; lo hizo de prisa, como avergonzado.

De pronto, sin saber por qué, Rodrigo sintió una necesidad imperiosa de huir de allí, y decidió salir afuera a respirar un poco de aire fresco.

La terraza del restaurante tenía unas fabulosas vistas al mar. Se sentó en una esquina a saborear el resto de su café mientras disfrutaba del rítmico vaivén de las olas y de la suave brisa. El sol empezaba a hundirse en el horizonte, dejando tras de sí una fina estela ambarina, y en la incipiente oscuridad del cielo comenzaba a despuntar la tenue luz de las primeras estrellas. Tras unos minutos, justo cuando empezaba a adormilarse, le sobresaltó una voz áspera.

—Vamos a cerrar. —Era el camarero que le había servido un rato antes—. Lo siento, tiene que irse —añadió con sequedad, y se volvió sin decir otra palabra.

Aguardó al taxi en un pedregal que había cerca de *El colmado ibérico*, junto a la playa. Cuando llegó al hotel, le sorprendió que aún hubiera luz en la recepción, pese a lo tarde que era.

—Hola, ¿qué tal le ha ido el día? —le recibió la dueña del hotel al entrar en el vestíbulo.

—Bien, gracias.

La mujer le preguntó dónde había estado, qué tal lo había pasado... Desde el principio se vio que el insólito episodio de la noche anterior gravitaba como una sombra sobre la conversación, volviéndola cada vez más insulsa y renqueante. Los dos se sentían incómodos, sobre todo ella, porque parloteaba de los asuntos más diversos y se interrumpía a cada rato para comentarle algo incongruente.

Por eso, en cuanto se le presentó la oportunidad —un raro lapso de silencio en el que la mujer pareció quedarse sin saber qué decir—, Rodrigo se despidió de ella poniéndole la primera excusa que le vino a la cabeza.

—Claro, claro, qué desconsiderada soy —repuso la mujer sonriendo—. Estará cansado, y yo aquí, entreteniéndole con mi cháchara. Buenas noches.

CAPÍTULO 5

«No. No puedo irme, no voy a salir huyendo como una cobarde».

Esa misma mañana, cuando salía con Jaime de casa, estaba resuelta a hacerlo. No veía alternativa. Tenía que escapar de ahí, permanecer lejos del hotel hasta que se marchara ese hombre... Si no, acabaría perdiendo la cabeza.

«No sé por qué me puse así anoche. Supongo que sería el pánico», pero en cierto momento, mientras conducía, he comprendido que no podía hacerlo, que tenía que volver, aunque fuera solo por Miguel. «Piensa en lo que va a pensar, Susana, en lo que pasaría —me he dicho—. Con esta huida solo estarías confirmando sus temores, haciéndole ver que aún no has superado tu problema».

Ha sido entonces cuando lo he visto claro, y he tomado la determinación de dar la vuelta. Tenía que demostrar a Miguel de una vez por todas que me había recuperado, que no debía tener miedo de que sufriera otra recaída. Estaba decidido.

Qué fácil es decir las cosas en caliente, cuando es la emoción la que habla. En momentos así, una no sabe bien lo que hace, se deja llevar por la exaltación. Las emociones pueden llegar a ser peligrosas a veces, lo sé por experiencia. He comprobado el efecto perturbador que a menudo ejercen sobre la mente: nos despojan de toda medida, convenciéndonos de nuestra invulnerabilidad y ofuscando nuestro juicio.

Reconozco que al cabo de un rato, cuando se ha disipado el efecto de mi arrebato, me ha vuelto a asaltar la duda. ¿Estaría haciendo lo correcto? ¿Sería realmente capaz de ver a este hombre y hablar con él sin que me afecte?

Era plenamente consciente de que mi decisión había sido fruto de un impulso, que era una mezcla de rabia y amor propio lo que me había empujado a dar la vuelta. El miedo a las consecuencias de lo que me disponía

a hacer se perfilaba con fuerza renovada en mi cerebro, y otra vez me he sentido abrumada por una creciente sensación de inseguridad, de temor...

De todas formas, ya no podía detenerme. Alguna fuerza misteriosa me impelía a seguir adelante, tenía que volver como fuera.

La reacción de Miguel al verme entrar en casa ha sido la previsible. Que qué hacía ahí, que por qué había vuelto... Yo le he dicho la verdad: que quería demostrarme a mí misma que estaba bien, y que estaba resuelta a quedarme. Lo he expresado con firmeza, para que viera que mi decisión era inamovible y que nada de lo que pudiera decir iba a hacerme cambiar de opinión.

Durante un momento él me ha mirado como ido, como si no hubiera comprendido nada de lo que le había dicho. Y si te lo puedes creer, mientras me observaba así, yo me he quedado obnubilada, admirando esos preciosos ojos azules que tiene, incapaz de articular palabra. Fue lo primero que me atrajo de él cuando nos conocimos: el candor y la espontaneidad de su mirada. Creo que por eso me enamoré tan perdidamente de él.

Quizá haya sido eso, sus ojos, lo que ha hecho que a continuación me abriera a él, algo muy extraño en mí. «Miguel, cariño, hemos estado demasiado tiempo ocultándonos el uno del otro.» Se lo he dicho con ternura, acariciándole, enredando mechones de su pelo lacio entre mis dedos. No sé lo que me ha dado. Es como si un impulso incontenible se hubiera adueñado de mí; me he dejado llevar por el improvisado torrente de confidencias que pasaban por mi cerebro, sin pensar siquiera en las consecuencias de lo que decía. Y he transgredido todos y cada uno de los tabúes que había entre nosotros. Le he hablado sin tapujos de nuestro retraimiento, de nuestra incapacidad para comunicarnos con sinceridad, admitiendo abiertamente que gran parte de la culpa había sido mía, que sabía que era mi inestabilidad emocional la que había provocado ese hermetismo, que por eso me trataba con tanta delicadeza...

«Te conozco bien, mi amor; sé que te aterroriza la idea de abrir la vieja herida y por eso me ocultas tus pensamientos con toda tu buena voluntad, porque deseas protegerme, no quieres que sufra otra recaída, pero no podemos estar así toda la vida, tenemos que aprender a superarlo...». He terminado diciéndole que quería que las cosas entre nosotros cambiaran, que volviera a confiar en mí.

Mientras soltaba todo esto, se ha ido quedando blanco por momentos. Estaba perplejo, el pobrecillo no sabía qué hacer.

Cuando he concluido, nos hemos quedado los dos en silencio. He permanecido un buen rato con la cabeza apoyada sobre su pecho, esperando, anhelando que dijera algo. Al fin, cuando he sentido que se movía, me he apartado de él. Si iba a hablarme, quería mirarle a los ojos.

—Susi, yo...

Ha suspirado hondo, con los párpados cerrados, meneando la cabeza. ¡Qué bien conozco ese gesto! Se lo he visto hacer infinidad de veces. Tenía que habérmelo imaginado y, sin embargo, durante un instante, he albergado la absurda esperanza de que por una vez mis palabras hubieran surtido efecto, de que por una vez iba a sincerarse... Pero como decía, ha sido un espejismo, un desvarío momentáneo de mi mente.

—Vamos a dejarlo, cariño, ya hablaremos de eso en un momento más adecuado.

Lo ha dicho con voz queda, apartándome con delicadeza mientras se incorporaba, y luego se ha marchado sin decir nada más. Es lo que hace siempre cuando las cosas le superan: se escabulle, desaparece. Lo suyo es barrer los problemas bajo la alfombra, rehuirlos a toda costa, hacer como si no existieran. No puede evitarlo.

Por una vez me hubiera gustado tener el valor de rogarle que se quedara. No podía irse así, teníamos que aclarar tantas cosas... pero no he sido capaz, tenía un nudo en la garganta que me impedía articular palabra.

No es que me sorprenda su reacción. ¿A quién pretendo engañar? En el fondo siempre he sabido que Miguel era así, y además, gran parte de la culpa es mía. Yo he contribuido a su temor. No puedo esperar que después de todos estos años me hable abiertamente de repente, como si no hubiera ocurrido nada. Eso sería muy poco realista por mi parte, y más teniendo en cuenta mi comportamiento de anoche.

De todas formas, no me voy a desalentar por la situación. Tengo que demostrarle que lo he superado, hacerle comprender que lo de anoche fue algo puntual, no se va a volver a repetir. Y solo hay una manera de lograrlo: voy a tener que armarme de valor y tratar con ese tal Rodrigo. Encarar el problema de frente para que Miguel vea con sus propios ojos que su presencia no me afecta en absoluto. Solo así podré ganarme su confianza.

Hoy mismo he pasado la primera prueba: he salido a recibirle en cuanto le he oído entrar por la puerta del vestíbulo. No sé qué tal ha ido, la verdad, tengo mis dudas. Reconozco que nada más verle me ha dado un vuelco el

corazón. Tenerle delante es como si mi conciencia me pusiera delante de un espejo, me hace sentir horrible. ¡Se parece tanto a Nicolás, hasta en los detalles más nimios, que cuesta creer que no sea él! Durante un instante me he quedado helada, sin moverme, debatiéndome entre dos impulsos encontrados: una parte de mí quería salir corriendo, apenas podía aguantar el temblor de las piernas de lo nerviosa que estaba; la otra, en cambio, me instaba a abrazarle con todas mis fuerzas. Hubiera dado cualquier cosa por estrecharle entre mis brazos. Gracias a Dios ese impulso ha pasado rápido; no creo que lo haya notado, o eso espero, al menos.

Luego hemos estado un rato charlando sobre trivialidades, aunque para ser exacta, yo era la que llevaba la voz cantante, él apenas habrá pronunciado más de veinte palabras. Se le veía agotado, apático, con ganas de retirarse cuanto antes a su habitación. Claro que yo deseaba lo mismo que él. La verdad es que cuando ha llegado el momento de despedirnos lo he acogido con alivio; no creo que hubiera podido aguantar mucho más tiempo. Dios mío, por favor, dame fuerzas, ayúdame a superar este trance.

CAPÍTULO 6

Se despertó en mitad de la noche sudoroso, temblando, con las manos crispadas en torno a los pliegues de las sábanas en un gesto de pánico.

«¿Dónde estoy?»

Se quedó sentado en el borde de la cama, buscando en la oscuridad algún indicio que le ayudara a recordar. El recuerdo le vino como un destello repentino, despejando de golpe su confusión.

Estaba en el hotel Torre del Milano, en Cantabria.

Se pasó un pañuelo por la frente para secarse el sudor y encendió la luz de la mesita de noche. Ya más tranquilo, se volvió hacia la Olivetti, procurando inspirar hondo para apaciguarse.

La máquina de escribir estaba tal y como la había dejado después de su frustrante experiencia del día anterior: sin cubrir, con el rodillo echado a un lado y la palanca liberadora del papel abierta. Alrededor de la mesa, diseminados sin orden ni concierto, se veían toda clase de objetos: lápices, pañuelos, una botella de *whisky* medio vacía, un montón de folios arrugados... Contempló el triste testimonio de su fracaso con el ceño fruncido, como si fuera un enemigo al que temiera. Al cabo, se puso de pie y se acercó a la mesa con aire vacilante, sin apartar la vista de la máquina. Tras tomar asiento, cogió una hoja del paquete de folios y la dispuso con cuidado sobre el rodillo.

Instantes después comenzaba a teclear a ritmo frenético.

Tac, tac, tac, tac, tac...

Todo empezó el día en que cumplí nueve años. Aquella mañana mi mamá se levantó temprano para felicitarme. Para entonces yo ya estaba despierto, excitadísimo, recreándome ante la expectativa del gran día que se avecinaba.

—¿Cómo está mi niño hoy?

Entró en mi habitación como un torbellino, cantando, y me rodeó entre sus brazos, besuqueándome por todas partes, como solía hacer.

—¡Mamá, no seas pesada! —repuse apartándole con fingida irritación.

Siempre me quejaba cuando se ponía así de cariñosa, en parte porque quería hacerle ver que ya no era ningún niño, que ya era mayor, aunque lo decía medio en broma, sin convicción, y ella lo sabía. Me conocía bien; comprendía que en el fondo me encantaba estar cerca de ella, pegado a sus faldas, dejándome mimar. Era el único momento en el que me sentía querido y protegido.

Durante esos segundos maravillosos, mientras me resistía a sus carantoñas con mal disimulado enojo, llegaba a olvidarme de mí mismo, y todos mis miedos se evaporaban como por arte de magia. Era una sensación fabulosa. Durante un instante casi llegaba a sentirme normal, como los demás niños. Ya no me acordaba de mi invalidez; ni de ese pavor horrible que me acometía cada vez que salía a la calle y me exponía a los importunos escrutinios de los curiosos que se paraban a mirarme con esa mezcla de pena y de morbo que tanto odiaba; ni de la pesadumbre que me afligía cuando veía jugar a los otros chicos, sabiendo que jamás podría ser como ellos...

Por eso mi madre se comportaba así conmigo. Sé que lo hacía con la mejor intención, quería compensarme por todo lo que la naturaleza me había negado, aunque ahora, viéndolo en retrospectiva, no estoy tan seguro de que su posición fuera la más acertada. Sospecho que a la larga ha tendido a hacerme más consciente de mi invalidez y a volverme más inseguro y dependiente de los demás... En cualquier caso, no le guardo rencor ni albergó reproche alguno por lo que hizo. Ella obró como pudo, y sé que solo quería darme lo mejor de sí misma. Además, no soy uno de esos meapilas que atribuyen sus carencias a otros para eximirse de toda responsabilidad. Yo también debo asumir mi parte de culpa, aceptar que he jugado un papel activo en todo lo que soy, ese conjunto de claros y oscuros que conforman la amplia gama de nuestras virtudes y mezquindades. No debo agachar la cabeza, ni incurrir en el error —tan extendido entre los atormentados de este mundo— de suponer que no he tenido nada que ver con todo esto.

Cuando miro atrás, a veces me pregunto cómo habría sido mi vida si llego a nacer normal, sin ningún tipo de limitación. Mi madre me habría querido igual, eso no lo cuestiono, pero posiblemente su forma de tratarme habría sido diferente: me habría mimado menos, y yo habría crecido más

independiente, un chico alegre, despreocupado, como los demás, supongo... Desde luego, no hubiera sido tan sensible como soy ahora, como siempre he sido, de eso estoy seguro. Es una de las características de muchos de los que nacemos con algún tipo de discapacidad. A menudo, nuestra condición nos infunde un sentimiento de inferioridad que nos hace sumamente vulnerables, y esto, por añadidura, tiende a exacerbar nuestra suspicacia hasta límites insospechados. Por eso a veces resultamos tan desconcertantes. Nadie que no haya padecido nunca un impedimento puede saber de lo que hablo. Estás siempre como expuesto, con la carne al rojo. Cualquier nimiedad, por pequeña que parezca, puede convertirse en motivo de ofensa y dar lugar a reacciones absurdas y desproporcionadas.

Pero curiosamente, de nuestra debilidad deriva también nuestra mayor fortaleza. El hecho de que estemos constantemente en guardia afina nuestra intuición hasta el extremo, volviéndonos muy perspicaces a la hora de juzgar a los demás. Siempre que el asunto no nos afecte directamente ni nos sintamos amenazados, tendemos a juzgar con mucho tino y a discernir todas esas pequeñas sutilezas que delatan el verdadero carácter de la gente.

Mi madre era muy consciente de esta capacidad mía. Sabía que no era tan ingenuo como los chicos de mi edad, que era difícil engañarme, y creo que eso la inquietaba un poco. Le había demostrado en innumerables ocasiones que podía intuir su estado de ánimo al instante, antes incluso de que abriera la boca. Me bastaba con mirarla a la cara para saber cuándo tenía algo importante que comunicarme, o si estaba preocupada por algo... En realidad no es una habilidad tan extraordinaria —todos la poseemos en mayor o menor medida—, solo que mucha gente no es consciente de que la tiene, o simplemente no da credibilidad a sus corazonadas. En esto estriba la diferencia de los que padecemos algún tipo de discapacidad de los que no. Nuestro maltrecho ego nos vuelve muy conscientes de nosotros mismos. Esto, unido a ese constante sentimiento de vulnerabilidad que nos aflige, agudiza nuestro sexto sentido de un modo inusitado: no solo captamos lo que los demás esconden, sino que además comprendemos los indicios que dan pie a estas sospechas. Por eso puedo decir que en mi caso, al menos, no se trata de simples corazonadas o de intuiciones sin fundamento; casi siempre puedo dar cuenta y razón de ellas, por muy peregrinas que sean las señales que las evidencian... En mi madre eran obvias, porque era incapaz de disimular. Cuando le atormentaba algo, solía esbozar una mueca peculiar con la boca,

torciendo levemente el labio, y pese a que en apariencia me trataba como siempre, notaba por su mirada que su mente estaba lejos de allí.

Fue lo que sucedió aquella mañana. Mientras me anticipaba todas las maravillosas sorpresas que me había preparado para el día sin dejar de acariciarme, de besarme, la sentí extraña, preocupada, con el pensamiento en otra parte... No le pregunté nada al respecto, pues sabía por experiencia lo mucho que la disgustaba. En lugar de eso, preferí disimular, hacer como si no hubiera advertido nada, y dejar que ella misma eligiera el momento oportuno para sacar a colación lo que la inquietaba. Sabía que era cuestión de tiempo, mamá nunca podía guardar sus secretos durante más de un día.

Y así fue. Ocurrió poco después, mientras desayunábamos.

—¿A que no sabes quién va a venir a tu fiesta, cariño?

Intentó expresarse con naturalidad, como si fuera algo que acabara de recordar, pero el temblor de su voz revelaba que la pregunta no había sido casual. Me giré para mirarla. Vi su agitación, el cansancio en sus ojos, y entonces comprendí lo que quería decirme, de quién me iba a hablar... «Pobre —recuerdo que pensé—. Seguro que ha estado en vela toda la noche, torturándose...». Sea como fuere, decidí seguirle el juego, fingiendo ignorancia.

—¿Quién? —pregunté poniendo cara de curiosidad.

—Es Miguel. Te acuerdas de él, ¿verdad?

—Mamá, le vi hace unos días, ¡claro que me acuerdo!

Aquello le sacó una sonrisa, aunque fue fugaz, enseguida recobró la seriedad. Se quedó callada unos segundos, dudando de si hacerme o no la pregunta que le rondaba en la cabeza.

—¿Qué te parece, Nico? ¿Te gusta Miguel?

—Sí, mamá, me cae muy bien.

No mentía, era cierto. Apenas le conocía —solo habíamos coincidido un par de veces—, pero sabía que a mi mamá le hacía muy feliz. Había estado viéndole durante meses, solían salir todos los sábados para ir a cenar y a bailar. Aún recuerdo bien su primera cita con él, lo apurada que estaba ante la idea de dejarme solo.

—Mamá va a salir con un amigo, Nico —me dijo con voz insegura—. No te importa, ¿verdad, cariño?

—No, mamá.

—Solo será un rato. Te prometo que estaré de vuelta antes de que te

acuestes.

—¿Y me leerás el cuento de Peter Pan?

—Claro que sí, tesoro.

Pasé el resto de aquel día jugando alegremente en su presencia. Lo hice adrede, para que pudiera verme. Quería que comprendiera que estaría bien sin ella, que no debía preocuparse por nada... pero cuando se despidió horas después seguía igual de intranquila. Antes de cruzar la puerta se detuvo y me miró largamente, como si temiera no volverme a ver.

—Adiós, mi amor. —Vi el esfuerzo que hacía por reprimir las lágrimas que acudían a sus ojos—. Volveré pronto.

Recuerdo lo mal que me hizo sentir aquello, la punzada de remordimiento que tuve al verla marchar así. En mi inocencia, creía que se encontraba así por mi culpa, que no había hecho lo suficiente para tranquilizarla. Ahora entiendo que no hubiera podido hacer nada para disminuir su malestar. Desde que murió papá había estado volcada en mí, nunca me había dejado solo en casa. La sola idea de hacerlo, aunque fueran unas pocas horas, era como una traición para ella.

Después de aquello, sus salidas con Miguel se volvieron más asiduas y, con el tiempo, la costumbre fue apaciguando su mala conciencia, reconciliándole con la situación. A mí me alegraba que se fuera, y no solo por ella. Cada vez que se iba, mamá me dejaba al cargo de Gertrudis. (Me encantaba quedarme con Gertrudis; era como una segunda madre para mí, solo que más permisiva. Siempre me colmaba de atenciones, me daba todos los caprichos, consintiéndome cosas que mamá nunca me hubiera dejado hacer.) Pero la razón principal de mi alegría era mamá, claro. Enseguida me di cuenta de lo bien que le venía estar con Miguel. Conforme pasaron las semanas, se la fue viendo más contenta y optimista. Desapareció esa mirada triste y cavilosa que se le ponía a veces, cuando bajaba la guardia y creía que yo no la veía, y por las noches, cuando se acostaba, dejé de oír el ruido apagado de su llanto. Era obvio que la compañía de aquel hombre la hacía feliz, y eso para mí era lo más importante.

Transcurrieron varios meses antes de que se decidiera a traerle a casa. Tengo que admitir que al principio la idea me puso algo nervioso, y a ella también. Pese a que solo era un niño y aún no comprendía muy bien los entresijos de los adultos, de algún modo intuía que para mi mamá aquel

hombre no era un simple amigo. Que había algo especial en su relación, quizá algo equivalente a lo que había tenido con papá.

Pasé el día entero en un mar de nervios, intentando imaginar cómo sería, si me caería bien... incluso llegué a anticipar cómo debía reaccionar en caso contrario... Lo que más temía es que fuera uno de esos aduladores pegajosos que intenta congraciarse con el hijo para ganarse a la madre; eso no lo hubiera podido soportar. Tuve un profesor así una vez que me dejó muy mal sabor de boca. Intentaba ganarse la simpatía de mamá asumiendo una actitud a todas luces artificiosa, confraternizando conmigo como si fuera un amigo. No entendí nunca a ese hombre, su falta de visión y de empatía. No hay cosa que más aborrezcan los niños que a los lameculos que se rebajan a todo con tal de ganarse su cariño. En el fondo, aunque no lo admitan, lo que secretamente quieren los niños de los adultos es que sean un modelo de referencia, y de sus profesores, en concreto, esperan autoridad y rectitud, eso sí lo respetan. ¿Cómo es posible que aquel pelele no entendiera algo tan simple?, ¿que no se diera cuenta de la mala impresión que causaba en mí? Con su actitud consiguió todo lo contrario de lo que pretendía: en vez de cautivarme, me alienó irrevocablemente. Es un error extendido entre los mayores: subestiman a los niños, les toman por tontos, o por ingenuos. No comprenden que intuimos la falsa zalamería a leguas de distancia y que cuando eso ocurre, nos transformamos en los jueces más implacables. Llegados a ese punto, no hay nada que un educador pueda hacer para ganarse el respeto que nunca tuvo; habrá perdido la oportunidad para siempre.

Pero enseguida descubrí que con Miguel mis aprensiones eran infundadas. Ese señor resultó ser todo lo contrario de lo que temía: natural, espontáneo, sin pretensiones. Recuerdo que me conquistó desde el principio, en cuanto cruzó la puerta.

—Tú debes de ser Nicolás —me abordó tendiéndome la mano—. He oído hablar mucho de ti. Tu madre me ha dicho que te gustan mucho los tanques.

El comentario me hizo desviar una mirada ilusionada hacia la bolsa de El Corte Inglés que llevaba en la mano. Me la tendió sin más preámbulos, diciendo simplemente:

—Espero que te guste.

Lo cogí con timidez, buscando en los ojos de mi madre una señal de aprobación. Ella me miraba tranquila, sonriente.

—Ábrela, chaval, no te cortes. Tu madre ya sabe lo que es.

Aquellas palabras hicieron que me olvidara por un momento de su presencia, así que me despojé de toda reserva, saqué el voluminoso paquete y procedí a rasgar el papel que lo envolvía con ansiosa expectación.

—¡Un Königstiger! —exclamé. Durante varios segundos me quedé mudo, admirándolo con los ojos como platos.

—Ya sabía que te gustaría.

En otra circunstancia el detalle del regalo me hubiera resultado sospechoso, pero en esa ocasión ocurrió todo lo contrario. No sabría decir por qué exactamente, pero había algo en Miguel que transmitía serenidad; algo que inspiraba confianza y te congraciaba con él de inmediato. Siempre me ha fascinado la facilidad con la que tenemos esta clase de impresiones, la rapidez con la que surgen y se configuran por sí mismas, sin pasar siquiera por el tamiz del intelecto. En cuestión de segundos, antes de que la persona haya dicho o hecho nada significativo que nos permita fundamentar un veredicto razonado, ya hemos decidido si es digna o no de nuestra confianza. La mayoría de las veces ocurre sin esfuerzo, inconscientemente, como si fuera obra de algún reflejo automático ajeno a nuestra voluntad.

¿Cómo lo hacemos? ¿Qué factores influirán en la formación de todos estos presentimientos que tan fuertemente moldean nuestra disposición hacia las personas?... A saber. Supongo que muchos de ellos tendrán un componente irracional y caprichoso, o quizá sean simplemente fruto de la química de nuestro cerebro: todas esas reacciones oscuras e indescifrables, codificadas en un lenguaje imposible de interpretar, que hacen que un determinado olor, o un modo concreto de mirar, o la peculiar modulación de la voz, nos resulten atractivas.

Sospecho que en la simpatía que sentía hacia Miguel había algo de esto. Tenía uno de esos talentos desenvueltos que exuda serenidad y aprecio; por algún motivo, sin proponérselo, me cautivó desde el primer instante.

Unas semanas después de aquel primer encuentro, el día de mi cumpleaños, me regaló otro tanque, esta vez un Jagdpanther. En esa ocasión mi madre sí que le regañó, aunque medio en broma. En el fondo se veía que le gustó que tuviera ese detalle; parecía casi tan emocionada como yo.

—Miguel, por Dios, no quiero que le traigas un regalo cada vez que vengas —le amonestó sin mucha convicción.

Aquel fue un gran día, el mejor cumpleaños que he tenido nunca. Recuerdo que mamá había comprado mi pastel favorito, el de chocolate con nata y tejas

de hojaldre.

—Cómelo despacio, Nico, mastica, que te vas a poner malo.

—Déjale, mujer, que es su día.

Me atiborré sin reservas, hasta que no pude más, y cuando por fin moví el plato a un lado, saturado, los dos rompieron a reír como niños.

Durante todo ese día mi mamá estuvo de muy buen humor. Reía todo el rato. De tanto en tanto, cuando creía que yo estaba inmerso en mis juegos, la veía arrimarse a Miguel con el mismo gesto que solía poner cuando estaba con papá. Sé que muchos niños se encolerizan cuando sucede esto porque se sienten celosos, inseguros, pero a mí no me importó en absoluto; si acaso, me alegró. Era obvio que este hombre hacía feliz a mi mamá.

Para cuando escribió este último párrafo, Rodrigo llevaba tecleando sin pausa durante más de una hora, inmerso en el impetuoso torrente de palabras que le venían a la cabeza.

Un súbito golpeteo interrumpió el ritmo de su ajetreado cerebro, sobresaltándole ligeramente. Le llevó un par de segundos salir de su mundo y volver a la realidad.

—¿Sí? —repuso al cabo volviéndose hacia la puerta.

—Le he traído el desayuno.

Reconoció de inmediato la voz de la dueña del hotel.

—Un momento, por favor —repuso con sequedad.

Las largas horas de inmovilidad le habían entumecido los músculos, por lo que se incorporó de la silla con dificultad y tuvo que estirarse para aliviar la rigidez de su cuerpo antes de ir a abrir la puerta.

En el pasillo, la mujer aguardaba sonriente con una bandeja repleta hasta los topes. Traía de todo: tostadas, *croissants*, fruta, un termo de café... Rodrigo observó atónito el despliegue de alimentos.

—Mi marido me ha dicho que no suele tener apetito por las mañanas, pero aun así me he tomado la libertad de traérselo, por si acaso...

—Gracias, no tenía que haberse molestado —balbuceó con aire azorado.

—No es molestia, se lo aseguro —rio la mujer—. Casi me está haciendo usted un favor. Como ve, en esta época del año el hostel está prácticamente vacío, así que no solemos tener mucho trabajo... De esta manera, por lo menos, me mantengo ocupada.

Se expresaba atropelladamente, a borbotones, con esa precipitación de la que se suelen valer los tímidos para ocultar su nerviosismo.

Durante un instante Rodrigo se quedó mirándola sin saber qué decir.

—Entiendo —repuso forzando una sonrisa—. De todas formas se lo agradezco, es un detalle por su parte.

Rodrigo hizo ademán de coger la bandeja, pero la mujer se adelantó a él y le apartó ligeramente, sin brusquedad.

—No, por favor, déjeme llevársela a la mesa, está usted con la muleta.

La posó con cuidado sobre el extremo del escritorio en el que había estado trabajando unos minutos antes. Él la siguió con la mirada, reparando en la elegancia de su atuendo y el intenso aroma de su perfume. Nada más posar la bandeja, la mujer se tocó el cabello con gesto nervioso, recolocándose la horquilla que le sujetaba un mechón del flequillo.

—Vaya, ¿qué está haciendo aquí? —comentó al fijarse en las hojas que había apiladas junto a la máquina de escribir.

Al verla inclinarse para ojearlas, gritó:

—¡No toque eso, por favor!

Ella se apartó dando un respingo.

—Uy, qué susto... —Y de seguido, soltando una risita nerviosa, añadió—: Perdóneme, soy una curiosa incorregible, no sé en qué estaba pensando.

Él se la quedó mirando fijamente, estudiando cada detalle de su rostro: sus pómulos afilados, la nariz aguileña, la intensidad de sus ojos negros...

—No, es usted quien debe disculparme por mi brusquedad —dijo avergonzado. Y tras una pausa, explicó—: Es una manía de escritor, ¿sabe?, nunca dejo que nadie lea mis escritos hasta que los he terminado.

—Parece lógico —repuso ella forzándose a adoptar un tono de ligereza—. Así que es escritor, ¿eh? Vaya, qué interesante. ¿Y sobre qué escribe? —Pero enseguida pareció arrepentirse de haber hecho la pregunta—. Vaya, espero que no esté siendo otra vez una entrometida —se apresuró a decir—. No tiene por qué contestarme si no quiere...

—No, no me importa. La verdad es que no tengo preferencias, escribo sobre cualquier cosa. He hecho un poco de todo: relatos breves, ensayos, alguna novela...

—¿Y a qué género pertenece lo que está escribiendo ahora?

Él se quedó pensativo, sin apartar los ojos de su interlocutora, pero no contestó.

—Será... será mejor que me vaya —dijo la mujer percibiendo su reticencia.

—No se lo tome a mal, pero soy muy reservado a ese respecto. —Viendo que su respuesta parecía haberla incomodado más aún, añadió—: Siempre he creído que hablar sobre lo que uno escribe trae mala suerte... Es una superstición tonta, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Empezaron a temblarle las manos, y notaba una capa de sudor frío perlándole la frente. Conforme hablaba, la expresión de ella también fue cambiando: le miraba ahora con una mezcla de curiosidad y compasión, como si supiera por propia experiencia de lo que él le hablaba.

—Claro, le entiendo.

CAPÍTULO 7

Le hubiera gustado quedarse, alargar el momento un poco más, pero algo en la actitud de su joven huésped le disuadió de hacerlo. Era evidente que quería estar a solas.

—Bueno, no quiero robarle más tiempo, estaba usted ocupado —dijo tras una breve pausa. Se volvió hacia la puerta con decisión, pero se detuvo un instante antes de salir, y sin llegar a darse la vuelta, añadió—: No dude en avisarme si desea algo, cualquier cosa.

—Gracias, así lo haré —le oyó decir a su espalda.

Salió de la habitación con el corazón latiéndole desbocado. En cuanto cerró la puerta tras de sí, en el pasillo, sintió un ligero vahído que la obligó a apoyarse en la barandilla. Durante unos segundos los fantasmas del pasado irrumpieron en su cabeza como un eco intempestivo, transportándola otra vez a aquel funesto día que la mortificaba sin cesar desde hacía años: de pronto, volvía a estar en la cubierta de aquel barco, en el suelo, agitándose como una poseída, chillando entre clamores espasmódicos el nombre de su hijo, mientras desde la distancia le llegaba la voz de su marido, abriéndose paso a empujones entre la multitud. «¡Ya voy, Susana, ya voy, mi amor!...»

—¡Basta ya! —susurró golpeando la barandilla con rabia. Permaneció quieta, con los ojos cerrados, intentando conjurar la inopinada secuencia de imágenes que la acosaban como un zumbido recalcitrante.

Minutos después entró en su casa —el chalecito adyacente al complejo que habían edificado tras la desaparición de Nicolás, cuando decidieron emprender el negocio—. En cuanto cruzó el umbral y percibió el intenso aroma a café y a huevos fritos, supo que Miguel ya había despertado. «¡Maldita sea! —pensó para sus adentros—. No tenía que haber regresado tan pronto». Antes le hubiera gustado estar un rato a solas para recomponerse y poner en orden sus pensamientos. Se volvió instintivamente hacia la puerta,

sopesando la idea de salir de nuevo, pero ya era tarde, estaba segura de que el sonido de sus pasos la habría delatado.

—Buenos días, Susi —dijo Miguel saliendo al pasillo.

La mujer se volvió hacia él llevándose las manos al pecho, dispuesta a echarle un rapapolvo por asustarla, pero entonces reparó en su atuendo y rompió a reír.

—¡Qué haces con eso, tonto! —dijo desternillándose de risa. Llevaba puesto uno de los delantales de Casilda, la señora de la limpieza (florido, muy ceñido al cuerpo de lo pequeño que le quedaba, salpicado de lamparones). Se acercó a besarle sin parar de carcajear—. Menudo payasete estás hecho, mi amor. —Después se dirigió a la cocina, se sirvió una taza de café y se fue a sentar a la mesa—. Vaya, qué bien huele —comentó poniéndose a ojear una revista.

Él la siguió con la mirada, sin decir nada.

—¿Estás bien, cariño?

Susana alzó la cabeza, enarcando las cejas con gesto de extrañeza para disimular su turbación.

—Claro que estoy bien, Miguel, ¿a qué viene eso?

Durante un par de segundos, mientras aguantaba el despiadado escrutinio de su marido, contuvo la respiración. La ponía de los nervios ese modo que tenía de taladrarla con la mirada, la persistencia inquisidora con la que la estudiaba a veces, como si estuviera intentando meterse en su cerebro. Siempre que hacía eso se sentía desnuda, vulnerable, como una niña desvalida. «¿Qué estará pasando por su cabeza?», pensó una vez más disimulando su agitación. ¿Intuiría lo que sentía, el magma incandescente que bullía en su interior?

—No sé, te veo un poco pálida, Susi, no tienes muy buen aspecto.

—Estoy bien, Miguel, en serio —dijo volviendo de inmediato su atención a la revista, pero era mentira. De pronto, mientras pasaba las hojas, le acometió una ola de indignación y quiso ponerse a gritar, insultarle, pegarle con todas sus fuerzas... ¿Quién se creía que era para mirarla con esa cara de pena que tanto la desquiciaba?

En momentos como ese, cuando la rabia la cegaba, la asaltaban toda clase de conjeturas sobre los móviles de su marido. ¿Por qué hacía eso?, especulaba indignada. ¿Qué era lo que pretendía realmente?, ¿que se

derrumbara y llorara sobre su hombro, como había hecho en el pasado?, ¿era eso?

A veces sospechaba que sí, que en el fondo Miguel se recreaba con las debilidades de la gente, sobre todo con las de ella, y que su único propósito para ayudarla, además de quedar bien de cara a los demás, era sentirse bien consigo mismo.

Se imaginaba la reacción de los vecinos si volviera a tener una de sus antiguas recaídas, cómo ensalzarían la abnegación con la que se consagraba al cuidado de su desdichada mujer. «¡Pobre Miguel!», dirían con esa mezcla de pena y admiración que tanto le agradaba. «¡Menuda cruz le ha tocado con la loca de Susana!, ¡qué paciencia de santo tiene ese hombre!».

«Sí. Esto es lo que le pone, el bálsamo que da sentido a su vida», concluyó. Las personas como Miguel quieren constituirse en el bastión de los demás, no presentar ni un atisbo de debilidad ante nadie. En el fondo, aunque parece altruismo, es todo lo contrario, solo lo hacen por ellos mismos. Necesitan sentirse necesitados, porque ese es el único modo que tienen de llenar el enorme vacío de su existencia, el único modo de no sentirse insignificantes.

—Si te ocurriera algo, me lo dirías, ¿verdad? —insistió al cabo de unos segundos.

Durante todo ese rato, Susana no había dejado de sentir su mirada implacable clavada en ella.

—Sííí, pesado —dijo haciendo un esfuerzo descomunal para no soltar la ristra de invectivas que acudieron en tropel a su lengua. Sabía que era cuestión de esperar unos segundos, pasaría enseguida.

Aquello pareció convencerle.

—Bueno, y dime —dijo volviéndose al fogón y retomando su actividad—, ¿qué tal se encuentra nuestro huésped esta mañana?

—Bien, supongo. Hoy parecía más descansado —comentó con indiferencia sin apartar los ojos de la revista.

Estuvieron hablando un rato sobre él, sus hábitos, lo extraño que les resultaba.

—Tiene un aspecto un poco enfermizo, ¿verdad?

—Sí... Es escritor, me da que pasa demasiado tiempo encerrado. Además, no creo que se cuide demasiado. ¿Viste las botellas encima del escritorio?... Y cuánto fuma, el condenado; no sé ni cómo puede respirar ahí dentro.

—Sí, ya lo noté. Estuve a punto de abrir la ventana para airear la habitación

—comentó Miguel pensativo. Y tras una breve pausa, añadió—: ¿Por qué sabes que es escritor? ¿Te lo ha dicho él?

—Sí.

—¿Y qué escribe?

—No me lo ha querido decir.

Miguel se quedó callado. La conocía bien, y sabía que ese tipo de respuestas cortantes significaban que ella no quería seguir hablando del tema.

—Bueno, espero que tengas hambre —dijo cambiando de tono—. He preparado todo lo que te gusta: huevos, bacón, salchichas, tomate frito...

Poco después, mientras ella ponía la mesa, Miguel fue a llamar a su hijo. Le oyó gritar su nombre varias veces antes de que respondiera.

—Jaaaime, Jaaaime... Baja ya, vamos a desayunar.

El pequeño irrumpió en la cocina como un terremoto y se puso a correr alrededor de la mesa. Llevaba en la mano su última adquisición: un avión que le había dado su padre unos días antes.

Miguel le regalaba juguetes casi todas las semanas, y eso era algo que a ella la sacaba de quicio. «¡Basta ya de tanto regalo! —le solía regañar cada vez que aparecía con un nuevo artefacto—. Le estás malcriando». Pero él no hacía ni caso. «Mujer, es una tontería de nada, no te pongas así», respondía emocionado al ver la reacción de su hijo. A veces, cuando se ponía seria, le hacía prometer que no volvería a regalarle nada sin consultárselo antes, pero al final siempre acababa saltándose sus juramentos. En este sentido, Miguel era como un niño incorregible, incapaz de resistirse a cualquier capricho que su hijo le pidiera.

Durante un buen rato, pese a los ruegos insistentes de su madre para que se sentara, Jaime siguió corriendo por la cocina sin hacerle ningún caso. Tras varias llamadas de atención infructuosas, Susana recurrió a su marido.

—¡Miguel, haz el favor, pídele que se siente, por Dios! —le ordenó irritada.

El marido obedeció, aunque sin severidad. Era incapaz de levantar la voz a su hijo.

—Venga, Jaime —dijo acercándose a él para revolverle afectuosamente la pelambreira pelirroja—. Haz lo que te pide mamá.

Al oír a su padre, el niño acató la orden sin rechistar.

Con él siempre era así. Por alguna razón —puede que fuera el timbre de su voz, o quizá por el modo en que se lo pedía, sin acritud— a su padre le obedecía a la primera.

Mientras desayunaban se pusieron a charlar animadamente sobre los temas más diversos, como de costumbre.

—Jaime, cuéntale a papá cómo te ha ido en el cole esta semana.

—La señorita Zorrilla me ha puesto un ocho en el trabajo que hice de Geografía.

—¡No me digas, hijo! ¡Eso está muy bien, estoy orgulloso de ti!...

La aparición del chico siempre ejercía ese efecto catalizador sobre el ambiente. De pronto, estando él presente, sus padres asumían un aire alegre y despreocupado que distaba mucho de la frigididad con la que solían tratarse en la intimidad. Pero en cierto momento, a mitad del desayuno, ocurrió algo que dio un giro a la conversación, enturbiando la placidez del momento familiar.

—¿Por qué estabas ayer tan seria cuando volvíamos en el coche, mamá? —soltó el pequeño de improviso.

Sus padres cruzaron unas miradas silenciosas. Fue un segundo, un sondeo fugaz, pero en ese breve espacio de tiempo ambos adivinaron lo que estaba pensando el otro.

—¿Qué cosas dices, Jaime —repuso su madre con una sonrisa forzada—. Mamá estaba pensando en sus cosas.

—¿No estabas preocupada?

—Claro que no, tesoro, ¿qué te hace pensar eso?

—Te oí decir algo, mamá, ¿estabas hablando sola?

—Es posible, cariño. A veces la gente mayor piensa en voz alta, pero eso no quiere decir que estuviera preocupada.

Intentaba expresarse con calma con el fin de aparentar naturalidad, pero el temblor de su voz contradecía esa impresión.

—¿Es por el hombre ese que se ha alojado en el hotel?

—¡Bueno, ya está bien, Jaime!

El puño de la mujer cayó contundente sobre la mesa, produciendo un sonido seco y haciendo tintinear todos los platos y las tazas. Durante varios segundos ninguno dijo nada, solo se oyó el tictac del reloj. Susana permaneció sin moverse, con sus ojos fijos en algún punto indeterminado de la mesa, evitando cruzarse con los ojos de su marido, cuya mirada sentía otra vez sobre ella. Quiso decir algo, excusarse por su intempestiva reacción, pero sus músculos —los sentía como agarrotados, insensibles— le impedían articular las palabras que querían salir de su boca.

Al fin, haciendo un esfuerzo ímprobo, logró dominar su rigidez.

—Disculpad.

Se marchó de la cocina con gesto abatido, como si cargara con un enorme peso sobre los hombros.

CAPÍTULO 8

Ya eran cerca de las seis de la tarde cuando Rodrigo salió de su habitación. Desde la recepción, Miguel escuchó la pausada cadencia de sus pasos al descender por las escaleras y poco después le vio detenerse en el rellano del vestíbulo. Por su rostro soñoliento, su ropa desaliñada y el cabello revuelto, se veía que acababa de despertar de la siesta. Tenía la mirada perdida y parecía absorto, completamente ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor.

—¿Qué tal se encuentra?

La voz del hotelero interrumpió de golpe sus cavilaciones y le hizo volverse con gesto brusco.

—Bien, gracias —repuso sonriendo, y tras un instante de vacilación, añadió —: Me apetecía tomar una cerveza, o puede que algo más fuerte, pero no quiero coger el coche... ¿Conoce algún bar por aquí cerca?

—Sí, hombre, hay uno a unos cinco minutos de aquí. —Levantó la tapa del mostrador de la recepción y se acercó a la puerta de la entrada con el otro a su zaga—. Es en esa dirección —le dijo apuntando al sendero que salía del hostel—. Siga todo recto hasta llegar a una bifurcación, y una vez allí tome el sendero de la derecha...

Rodrigo atendía sus indicaciones y se limitaba a asentir en silencio, pero en mitad de la explicación, Miguel se interrumpió de pronto y, con cara de habérselo pensado mejor, comentó:

—¿Sabe lo que le digo? Le voy a acompañar. A mí también me vendría bien una cerveza.

Cuando salieron del hostel ya empezaba a anochecer. Hacía una de esas tardes melancólicas tan propias del otoño, de cielo descubierto y colores cálidos que invitan al reposo. Soplaban una brisa suave que llenaba el aire de una intensa fragancia a leña y a hierba recién cortada.

Recorrieron el trayecto en silencio, con el crujir de sus pasos sobre la gravilla como único sonido de fondo, pensando cada uno en sus cosas. Sobre ellos, en el azul pálido del atardecer, asomaba la luz tenue de una miríada de puntitos luminosos, y los contornos del paisaje comenzaban ya a difuminarse ante el avance progresivo de la oscuridad.

Unos minutos más tarde les llegó un vago rumor de voces y de música que fue incrementándose conforme se iban acercando a su destino, hasta transformarse en un runrún bullicioso. A los dos les sorprendió ver el bar tan atestado de gente.

—¡Claro, es Halloween! —exclamó Miguel al acordarse de qué día era.

Les costó bastante entrar, pues tuvieron que abrirse paso casi a empujones entre la aglomeración que había agolpada junto a la entrada. Era un establecimiento bastante lóbrego, de esos que tienen serrín esparcido en el suelo de madera vieja y mugre en las mesas y huelen a sudor y vino rancio.

Al llegar a la barra, Miguel tuvo que gritar a su acompañante para hacerse oír.

—¿Qué le apetece tomar?

El cuanto el camarero les sirvió la cerveza —dos botellines de Voll-Damm bien fríos—, Rodrigo y Miguel, como por tácito acuerdo, empezaron a encaminarse hacia la salida. Mientras se abrían paso de nuevo entre el gentío, Rodrigo se topó de frente con el viejo con aspecto de lobo de mar que había visto en el restaurante de la playa el día anterior. Durante un instante, este fulminó con sus ojos verdes a Miguel, dedicándole una mirada torva e inquietante.

Cuando consiguieron salir al exterior, recibieron la primera bocanada de aire fresco con alivio, contentos de haber escapado por fin del ambiente enrarecido del local.

Fueron a sentarse no lejos de allí, en un banco de piedra que había a un lado del sendero, detrás del establecimiento. Estaba sobre una altura que dominaba el amplio valle que se desplegaba ante ellos, frente al mar, con el pálido reflejo de la luna menguante extendiéndose como una estela blanca sobre las aguas del Cantábrico. En la distancia, hacia el oeste, aún podía distinguirse confusamente la impresionante silueta de los Picos de Europa.

—¿Se ha fijado en ese hombre? —preguntó Miguel al cabo de un rato.

—¿Cuál?

El hotelero, que hasta ese momento parecía estar recreándose con algún

punto distante del paisaje, se giró y miró a Rodrigo fijamente.

—El hombre de la barba blanca. Le ha tenido que ver.

El interpelado le observó en silencio, sin acabar de comprender.

—Ah, sí —repuso al fin—. Le vi ayer en el restaurante de Oyambre.

—¿En *El colmado ibérico*?

—Sí, ese... ¿Quién es? ¿Le conoce?

—¡Cómo no iba a conocerle! Es mi cuñado. Aunque hace años que no hablamos —añadió forzando una risita.

Sacó un paquete de Marlboro del bolsillo de su chamarra y le ofreció un cigarro a Rodrigo; luego se colocó otro en la comisura del labio y lo encendió.

—Un tipo difícil —dijo tras dar una profunda calada a su cigarro. Hablaba sin mirarle, con la vista puesta en el mar. Cada vez que abría la boca, el humo huía en densas vaharadas que se dispersaban con la suave brisa—. Se opuso a mí desde el principio, desde el mismo día que nos conocimos. No aprobaba mi relación con su hermana. Creía que yo era un interesado, que solo estaba con ella por su dinero.

Le contó lo difícil que había sido todo durante aquellos primeros años: las constantes faltas de respeto, las insinuaciones malintencionadas, y los insultos velados que tuvo que soportar.

—No soy un hombre agresivo, se lo aseguro, pero hay situaciones que ponen a prueba la paciencia de cualquiera. Hay que ser un santo para contener la rabia y no soltar un puñetazo.

El único motivo por el que aguantó tanto fue por su mujer. Sabía lo unida que estaba a su hermano. Todo aquel lamentable asunto la acabaría destrozando, así que decidió citarse con él en secreto, sin que Susana se enterara.

—Por ella, hice un último esfuerzo para resolver nuestras diferencias... Le llamé por teléfono una mañana y le propuse que nos reuniéramos. Donde él quisiera. Accedió a regañadientes. Quedamos en una cafetería esa misma tarde. Fui directo al grano y le hablé sin tapujos. Le dije que no entendía a qué venía su desprecio. ¿Por qué la había tomado conmigo?, ¿qué le había hecho yo?... Llegué incluso a humillarme y le rogué que me diera una oportunidad, aunque solo fuera por su hermana... Pero no sirvió de nada. Al final de esa reunión, cuando nos despedimos, comprendí que aquello no tenía

arreglo. Aquello acabó por truncar las pocas esperanzas que tenía de solucionar las cosas. Fue la última vez que quedé con él.

Miguel dio una larga calada a su cigarrillo y exhaló el humo lentamente. Para entonces ya se había hecho de noche. Desde el bar les llegaba el rumor amortiguado de la fiesta, combinado de tanto en tanto con el arrullo de las jóvenes parejas que había desperdigadas por los bancos de alrededor.

—Ahora entenderá lo de antes —comentó al cabo de un rato.

—¿A qué se refiere? —repuso Rodrigo.

—¿No ha visto cómo me ha mirado?... Echaba chispas por los ojos, parecía estar a punto de atacarme. Lo ha tenido que notar... Y a usted también le ha mirado.

Ahora fue Rodrigo quien se giró, extrañado, y le observó con atención.

—No, no he notado nada... ¿Por qué me iba a mirar a mí?

Miguel dejó pasar unos segundos, como sopesando lo que iba a responder. Pese a la oscuridad, Rodrigo percibió el amago de sonrisa —o quizá fuera una mueca, un tic, a saber— que asomó a su rostro, formando dos hoyuelos en sus mofletudas mejillas. Miguel suspiró hondo y se volvió hacia él.

—Lo que voy a decirle me resulta muy duro de contar. Toca una fibra delicada.

Le explicó que, años antes, su mujer había estado casada con otro hombre con el que tuvo un hijo. Cuando la conoció, el chico acababa de cumplir nueve años y ella hacía tiempo que había enviudado. El niño —Nicolás, se llamaba— nació con displasia en la cadera, un defecto congénito que le impedía andar con normalidad. Gracias a los tratamientos a los que le sometieron desde muy pequeño, experimentó una notable mejoría en su psicomotricidad, pero aun así siguió teniendo muchas dificultades para moverse. El especialista que le atendió fue muy sincero a este respecto. Le dijo a su madre que no albergara demasiadas esperanzas, que probablemente Nicolás dependería de la muleta toda su vida.

—¿Por qué me está contando todo esto? —le atajó Rodrigo a mitad de relato. Acababa de dar un largo trago de su cerveza y posó la botella sobre el banco con ademán casi brusco—. ¿Cree que se ha fijado en mí por eso?, ¿porque llevo muleta?

Miguel negó asertivamente con la cabeza.

—No es solo por la muleta... —Rodrigo le sintió vacilar un segundo antes de continuar—. Verá, no sé cómo decir esto sin que suene un poco raro,

pensará que estoy exagerando... pero usted... usted es la viva imagen de ese niño, de Nicolás. No había visto un parecido tan extraordinario entre dos personas en toda mi vida... Por eso mi mujer reaccionó de aquella manera cuando le vio el otro día: para ella fue como si estuviera viendo a su hijo...

Soltó todo esto de corrido, como si tuviera ganas de terminar. Después se quedaron callados, cada uno sumido en sus pensamientos.

—¿Qué le pasó a su hijo? —preguntó al cabo Rodrigo, intuyendo que algo malo debió sucederle.

—Desapar... No, disculpe, llevo diciendo esto tanto tiempo que ya me sale solo. Lo cierto es que murió. Fue un accidente.

Según lo decía, el recuerdo ensombreció su rostro y tuvo que guardar silencio otra vez. Antes de retomar el hilo de su narración volvió a suspirar hondo, entornando los párpados.

—Ocurrió durante esta misma época del año, en noviembre, durante una salida de fin de semana a Santoña. No sé si lo conoce... —inquirió mirando a su interlocutor—. Es un pueblecito pesquero que está como a una hora de aquí, al oeste de Laredo. Fue mi mujer la que sugirió el destino. Llevaba tiempo con ganas de ir a Santoña; decía que era uno de los pocos pueblos de Cantabria que no había visitado nunca. Llegamos la noche del viernes, justo a tiempo de cenar. Al día siguiente, al mediodía, embarcamos en un pequeño yate de recreo que navegaba por toda esa parte de la costa. A Nicolás le chiflaban los barcos. Solía pasarse horas encaramado a la barandilla, contemplando el mar. —Mientras se recreaba con alguna imagen que solo él podía ver, dibujó una sonrisa amarga que llenó su rostro de tristeza. Cuando retomó la palabra, su voz sonó distinta, ligeramente quebrada.

»Ese día hacía frío, por lo que mi mujer y yo decidimos meternos dentro a tomar un café. Solo nos ausentamos unos minutos, pero para cuando volvimos al lugar donde habíamos dejado a Nicolás, ya no estaba. Al principio no le di importancia; era un niño inquieto, seguro que estaría jugando por alguna parte. Susana, en cambio, se volvió loca. Se puso a correr por todas partes gritando su nombre, cada vez más angustiada. ¡Nicolás! ¡Nicolás! ¡Dios mío! ¿Dónde está mi niño? ¿Dónde está mi niño?

»La cubierta se llenó enseguida de pasajeros atraídos por sus gritos. ¿Qué le pasa, señora? ¿Dónde le duele? ¡Que alguien llame a un médico! Como nadie sabía lo que sucedía, supusieron que le estaba dando un ataque. Cuando logré abrirme paso entre los curiosos que la rodeaban, vi un panorama

desolador: Susana estaba tirada en el suelo, aullando como una posesa, fuera de sí. Entre sus manos agarraba la muleta de Nicolás. *Mira lo que he encontrado, Miguel, mira lo que he encontrado*, me gritaba. Mientras hacía lo posible por calmarla, alcé la voz para hacerme oír entre la algarabía. *Es nuestro hijo*, dije. *No le vemos por ninguna parte. Estaba aquí, en la cubierta.*

»No podía imaginar la reacción que ejercieron aquellas pocas palabras: la multitud se dispersó de inmediato en todas direcciones, sonó la alarma del yate, el barco entero se convirtió en un torbellino de actividad... Yo observaba todo ese trajín caótico como en trance, demasiado aturdido para hacer nada. Después debí de perder el conocimiento, porque no recuerdo más.

En ese punto de su historia, la emoción le obligó a detenerse para enjugarse las lágrimas.

—Docenas de patrullas de salvamento salieron al día siguiente a rastrear hasta el último recoveco del litoral. Lo buscaron incansablemente durante semanas, pero no sirvió de nada. Jamás lograron dar con Nicolás... Creo que eso fue lo que más afectó a mi mujer: el hecho de no hallar el cadáver, de no saber con seguridad si había muerto o no, empezó a trastornarla. Intenté razonar con ella, hacerle comprender que no había podido sobrevivir, que debíamos resignarnos a lo peor... pero todo lo que le decía rebotaba contra el muro de su obcecación. Con el tiempo, esta incertidumbre se convirtió en una obsesión que la carcomía día y noche, no podía quitársela de la cabeza. Todavía hoy, en su fuero interno, sigue aferrada a la idea de que nuestro hijo está vivo, que volverá a verle algún día...

Hasta ese momento había permanecido cabizbajo, como pensando en voz alta, pero de improviso fijó sus ojos azules en su interlocutor y le preguntó:

—¿Tiene usted hijos?

El otro negó, sorprendido.

—Es verdad, ya me lo dijo... Entonces no sabe de lo que le hablo. A veces trato de imaginarme cómo sería nuestra vida si hubieran encontrado el cuerpo. El verle muerto nos habría destrozado, desde luego, habría sido un golpe terrible... pero no hay herida que los años no cicatricen, el tiempo lo cura todo.

Le explicó que ese rescoldo de esperanza que Susana mantenía encendido contra cualquier pronóstico razonable era lo que alimentaba su angustia.

Nunca había sido capaz de liberarse del todo de esa carga.

Interrumpió su soliloquio para encenderse otro cigarro y quedó pensativo un momento antes de continuar:

—Con el paso de los meses la situación acabó por hacer mella en su ánimo. Se odiaba a sí misma, odiaba a la vida... lo odiaba todo. Empezó a tener cambios de humor, a comportarse de forma extraña, a perder los estribos sin razón alguna. Podía pasar de un extremo a otro en cuestión de segundos: un momento estaba bien, y al siguiente perdía la cabeza y se ponía a gritar como una histérica. Incluso llegó a agredirme en alguna ocasión... En el fondo, sé que me responsabiliza de lo ocurrido. Nunca ha llegado a expresarlo con palabras ni me lo ha reprochado abiertamente, pero para ella yo soy el culpable de que perdiera a su hijo. Fui yo quien se empeñó en hacer esa excursión en barco, quien dijo que no pasaría nada porque Nicolás se quedara solo en cubierta. Y en cierto modo lo comprendo. Esos arranques desahogados eran solo una forma de aliviar el intenso rencor que la consumía. Su válvula de escape.

»Eso fue para mí lo más enervante de todo: la recriminación implícita que se escondía bajo esos arrebatos de furia que le acometían periódicamente por cualquier insignificancia. Hubiera preferido mil veces que me lo chillara a la cara, que me acusara; al menos eso la hubiera ayudado a desahogarse.

Según Miguel, aquella época fue un auténtico calvario para ambos; no podía dejarla ni un momento, nunca sabía lo que podía pasar... Le contó que a veces se pasaba horas y horas encerrada en la habitación de Nicolás, sola, hablando consigo misma. Su salud también se resintió. Cada vez se la veía más enflaquecida, más pálida, con ojeras cada vez más marcadas bajo los ojos... Estaba tan desmejorada que incluso valoró la idea de ingresarla en un hospital.

—Habría tenido que recurrir a la fuerza, sin duda, porque ella se habría negado, pero a esas alturas yo lo consideraba casi como un deber. No podía quedarme de brazos cruzados, tenía que hacer algo... Por suerte, no tuve que enfrentarme a ese dilema. En el momento más crítico, cuando ya creía que habíamos tocado fondo y las cosas no podían ir a peor, me dio un infarto al corazón. Bueno, en realidad fue solo un conato; un síncope, más bien. A los pocos días ya me habían mandado a casa... Sin embargo, aquello supuso un antes y un después en nuestra relación, la asustó de verdad.

»Hasta entonces, Susana había estado metida en su propia burbuja,

consumida por su propio dolor, por su remordimiento, por su odio. Creo que el verme postrado en aquel hospital la escarmentó profundamente, le hizo comprender el daño que me estaba causando. A raíz de aquello todo cambió.

Poco después de que le dieran el alta, Susana y él mantuvieron una larga conversación. Fue la última vez que hablaron sobre su hijo desaparecido. Susana se sinceró. Le dijo todo lo que había estado sintiendo: el dolor, la rabia, la horrible incertidumbre que la torturaba... Se daba cuenta de lo absurdas que habían sido sus esperanzas, de cuánto había hecho sufrir a todos con su inestabilidad, pero no había podido evitarlo, era superior a ella. Tras consultar a un profesional —un psicólogo que les recomendó un amigo—, convinieron en tomar medidas tajantes. Nunca más volverían a mencionar a Nicolás ni a hablar de nada que estuviera remotamente relacionado con él; a partir de ese momento su nombre se convirtió en un tabú para ellos.

—Puede parecer una medida un tanto extrema, incluso insensible, pero nuestra situación era desesperada. Habíamos sufrido mucho, los dos, y no sabíamos qué otra cosa podíamos hacer para salir de aquel horrible atolladero.

Poco a poco las aguas volvieron a su cauce. Con el paso de las semanas, Susana fue recobrando la serenidad y se puso mejor. Por eso se habían mantenido fieles a esa resolución, explicó, pese a que aquellos años no habían sido fáciles para ninguno de los dos. El recuerdo de su hijo aún seguía latente entre ellos, y así continuaría siendo, sin duda; uno jamás llegaba a deshacerse del todo de un dolor tan profundo. Pero de alguna manera, a fuerza de arrinconarle, de no nombrarle, habían conseguido dar un poco de estabilidad a sus vidas.

—Al menos hasta hace un par de días, cuando... cuando usted vino a alojarse en nuestro hotel.

El inesperado silencio que siguió a estas palabras hizo que Rodrigo se volviera hacia él, extrañado.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó con cierta brusquedad, incapaz de disimular su impaciencia—. ¿Por qué me cuenta todo esto? Perdona, pero es que no sé a dónde quiere llegar...

Durante unos segundos Miguel pareció meditar su respuesta.

—Trato de explicarle por qué mi cuñado le ha mirado de ese modo tan extraño en el bar.

—¿Y cómo se supone que me ha mirado?

—Igual que lo hizo mi mujer la primera vez que le vio. Con horror, con espanto... y también con ilusión. Es lo que intentaba decirle: durante todos estos años mi mujer y mi cuñado han vivido con la absurda esperanza de que Nicolás no había muerto. Su llegada ha reavivado esta esperanza... —Y como para zanjar cualquier duda, añadió—: Ya sé que es una locura, pero ambos creen que usted podría ser aquel niño.

—¿Pero cómo?, ¿simplemente porque me parezco a él?

—Ya se lo he explicado antes —le atajó Miguel—. No se trata de un simple parecido; usted es la viva imagen de Nicolás.

Rodrigo le observó con ojos escrutadores unos segundos, y tras esto concluyó:

—Ya veo. Teme por su mujer. Cree que mi presencia aquí está empeorando las cosas entre ustedes y ella podría sufrir una recaída. —Miguel asintió en silencio, sin titubear—. Y que cuanto antes me vaya, mejor. Le preocupa que mi estancia aquí pudiera alargarse. ¿Verdad?

—Entiéndame, no es por usted, sino por la situación. Siento que está empezando a escapárseme de las manos —repuso poniendo cara de circunstancia.

CAPÍTULO 9

No puede marcharse todavía. Tiene que quedarse un tiempo más, no sabe cuánto.

Esas han sido sus palabras textuales.

Me ha dejado cortado, sin saber qué decir; y él ha debido de notar mi contrariedad, porque enseguida ha asumido un tono de disculpa.

—No me malinterprete. Comprendo por qué me lo está pidiendo, y haré lo que esté en mi mano para pasar desapercibido y evitar a su mujer. Pero ahora mismo no puedo irme. Lo siento.

He intentado averiguar por qué, pero me ha respondido con evasivas. Motivos personales, ha dicho. Estaba en mitad de algo importante y no podía dejarlo a medias.

Era obvio que no quería seguir hablando de eso, así que he cambiado de tema. Imperceptiblemente, sin yo proponérmelo, la conversación ha acabado centrándose en él: su pasado, de dónde viene... Se ha mostrado bastante reservado —se ve que no le gusta hablar de sí mismo—, por lo que lo único que he sacado en claro es que es de Madrid y que se acababa de divorciar.

Solo cuando le he preguntado por su profesión ha parecido relajarse un tanto. Me ha dicho que había trabajado en la enseñanza durante unos años, pero que un día decidió dar un vuelco a su vida y dedicarse a su verdadera pasión, la escritura.

—¿Y sobre qué escribe?

—Un poco de todo.

Conforme hablaba se iba soltando más y más, hasta que al final aquello parecía más un soliloquio que una conversación. Lo de la escritura debe de entusiasmarle de verdad. Yo, por mi parte, he aprovechado para observarle con detenimiento mientras se explayaba. Una vez más, me ha sorprendido el parecido tan extraordinario que tiene con Nicolás. Se expresa igualito que él:

con mucha calma, y muy concentrado, los ojos fijos en el suelo, como si meditara cada palabra antes de decirla. Y esa mirada penetrante que te clava cuando alude a alguna cosa que considera más interesante, que se te mete hasta el tuétano... Cada vez que me mira de esa manera me siento desnudo, vulnerable; como si un censor despiadado estuviera intentando escarbar en las partes más recónditas de mi alma.

Era bastante tarde cuando hemos vuelto al hotel. Nos hemos despedido en el vestíbulo y, al entrar en casa, me he encontrado con Susana en la cocina, planchando.

—¡Pero qué haces despierta a estas horas, cariño!

—¿A ti qué te parece? —ha respondido señalando una pila de ropa que había amontonada sobre la mesa.

Me ha dicho que, como no podía dormir, prefería quitárselo de encima para no tener tantas tareas al día siguiente. Estaba inquieta, se lo he notado nada más verla, y he pensado: «Me ha visto salir con Rodrigo; por eso está así. Seguro que se ha pasado toda la tarde nerviosa, dándole vueltas al asunto...»

Efectivamente, no he tardado mucho en confirmar mis sospechas.

—Bueno, ¿y a dónde habéis ido el huésped y tú, que habéis tardado tanto en volver? —me ha preguntado, con ese aire casual suyo que utiliza cuando finge que algo no le interesa.

Y mientras yo le contaba los pormenores de nuestra salida, ella se ha hecho la distraída, aparentando estar más atenta a la plancha que a mis palabras; pero era puro teatro. Lo sé por el modo en que eludía mi mirada cada vez que mencionaba a Rodrigo, y por ese tic nervioso que le sale siempre que está expectante o ansiosa por algo.

Pero al llegar a la parte en que le he puesto al tanto a Rodrigo del parecido que guardaba con nuestro hijo, no ha podido seguir disimulando.

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué has tenido que decirle eso?! —ha exclamado posando la plancha con gesto brusco y mirándome con cara de estupefacción.

—Bueno... no sé, Susi, ha surgido de forma natural. No he creído que...

—¿Y qué ha respondido él? ¿Cómo ha reaccionado?

—Pues... no recuerdo ahora. La verdad, no habla demasiado, así que...

—¡Pero de alguna manera ha tenido que reaccionar, Miguel! Algo ha tenido que decir...

—No mucho, Susi. Ya te digo que es un tipo muy reservado, es difícil saber lo que está pensando.

Entonces se ha quedado callada un segundo, como pensando, y ha comentado muy seria:

—Sí, él también era así.

Y después de eso, no ha vuelto a abrir la boca.

Más tarde, cuando nos hemos ido a acostar, he intentado entablar una conversación con ella —siempre charlamos un ratito antes de dormir—, pero parecía absorta, a mil leguas de distancia, así que no he insistido mucho.

He pasado una noche inquieta, acosado por oscuros pensamientos que me impedían conciliar el sueño. No sé por qué, hay algo en Rodrigo que me chirría. Algo que no encaja con la imagen que da. O que yo creo que quiere dar... A lo mejor son imaginaciones mías y me estoy dejando llevar por su tremendo parecido con Nicolás, que todo puede ser, aunque sospecho que no se trata solo de eso... Lo que más me preocupa ahora es Susana. ¿Qué estará pasando por su cabeza? ¿Cómo se sentirá? A saber... Ojalá este tío se vaya pronto. No sería capaz de soportar otra recaída.

CAPÍTULO 10

Tac, tac, tac, tac, tac, tac, tac.....

Recuerdo cuando mamá me dijo que Miguel iba a vivir con nosotros. Bueno, la verdad es que no llegó a decirlo; lo dejó caer más bien, planteándolo como un caso hipotético.

—¿Qué te parecería, cariño?

Pobre mamá. Se la veía agitadaísima, llevaba así varios días. Siempre está atormentándose con mil preocupaciones imaginarias. «¿Estoy haciendo lo correcto?», «¿No estaré precipitándome?», «Quizá convendría esperar un tiempo a ver qué pasa...», «¿Cómo afectará esto al niño?...»

Me hubiera gustado atajar estas dudas absurdas de raíz, pero con mamá resulta muy difícil —da igual lo que le digas, ella va a seguir mortificándose, está en su naturaleza...—. De todas maneras, aun sabiendo que era una batalla perdida de antemano, hice lo que pude por aliviar su carga.

—Me gustaría mucho, mamá.

—No tienes que contestarme ahora, Nico. Piénsalo unos días si quieres.

—De verdad, mamá, Miguel me cae muy bien. Es muy simpático, y se porta muy bien conmigo.

Pese a mis explicaciones, no se quedó convencida, lo leí en su cara. Sin embargo, al final debió de superar sus reservas, porque Miguel se mudó a nuestra casa esa misma semana.

He de admitir que se me hizo un poco raro, sobre todo al principio. (Mamá y yo vivíamos solos; me había acostumbrado a su única compañía y a esa infinidad de particularidades que van arraigando en tu día a día, cuando compartes la vida con alguien.) Aunque, para ser sinceros, no fue solamente un problema de adaptación; también había algo de celos de por medio. Creo que en el fondo me daba miedo que Miguel me suplantara en los afectos de mamá y me relegara a un segundo plano. Además, no sabía qué pensar de él,

apenas lo conocía. Es cierto que hasta entonces no me había dado motivo alguno para desconfiar de él; al contrario, siempre se había mostrado afectuoso conmigo, pero ¿cómo estar seguro de que no era pura fachada? ¿Y si se había comportado así solo para conquistar a mamá y empezaba ahora a enseñar su verdadera cara?... ¿Qué pasaría entonces?

Durante nuestros primeros días de convivencia, esta duda me atormentaba a todas horas, incluso cuando dormía —llegué a tener pesadillas horribles—, pero luego me di cuenta de lo absurdo que era mi recelo. No había ninguna razón para sentirme así. Semanas después de instalarse con nosotros, Miguel seguía siendo el mismo tipo alegre, gracioso y despreocupado de siempre. Era imposible no llevarse bien con él.

La verdad, me resultó bastante más sencillo de lo esperado aclimatarme a la nueva situación. Con el paso de los meses llegué a apreciarle de veras, y Miguel se convirtió en un elemento esencial en nuestras vidas.

Antes de conocerle, mi madre estaba como en una perpetua nube negra. La muerte de papá había calado hondo en su ánimo y la había despojado de toda su alegría, convirtiéndola en una sombra de lo que había sido. Y aunque se esforzaba por ocultarlo, en casa se palpaba siempre un ambiente lúgubre y tristón.

Esto cambió con la aparición de Miguel. Era una de esas personas que irradian alegría allá por donde van, un optimismo contagioso al que no puedes resistirte. Estaba siempre de buen humor, y nos seducía con sus ganas de vivir y su energía incombustible. Parece que le estoy viendo: frotándose las manos, sonriente, mientras decía «Bueno, ¿y qué vamos a hacer hoy?».

Así comenzaban nuestros desayunos. Por lo general, la primera reacción de mamá ante estas explosiones de entusiasmo no era buena: tendía a mostrarse reacia, o las recibía con indiferencia, sin mucho interés. Pero Miguel no era de los que se rinden con facilidad. Cuando se empeñaba en algo, no paraba hasta conseguirlo.

—¡Venga, cariño! —le rogaba a mamá cuando se hacía la remolona o la difícil—. Hace un día estupendo, tenemos que aprovecharlo. ¿Qué te parece si preparo unos bocatas y nos vamos los tres a pasar el día al monte?

—¡Pero cómo al monte! Ya sabes que el niño tiene dificultades para...

—Eso es lo de menos, mujer. Le llevo yo a borriquito si hace falta... Y si no, a la playa. Vamos, Susi, lo pasaremos en grande...

Al final, a fuerza de insistir, siempre acababa saliéndose con la suya. No

recuerdo ni una sola vez en que mamá lograra resistirse a su perseverancia.

En cuestión de unos pocos meses, gracias a Miguel, el ambiente en casa se transformó por completo. Comenzamos a salir con asiduidad, a disfrutar más de las cosas, a reír más. Su entrada en nuestras vidas fue una auténtica bendición, especialmente para mí. Hasta entonces no había sabido lo que significaba tener un padre ni el papel tan importante que desempeña esta figura en la infancia del niño —el mío se murió cuando yo aún era muy pequeño, de modo que apenas conservaba ningún recuerdo de él—. Miguel no solo me hizo tomar conciencia del vacío que había padecido durante años, sino que lo colmó con creces, convirtiéndose en el padre que siempre quise tener.

Me acuerdo bien de la primera vez que intentó ayudarme a superar mi temor a salir a la calle. Nadie se había atrevido a abordar este problema antes, ni siquiera mamá; supongo que el tema la desbordaba.

—¿De qué tienes miedo, Nicolás? —me preguntó de pronto un día al notar las miradas de soslayo que yo echaba a los chicos que jugaban a mi alrededor.

Yo no supe qué responder. Me quedé sin habla, como atenazado. Fue en gran medida por miedo. Eso, y una buena dosis de vergüenza. Temía que si le explicaba lo que sentía, él también me despreciaría, que me haría de menos.

—No lo sé —logré musitar al fin encogiéndome de hombros como para fingir indiferencia. Una simulación pésima por mi parte, porque no conseguí engañarle.

—Escucha, hijo. —Se agachó hasta quedar a mí altura, y cogiéndome de los brazos, me atrajo hacia sí—. Nunca debes sentirte inferior a los demás, ¿me oyes? No lo eres, te lo aseguro. Los que pretenden hacerte sentir así no son más que unos pobres infelices, y en el fondo lo saben. Por eso necesitan humillar a otros, ¿entiendes? Porque esa es la única manera que tienen de sentirse bien consigo mismos...

Aquella conversación me sirvió más que cualquier cosa que me hubiera dicho mamá en todos esos años. A partir de entonces, cuando salía a la calle, lo hacía con la cabeza bien alta. Nunca volví a sentir vergüenza de mí mismo.

Sin embargo, no todo fue bueno en aquella época. Desde el momento en que Miguel apareció en nuestras vidas, comenzaron a divisarse algunas turbulencias en el horizonte, a consecuencia de la actitud de mi tío Pedro. Por alguna razón, la tomó con Miguel desde el primer día que le vio. Decía que

no se fiaba de él, que había algo turbio en su comportamiento, que solo estaba con mamá por su dinero.

—¡No me puedo creer que estés todavía con ese hombre, Susana! —solía rezongar indignado cada vez que venía a visitarnos.

Al principio mamá se tomaba estas salidas a broma, o las desechaba con deje conciliatorio, atribuyéndolas a un exceso de celo por parte de su hermano mayor. A pesar de ello, con el tiempo, sus reproches se hicieron más recurrentes y la relación entre ellos se fue agriando, hasta que el ambiente en casa se volvió irrespirable.

Aquel periodo me dejó muy mal sabor de boca. Recuerdo que discutían a todas horas, incluso cuando estaba yo delante. Les daba igual... Sus peleas eran tan violentas que muchas veces me escapaba corriendo a mi habitación para no oírles. No servía de mucho, porque sus gritos resonaban por toda la casa, pero al menos allí podía estar con Tito, el osito que me regaló la abuela unas Navidades. Tito era mi refugio, el amigo al que recurría cuando me sentía triste o solo. Le estrechaba fuerte entre mis brazos y me acurrucaba en una esquina, hasta que me encontraba mejor, o hasta que me pillaba mamá. A mamá no le gustaba nada verme con Tito, y me regañaba severamente por ello. Decía que ya me había hecho mayor, que no tenía edad de andar jugando con ositos. En una ocasión perdió tanto los estribos que me lo confiscó —creo que con la intención de deshacerse de él—; por suerte, lo recuperé sin que ella se enterara. Lo escondí en una de las esquinas de mi habitación, bajo una tabla de madera. Nadie conocía la existencia de ese escondrijo, solo yo.

El peor altercado, el que marcó la ruptura definitiva entre mamá y el tío Pedro, se produjo el día en que ella le contó que Miguel iba a vivir con nosotros. Aunque yo ya estaba acostado, les oía gritar desde la cocina, como de costumbre, así que pude escuchar todo lo que se decían.

—¿¡Cómo puedes juzgar a alguien sin conocerle, Pedro!?! ¿¡No te das cuenta de lo prejuicioso que estás siendo!?

—¡Y tú cómo puedes estar tan ciega! No sabes nada de él, Susana... ¡Estamos hablando de que quieres meter en tu casa a un completo desconocido!

—¡Llevo meses saliendo con él!

—¡Da igual, sigue siendo muy poco tiempo!

—¡Qué sabrás tú de esas cosas!... ¡Tú, que no has sido capaz de mantener

una relación estable en tu vida!

—¡Lo que hagas con tu cuerpo me trae sin cuidado, pero por una vez deberías pensar un poco en el crío!

—¡Y dale! ¡Ya te he dicho que Nicolás está perfectamente!, ¡no le metas en esto!

—¿Ah, sí? ¿Estás segura? ¿Se lo has preguntado, acaso?

—No me hace falta, lo veo con mis propios ojos, idiota. ¡Y basta ya! ¡Soy su madre, tú no eres quién para decirme lo que es mejor para él!

—¡Eres una puta egoísta, Susana! ¡Solo piensas en ti!

La escena culminó poco después. Tras una sarta de recriminaciones mutuas, cada vez más estentóreas, sonó un estruendoso portazo. Me incorporé y me acerqué a la ventana. Mi tío caminaba calle abajo dando grandes zancadas que evidenciaban su agitación. Su coche desapareció en la distancia envuelto en una nube de polvo. En ese instante me embargó una profunda tristeza, pues supe que la relación entre mamá y él se había roto definitivamente, ya nada volvería a ser como antes.

Durante las semanas siguientes le eché mucho de menos, no pasó un solo día en el que no notara su ausencia. A veces, cuando mamá estaba de buen humor, me aventuraba a hacer veladas alusiones a él con la ingenua esperanza de que así la incitaría a que se reconciliaran.

Sea como fuere, aquella noche de la pelea no fue la última vez que vi a mi tío Pedro. Nos visitó al cabo de unos meses, aunque en circunstancias muy distintas.

* * *

Rodrigo se reclinó en el respaldo de la silla con gesto exhausto. Llevaba más de media hora escribiendo, sintiendo fluir las palabras como un torrente imparable que salía de alguna parte insondable de su cerebro. Hasta entonces no había dudado ni una sola vez, pero tras anotar ese último pensamiento, se detuvo.

Era algo que le pasaba con frecuencia, sobre todo cuando le venía la inspiración: de repente, sin saber muy bien por qué, le acometía una especie de vértigo absurdo que le obligaba a parar en seco.

En momentos así, una parte de él le instaba a rebelarse contra esa vacilación ridícula que lastraba su creatividad. «¿Por qué te paras si vas bien? —le

susurraba una voz interior—. ¡Sigue, confía en tu instinto, sigue!».

Él mismo era su peor enemigo, lo sabía. La rémora dimanaba de su propia inseguridad. Por alguna razón tenía miedo de dejarse llevar, no podía evitarlo. En lo que atañía a la escritura, era más cerebral que visceral. Desconfiaba de sus intuiciones, de la facilidad de expresión. Necesitaba ejercer un control absoluto sobre todo lo que salía de su mente. Por eso, aunque estuviera inspirado y escribiendo a toda máquina, siempre acababa ocurriéndole lo mismo: el flujo de emoción que animaba su progreso se iba empantanando poco a poco ante la incesante injerencia de su intelecto, hasta que empezaba a calibrar cada palabra con meticulosidad obsesiva, determinando si estaba a la altura de lo que deseaba —ese ideal al que se orienta todo nuestro esfuerzo y que marca la pauta de nuestros actos, pese a que nunca lo alcancemos—.

Había llegado a una de esas encrucijadas. Sentía de pronto esa dicotomía extraña con la que estaba tan familiarizado, en la que dos imperativos contradictorios le instaban en direcciones opuestas: el uno le decía que se dejase llevar sin censuras; el otro, que se detuviera a consolidar lo que había escrito.

Sabía por experiencia cuál iba a ser el desenlace de este dilema. La revisión del escrito era la parte menos gratificante, pero también la más necesaria, del proceso creativo. Sin ella, el texto no pasaba de ser un borrador insípido, sin musicalidad, sin sentido, sin forma... Había que pulirlo.

Se volcó en la tarea con su celo habitual, leyendo y releendo cada frase con suma lentitud. Cuando concluyó el repaso, se quedó pensativo, extrañado de no haber tenido que hacer ninguna modificación. Nunca le había sucedido algo así. El escrito había superado su examen sin tacha, no había corregido ni una coma. Para un perfeccionista como él, que habitualmente se tiraba semanas enteras refinando sus textos, esto era algo excepcional. Siempre había infinidad de detalles que enderezar... en cambio, hoy todo le pareció perfecto, estaba plenamente satisfecho con cómo le había quedado.

Animado, se dispuso a reanudar su actividad. Tenía que aprovechar al máximo el momento de inspiración. Primero, como era su costumbre, dedicó unos segundos a releer los últimos párrafos —un preámbulo que le permitía retomar el hilo de la narración y ordenar sus ideas—, y luego se lanzó a escribir con el mismo ímpetu de antes, plasmando en el papel todo lo que le

venía a la mente sin cortapisas. Por desgracia, no tardó en aguijonearle una creciente sensación de ofuscamiento que le hizo detenerse.

«No, esto es una mierda», pensó, y cambiando el folio por otro en blanco, comenzó de nuevo. Sin embargo, tanto esa como sus siguientes tentativas se estancaron al poco de comenzar, nada le parecía lo suficientemente bueno.

—¡Dios! —gritó presa de la frustración.

En un arrebato de rabia, arrancó la hoja de la máquina y la lanzó con gesto asqueado hacia la esquina. No lo entendía. Hacía un momento todo iba sobre ruedas, y ahora, nada.

Cualquier artista está habituado a los caprichosos vaivenes de la inspiración; sabía lo erráticos que podían llegar a ser los favores de esa musa antojadiza, pero nunca había experimentado un cambio tan abrupto. ¿Cómo era posible? ¿Qué habría empañado su inspiración en tan poco tiempo? Al igual que muchos de los que se consagran a esta clase de actividad, Rodrigo era de natural supersticioso. Creía que la creatividad respondía a pautas misteriosas, una vasta combinación de ingredientes y variables imposibles de controlar. Cualquier cosa —un olor, un sabor, una melodía determinada—, podía influir en los complejos vericuetos neuronales de la fase creativa y desencadenar ese estado de conciencia tan especial que distinguía la aptitud de la nulidad, lo sublime de lo mediocre. Uno podía estar en lo más alto y sentirse seguro de sí mismo y de lo que hacía, y al momento siguiente vacilar a cada instante y no avanzar en absoluto...

Saltaba a la vista que, durante la pausa que había hecho para corregir, algo había interferido negativamente en su estado de ánimo, mutilándolo, ¿pero qué? ¿Y cómo había podido producirse de este modo tan fulminante?

Se tumbó en la cama con resignación, llevándose consigo el fajo de hojas que había escrito. Le consoló pensar que al menos el trabajo le había cundido más que otras veces. Unas mil palabras en total. No estaba mal para una sola sentada.

CAPÍTULO 11

Esa misma tarde, horas después de despertar de su siesta, decidió salir a dar una vuelta en coche. Cuando se encontraba inquieto o tenía la cabeza revuelta, la conducción le ayudaba a calmar los nervios y poner un poco de orden en su cabeza.

Se dirigió hacia el oeste por la carretera del litoral, cruzando a su paso algunas de las localidades más conocidas de aquella costa: San Vicente de la Barquera, Unquera, Puertas de Vidiago, Llanes, Ribadesella, Colunga... A su izquierda, flanqueándole durante todo el trayecto, se alzaban las imponentes cordilleras de los Picos de Europa, que laceraban el cielo con su trazo abrupto. Para esa hora el sol ya empezaba a declinar con la lentitud de un corredor fatigado, sus débiles rayos acariciando suavemente la insólita belleza del paisaje.

A la altura de Villaviciosa dio media vuelta e inició el camino de regreso. Se detuvo a tomar algo en el local que había visitado unos días antes, en Oyambre.

En cuanto le pusieron el *whisky* salió a la terraza a airearse. Hacía una tarde fría pero despejada, y en la incipiente oscuridad comenzaban a despuntar las primeras estrellas. Pasó un largo rato con los ojos entornados, procurando concentrarse en el rumor cadencioso de las olas para no pensar en nada, pero no logró acallar el clamor constante de su interior; un enjambre de ideas desordenadas que bullía contra su voluntad, perturbando su ansiada tranquilidad. Llevaba mucho tiempo yendo a clases de yoga para controlar este trajín angustioso —todas esas fobias y miedos que le asediaban desde hacía años—, pero hasta entonces no le había dado mucho resultado, parecía imposible silenciarlo.

De súbito, un chirrido agudo, como de bisagra oxidada, interrumpió el curso de sus pensamientos. Al volverse vio al barman que le había servido un

rato antes. Salía con una copa de *whisky*.

—Menudo frío hace aquí fuera —comentó posando el vaso sobre la mesa.

—¿Por qué me trae esto? —preguntó obviando el comentario.

—Es para usted —repuso—. El que le invita me ha pedido que le dé esto también. —Y le tendió una servilleta doblada por la mitad.

Rodrigo frunció el ceño, la cogió con gesto de extrañeza y aguardó a que el barman se marchara para desplegarla. Conforme sus ojos recorrían las líneas de la breve nota, su rostro se fue llenando de desconcierto; tanto es así que al terminar, la volvió a leer con la misma expresión de asombro, esta vez susurrando las palabras para sus adentros. Acto seguido se levantó de golpe y entró en el restaurante con ademán atropellado.

—¿Sabe dónde está el restaurante *Quique*?

La precipitación de su entrada cogió desprevenido al camarero, que estaba sentado en un taburete junto a la barra, leyendo el periódico. Durante un momento le contempló con curiosidad, visiblemente desconcertado ante su agitación.

—Cerca de la plaza principal —murmuró al fin con voz insegura—. Oiga, ¿se encuentra usted bien? ¿Ha pasado algo?

—Habla de Comillas, ¿verdad? La plaza de la Constitución —le atajó Rodrigo con impaciencia.

—Sí, claro.

Salió de ahí como llevado por mil demonios, y solo unos minutos después circulaba por la calle principal del pueblo. Aparcó el coche en el primer espacio libre que encontró, una oscura bocacalle, no muy lejos de la iglesia. El camino hasta la plaza era un vericuetto de callejuelas estrechas y mal iluminadas. Avanzó despacio, cerciorándose de que apoyaba firmemente la muleta entre las hendiduras del antiguo adoquinado de la vía para no tropezar.

En la plaza se respiraba ese ambiente de languidez melancólica que precede a la conclusión de la jornada. A la luz de las farolas se veía a varias personas, algunas sentadas en las terrazas que poblaban el perímetro, otras paseando sin rumbo aparente.

Pasó por delante de un par de bares de los que salía un leve rumor de música, ambos vacíos, con pinta de estar a punto de cerrar, hasta que dio con el que buscaba. De todos los establecimientos de la plaza, el *Quique* era sin

duda el más concurrido, pues tanto en la terraza como en su interior había aún diversos grupos cenando y charlando animadamente.

Divisó al viejo de la barba blanca nada más entrar, al final de la barra. Cuando llegó hasta él, los dos se miraron en silencio.

—Hola —dijo Pedro—. ¿Qué quieres tomar?

* * *

Aquel día, Susana hizo lo que hacía siempre que se sentía baja de moral o de mal humor. Para ella solo existía una manera efectiva de aplacar este problema: mantenerse ocupada con las tareas de casa.

La culpa de todo la tenía Miguel.

Mientras limpiaba, le vinieron retazos deshilvanados del altercado de unas horas antes: los improperios, los insultos, las crueles recriminaciones que le había dirigido.

—Es por esa manía que tiene de seguirme a todas partes —rezongó hastiada.

Desde que se habían levantado por la mañana había estado encima de ella todo el rato, como una sombra, atosigándola con esa solicitud empalagosa que tanto la desquiciaba. «¿Cómo estás, cariño?», «¿En qué puedo ayudarte?», «Dime si necesitas algo, cualquier cosa, Susi...»

Al principio lo había llevado bien, mordiéndose la lengua con cada nuevo ofrecimiento para disimular su irritación, hasta que ya no aguantó más. Y estalló.

—¡Deja de ir detrás de mí de una puta vez, joder! ¡Me tienes hasta el coño!

El eco de estas duras palabras le fustigaba aún entre las sienes como un latigazo. No lo había podido evitar. Aquel grito condensaba toda la rabia y la frustración acumuladas de los últimos días.

—¡¿Por qué tiene que hacerlo?! —murmuró descargando su impotencia sobre la mesa en un contundente manotazo. ¿Acaso no se daba cuenta de lo mucho que la molestaba? ¿No entendía que quería estar a solas?

Trataba inútilmente de aliviar su remordimiento con débiles argumentaciones como esta. Se acordó de la cara de pesadumbre de Miguel, la mirada de perro apaleado que le dedicó tras recibir aquel exabrupto. Pobre Miguel. Había sido demasiado dura con él, se había comportado como una zorra, lo sabía, no debía haberle gritado así.

Pero la cosa no acabó ahí; lo peor ocurrió después. Normalmente, cuando llegaba a esos extremos, Susana siempre reulaba ante el peso del arrepentimiento, pero ese día no. En lugar de apaciguar su mal humor, la mansedumbre de Miguel la encolerizó aún más. De súbito, le entraron unas ganas terribles de hacerle daño de verdad, y se puso a gritarle barbaridades, a insultarle de la peor forma. Fue horrible.

No podía evitarlo. Eso que más le gustaba de él —su gran corazón, su paciencia, la docilidad con que encajaba los constantes desplantes que le hacía —era también lo que más la desquiciaba. En aquel momento hubiera deseado que no fuera tan bonachón, que por una vez se enfrentara a ella y le respondiera algo desagradable... pero sabía que jamás lo haría. No era su forma ser.

Durante ese último par de días, Susana había cuestionado su cordura más de una vez. ¿Tendría razón su marido? ¿No estaría empezando a perder la cabeza?

Cada vez que se hacía esta pregunta la sobrecogía el pánico. Revivir el mismo infierno que pasó hace años... No. Eso sería horrible. No se veía capaz de enfrentarse a esa pesadilla otra vez.

Desde luego, Miguel no le había llegado a transmitir su preocupación en ningún momento —al menos, no explícitamente, con palabras—; ni falta que hacía. En ese sentido siempre había sido como un libro abierto para ella: lo leía en su cara, en la fastidiosa deferencia con que la trataba siempre, en la ansiedad latente con la que la acechaba...

Se había convencido a sí misma de que su enfado también disminuía en gran medida de que no se lo dijera a la cara, como un hombre —si cerraba los ojos, casi podía imaginárselo: «Estás mal, Susana. Por favor, cariño, admítelo, ese joven te está trastornando»—, aunque en rigor era al contrario. Temía que algún día llegara a revelárselo, que se le escapara. Eso le daba auténtico pavor. No estaba preparada para escuchar esas palabras de sus labios, y en el fondo lo sabía. Prefería su silencio.

A menudo, nos resulta muy duro enfrentarnos a las verdades que más nos duelen. Pese a que se negaba a aceptarlo, entreveía lo mucho que empezaba a afectarle la presencia de Rodrigo. Una parte de ella intentaba rebelarse contra ese absurdo sentimiento —al fin y al cabo, no era Nicolás, lo sabía—, pero cada vez que le tenía delante sentía que estaba hurgando en la vieja herida, exponiéndose a caer irremisiblemente en la vorágine de recuerdos que vivía

empeñada en sepultar. Desde que ese hombre apareció, había comenzado a incurrir de nuevo en sus viejas obsesiones, como volver a ojear las fotos de Nicolás, a sacar su muletita del armario en el que la tenía guardada, a maldecirse a sí misma en voz alta, compungida por el remordimiento... Y pese a todo, pese a lo doloroso que le resultaba verle y a que sentía que estaba empezando a perder la cabeza, lo cierto era que no pasaba ni un solo minuto en que no anticipara su próximo encuentro con expectación.

Así pasó toda aquella larga jornada. Se quedó despierta adrede hasta altas horas de la noche, esperándole. Para cuando llegó era ya muy tarde, pasaban las dos de la madrugada. En cuanto escuchó el ronroneo de su coche se acercó corriendo a la recepción, tal y como había planeado, y durante un minuto interminable permaneció rígida, fingiendo leer el periódico que se había apresurado a desplegar sobre la mesa. Se había prometido a sí misma que no se movería hasta que entrara, pero a cada instante sus ojillos negros la traicionaban y se desviaban hacia la entrada.

«¿Qué estará haciendo? —pensaba cada vez más impaciente—. ¿Por qué tarda tanto?».

Cuando oyó por fin el sonido de la puerta principal, dio un respingo. Tuvo que apelar a toda su sangre fría para resistir el impulso avasallador que se apoderó de ella de salir a recibirle. Aguardó con las manos crispadas sobre el taburete, escuchando el ruido acompasado de su muleta acercándose: toc, toc, toc... Pero entonces, justo cuando ya se disponía a revelar su presencia e ir a saludarle, le entró un miedo paralizante que le obligó a esconderse bajo el mostrador.

* * *

Eran ya las dos de la madrugada cuando Rodrigo empezó a bajar las escaleras que llevaban al balneario, un pasadizo angosto en el que se respiraba fuerte olor a cloro. El área de los baños resultó ser un calco fidedigno de lo que había visto en las fotos de Booking.com. Consistía en un espacio amplio, de inmensos ventanales orientados a las montañas. Sobre el blanco níveo del suelo y las paredes centelleaban las luces entrecruzadas de varios reflectores, y desde el trasfondo le llegaba una musiquilla de ambiente, suave, apacible, ideal para la relajación.

Mientras se metía en el agua tibia —iluminada también por un abigarrado juego de iridiscencias que salían de diversos focos sumergidos—, advirtió la presencia de una joven pareja en una de las esquinas más apartadas del recinto, guarecidos por la penumbra, en actitud romántica.

Dio varias brazadas hasta uno de los surtidores que flanqueaban la piscina. En cuanto se posicionó, el aparato se encendió automáticamente. Permaneció largo rato bajo el chorro vivificante, sintiendo cómo el efecto terapéutico del agua iba desentumeciendo músculos y le liberaba de la tensión acumulada.

Tras una hora de sesión, se puso el albornoz e inició el camino de regreso a su habitación. La subida le costó más que la bajada. Ascendió las escaleras del lóbrego pasadizo con dificultad, peldaño a peldaño, hasta que emergió a la parte superior del hostel resoplando, con el rostro lívido por el esfuerzo. Hizo un alto en el salón, donde se dejó caer en la primera butaca que encontró.

Gradualmente, sus ojos se fueron acostumbrando a la semioscuridad de la estancia y pudo distinguir los detalles a su alrededor. Las estanterías con libros y los marcos con fotos le daban un aspecto muy similar al de la salita que había visto el día de su llegada. En la chimenea de piedra, ardían los rescoldos de un fuego que parecía a punto de extinguirse.

Se quedó allí varios minutos, contemplando el tenue resplandor con aire pensativo. Después, cuando se sintió restablecido, se acercó a ojear las fotografías. Aunque parecía observarlas sin mucho interés, saltando rápidamente de una imagen a otra, había algo extraño en su actitud, un ligero nerviosismo latente que desmentía esa impresión.

—Se está bien aquí, ¿eh?

La voz de Miguel tronó como un estallido en la quietud de la estancia.

—Dios, qué susto me ha dado —repuso sobresaltado—. No le había visto, perdone...

—No, soy yo quien debe disculparse —se apresuró a responder Miguel riendo—. Es la segunda vez que se lo hago, no era mi intención asustarle.

Desde donde se encontraba, Rodrigo apenas acertaba a distinguir la silueta del hostelero. Estaba de pie junto a una de las butacas más apartadas del salón, lejos del débil destello del fuego, sumido en la penumbra.

—¿Deseaba algo?

—No, no —replicó Rodrigo un poco abochornado—. Solo estaba mirando... simple curiosidad. Espero que no le moleste.

—En absoluto. Si quiere que le diga la verdad, me agrada. ¿Por qué no se sienta y me acompaña con una copa?

CAPÍTULO 12

«¿Quién es este tío, y qué me está ocultando?»

El encuentro me ha resultado muy incómodo. Se le notaba como ausente, y contestaba con monosílabos. Al principio no le he dado importancia, creía que estaría agobiado por algo, y hasta se lo he dejado caer al cabo de un rato.

—Qué, ha tenido un mal día, ¿eh?

Lo he preguntado con aire casual, en plan de broma; pero por la forma en que ha reaccionado, como si le hubiera pillado infraganti, sé que he metido el dedo en la llaga. Me ha taladrado con esos ojos negros e inquietantes suyos y me ha dicho:

—No, estoy cansado, ha sido un día largo.

«Bueno, hasta aquí, todo normal —he pensado mientras mecía mi copa con suavidad—. Sea lo que sea lo que le ha ocurrido, no quiere hablar de ello, no pasa nada...». Pero lo que realmente me ha desconcertado ha sido cuando de repente, en medio de un silencio largo, señala a las estanterías y me suelta:

—¿Hay alguna foto de su hijo Nicolás? —Se me ha debido de notar la sorpresa en la cara, porque un segundo después ya se estaba disculpando, todo apurado—: Perdone, olvídalo. No tenía que haberle preguntado eso.

Yo, como es natural, me he apresurado a tranquilizarle, y le he contestado que no, que no había ninguna foto de él en toda la casa.

—Ya sabe, por mi mujer. Le resulta demasiado doloroso.

—Claro, es comprensible.

—Pero siempre llevo guardadas un par de ellas en mi cartera. Si quiere verlas...

Las ha cogido con sumo cuidado, agarrándolas por los bordes, como si temiera ensuciarlas. De todas las que le he enseñado, la única fotografía que ha parecido suscitar su interés ha sido la primera. La ha estado examinando a conciencia, como si quisiera memorizar cada uno de sus detalles... o al menos

esa es la impresión que me ha dado. Las demás solo las ha ojeado por encima, casi con indiferencia.

—Tenía razón, sí se me parece —ha concluido mientras me las devolvía.

Siempre me ha maravillado la extraordinaria habilidad que poseemos los humanos para detectar la mentira. En cuestión de milésimas de segundo, y basándonos en unos pocos indicios muy sutiles que a menudo ni siquiera registramos conscientemente, somos capaces de saber si alguien está nervioso o si se comporta de forma afectada.

Esa es la impresión que me ha dado la actitud de Rodrigo tras estudiar aquella foto. La forma en que ha bajado la mirada, en su sonrisa ladeada... De pronto parecía inquieto. Acojonado incluso.

Lo que no entiendo es por qué... ¿Por qué quería ver una foto de Nicolás? ¿Y qué es lo que le ha traído realmente hasta aquí?... Estoy empezando a sospechar que este tío oculta algo, no sé el qué, y me está empezando a dar un poco de miedo.

CAPÍTULO 13

En cuanto entró en su habitación, después de despedirse de Miguel, Rodrigo se apresuró a cerrar la puerta con pestillo. Se quedó un instante apoyado en su muleta, recobrándose del esfuerzo que había supuesto la subida, mientras sus ojos —febriles, inquietos— vagaban de un lado a otro de la estancia, como si buscara algo.

Al cabo de un rato se encaminó hacia una de las esquinas del cuarto. Lo hizo despacio, como a cámara lenta, con los ojos fijos en un punto concreto del entarimado. Una vez allí, se puso de rodillas y comenzó a tantear la madera con ambas manos. Enseguida dio con una minúscula hendidura entre dos tablones contiguos. Los levantó, con cuidado pero sin dificultad, hasta dejar al descubierto un orificio de medio metro de ancho. Dentro había una bolsa de plástico cubierta por una gruesa capa de polvo.

La cogió con las puntas de los dedos para no mancharse y la posó en el suelo; luego, con una navajita que sacó del pantalón, rasgó el nudo que la ataba y comenzó a extraer uno a uno los objetos que había en su interior. Eran juguetes. Un tanque, varios soldaditos de plomo, un avión, otro tanque... Según los iba sacando, los iba dejando a un lado, sin prestarles demasiada atención.

Sin embargo, en cierto momento palpó algo que le hizo detenerse. Un objeto blando, esponjoso, suave... Lo extrajo muy despacio, con suma delicadeza, como si fuera un recién nacido. Cuando lo tuvo delante, lo contempló un rato en silencio, y susurró:

—Hola, Tito.

Esa noche se fue a dormir con el oso entre sus brazos.

CAPÍTULO 14

Tac, tac, tac, tac, tac, tac, tac...

Las primeras Navidades con Miguel fueron las más tristes de toda mi vida. No por él, sino por mamá. Lloraba a todas horas, estaba desconsolada. Aunque yo intentaba confortarla como podía y averiguar qué le pasaba, nunca me lo contaba.

—Estoy bien, cariño, no es nada —solía responder cada vez que la sorprendía llorando a escondidas.

Todo comenzó unas semanas antes, cuando me llevó a nuestro médico de cabecera, el doctor Elías. Llevaba varios días sin apetito, con náuseas y fuertes dolores de estómago, pero nada de esto pareció alarmar al médico.

—No creo que sea nada serio —concluyó tras hacerme un chequeo superficial. Dijo que era algo habitual a mi edad, que ya se me pasaría. No obstante, recomendó a mamá que fuera a ver a otro médico para tener una segunda opinión. Quería curarse en salud, supongo.

Al cabo de una semana nos presentamos en la consulta de un tal Emilio Arenas, quien resultó ser bastante más concienzudo que nuestro médico de cabecera. Antes de examinarme estuvo hablando un buen rato con mamá. Noté al instante su preocupación, porque fruncía el ceño mientras asentía y se iba poniendo más y más serio.

Cuando terminó con mamá, me pidió que me tumbara. Era un hombre de pocas palabras, pero amable; se veía que le gustaban los niños.

—Tú mamá me ha dicho que últimamente no tienes muchas ganas de comer. ¿Es cierto, Nicolás?

Sí, era verdad. Le dije que tenía que forzarme a comer, y además me llenaba enseguida.

Mientras le respondía, se dedicó a pasarme la mano por el abdomen, cerca del ombligo, presionando levemente con los dedos. Cada vez que lo hacía,

sentía un pinchazo terrible que me obligaba a contraer el cuerpo entero.

Después de varios tanteos, posó la mano justo encima del punto en el que tenía localizada la molestia.

—Te duele aquí, ¿verdad?

Cuando asentí, su rostro se ensombreció nuevamente. Una vez que concluyó el chequeo, mamá me pidió que aguardara en la sala de espera.

—Enseguida estoy contigo, cariño, tengo que preguntarle un par de cosas al doctor Arenas —me explicó.

Quince minutos más tarde, cuando salió de la consulta, parecía otra: venía pálida, y sus ojos enrojecidos evidenciaban que había estado llorando.

—¿Qué pasa, mamá? —inquirí alarmado—. ¿Estás disgustada por algo?

—No es nada, cariño, no es nada... —repuso mientras me dirigía un amago de sonrisa. Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por contener las lágrimas.

Ese día no fui al colegio, lo pasé entero con ella. En otras circunstancias hubiera sido una jornada memorable, porque hicimos todas las cosas que me gustaban —primero fuimos a tomar chocolate con churros; luego al cine, en Santander, a ver la tercera entrega de La guerra de las galaxias...—. Sin embargo, el abatimiento de mamá flotaba en el aire como una sombra, impidiéndome disfrutar de nada de lo que hacía. ¿A qué se debía su humor? ¿Qué le habría dicho el médico que le había afectado tanto? Estuvo todo el día intranquila, como ausente. Y por la noche, cuando me acostó, no me leyó el cuento de rigor, ni me hizo cosquillas hasta quedarme dormido, como era su costumbre.

—Estoy cansada, solo eso —alegó tras darme un beso de buenas noches—. Mañana te compensaré, te lo prometo.

Pero no se fue a la cama. Ella y Miguel —a quien para entonces ya había empezado a llamar papá— se quedaron hablando en la cocina hasta tarde. A mi cuarto solamente llegaban los murmullos apagados de su conversación, pero sabía que tenía que ver conmigo, porque de tanto en tanto oía mencionar mi nombre con claridad.

Aquella noche tuve un sueño agitado, lleno de oscuros presagios, con el llanto angustioso de mamá retumbándome en la sien como un eco persistente y turbador.

No fue hasta unos días después cuando averigüé por fin la razón de su congoja. Ocurrió en Barcelona, la primera noche de mi estancia en una de las

clínicas más prestigiosas de la ciudad. Me habían llevado allí a consultar a un gastroenterólogo que les había recomendado el doctor Arenas. Agustín Salgado, se llamaba. Recuerdo bien el momento en que vino a hablar con nosotros. Era más de media noche y había sido un día agotador, lleno de pruebas y de análisis, con enfermeras entrando y saliendo constantemente de mi habitación. Mamá y Miguel estaban sentados en la cama, junto a mí. En cuanto vieron al médico, sentí que los dos se levantaban con urgencia mal disimulada. Supongo que creían que me había dormido, porque ni siquiera se molestaron en salir de la habitación. El doctor Salgado comenzó a decir algo, pero balbuceaba indeciso, no llegué a comprenderle bien, parecía bastante nervioso. Al cabo de unos segundos mamá le atajó a mitad de la frase y le apremió a que se explicara. «Díganoslo sin preámbulos, doctor, queremos saber la verdad». Fue entonces, mientras conferenciaban con él entre susurros, cuando entreoí esa palabra que durante las semanas sucesivas escucharía sin cesar una y otra vez: cáncer, cáncer, cáncer... Pese a no saber lo que significaba, intuí al instante una resonancia ominosa tras aquella extraña sonoridad, y supe que se trataba de algo malo.

Nunca olvidaré el horrible aspecto de mamá cuando desperté al día siguiente. Había pasado toda la noche en vela. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar, y unos profundos surcos negros bajo los párpados. Estaba tumbada junto a mí, acurrucada, envolviéndome entre sus brazos.

Durante un rato habló con ese tono desenfadado que siempre utilizaba cuando quería ocultarme su verdadero estado de ánimo. Por lo general, yo siempre procuraba seguirle el juego para no disgustarla. Sin embargo, aquella vez me venció la inquietud.

—¿Mamá?

—Dime, Nico.

—¿Qué os ha contado el médico? ¿Por qué estoy aquí?

—Es por tus dolores de tripa, corazón —repuso acariciándome con ternura.

—¿Y es muy grave? ¿Me va a pasar algo malo?

—Claro que no, mi amor, no te va a ocurrir nada de nada. —Se mordió el labio para aplacar su temblor e intentó sonreír, pero fue una sonrisa mustia, un plagio malogrado que resultaba muy poco convincente. Después de aquello no volví a hacer más preguntas. No hacía falta.

Me quedé dormido entre sus brazos, arrullado por el ligero estremecimiento de su llanto silencioso.

El periodo que siguió resultó ser el peor de toda mi vida, lo recuerdo con auténtico pavor. Estuve postrado en la cama durante meses, sin nada que hacer, sometido a un tratamiento dolorosísimo que me dejaba incapacitado la mayor parte del día. Al cabo de pocas semanas ya había perdido todo el pelo. Mi aspecto físico se llegó a deteriorar de tal modo, que mamá insistió en que retiraran el espejo que había en el baño de mi habitación, para que no pudiera verme.

A pesar de eso, y aunque muy lentamente, el tratamiento acabó por hacer efecto. Con el tiempo mis dolores remitieron hasta hacerse tolerables, y empecé a ganar peso, a recuperar el color, a moverme con mayor soltura... En suma, cada día me sentía un poco más restablecido que el anterior. Tanto es así que a los seis meses de estar ingresado allí, mamá consiguió persuadir al doctor Salgado de que me dejara volver a casa. El médico accedió a regañadientes; lo sé porque yo estaba presente cuando hablaron. Alegó que en casos como el mío convenía esperar, que no era recomendable que el paciente interrumpiera el tratamiento, etcétera, etcétera... pero al final no pudo resistirse a la obstinada insistencia de mamá.

Aquella primera semana en casa fue maravillosa. Mamá, concretamente, parecía otra. Se la veía pletórica, llena de vida. Estaba convencida de que ya había pasado lo peor, que no había de qué preocuparse.

Por desgracia, la alegría no duró mucho. Los síntomas de mi dolencia reaparecieron al poco de volver; tal vez no con la gravedad del principio, pero sí con la intensidad suficiente como para preocupar a todos. Ocurrió el octavo día, por la mañana, cuando nos disponíamos a salir a dar un paseo. Tras terminar de desayunar, me desplomé en el suelo entre retortijones, acuciado por un repentino malestar.

De todos los dolores, el más cruel y difícil de sobrellevar es el que traiciona una ilusión largamente acariciada, y más si se produce de forma tan inesperada. Era evidente que el problema aún iba para largo, que el tumor no había sido suprimido por completo. Con la reaparición de mis síntomas, mamá cayó de nuevo en la desesperanza. Andaba por la casa medio trastornada, debatiéndose a cada momento entre el optimismo y el abatimiento más absoluto. El pobre Miguel fue el que se llevó la peor parte de aquello. Me entristecía ver cómo le trataba, cómo le gritaba a la mínima

ocasión, y la paciencia infinita con la que él encaraba todos estos reproches, sin alterarse lo más mínimo.

Aunque me duele admitirlo, durante aquella época me sentí más cercano a él que a mamá. Los niños sienten una inclinación instintiva hacia las personas que les dan estabilidad y sosiego; les hace sentirse protegidos. Eso era Miguel para mí: un bastión de serenidad. Mamá, en cambio, me transmitía lo contrario: vulnerabilidad, desequilibrio, angustia... nunca sabías qué esperar con ella, cómo iba a reaccionar.

Los días siguientes fueron un infierno de espera y frustración. No pudimos salir a Barcelona hasta una semana después porque no había vuelos disponibles, y yo no estaba como para hacer el trayecto en coche.

De todo aquel turbulento periodo, el episodio que más destaca en mi memoria es el día en que nos visitó el tío Pedro. Ocurrió a principios de agosto, poco antes de que partiéramos a Barcelona. Estaba ebrio de rabia cuando llamó a la puerta. No paraba de gritar improperios, de insultar a mamá, de amenazar a Miguel... no sabía cómo iba a acabar aquello.

Yo le escuchaba desde mi cama con el alma en vilo, aferrándome a Tito con todas mis fuerzas. Mi mayor temor era que se enzarzaran en una pelea, pero gracias a Dios Miguel encaró todos esos exabruptos con su habitual serenidad, no perdió la compostura en ningún momento.

Esa noche comprendí por qué mamá y el tío Pedro se habían distanciado tanto en los últimos tiempos. No era solo por Miguel, tal y como yo había supuesto hasta entonces. Lo sé por lo que dijo el tío Pedro al final, cuando ya se alejaba de la casa hecho una furia.

—¡Ese dinero también es mío, Susana, no lo olvides!

Lo gritó dos veces más antes de montar en su coche y desaparecer de nuestras vidas para siempre.

* * *

Tras escribir estas últimas palabras, Rodrigo se reclinó con languidez sobre el sillón, desperezándose con gesto cansado. Permaneció en esa postura más de una hora, pensativo, fumando un cigarro detrás de otro. De tanto en tanto, alguna ocurrencia súbita interrumpía el curso de sus cavilaciones y se ponía a rebuscar ansioso entre los folios que acababa de mecanografiar. Cuando daba al fin con el fragmento en cuestión, lo musitaba varias veces para sus

adentros. Luego, satisfecho, lo dejaba a un lado y volvía a reclinarsse sobre la silla con el mismo aire absorto de antes.

Hacia las nueve de la mañana, cuando el amanecer empezaba a filtrarse entre los postigos de la ventana, oyó un leve golpeteo en la puerta.

—¿Sí?

—¿Se puede? Le traigo el desayuno.

Era Susana. Reconoció enseguida el timbre aflautado de su voz.

—Un momento, por favor —dijo. Con ayuda de la muleta, se precipitó hacia la cama para coger el oso y escaneó rápidamente cada rincón de la estancia. ¿Dónde podía esconderlo? ¿Cuál sería el lugar más seguro? Tras un breve lapso de incertidumbre, acabó decantándose por la maleta.

Antes de abrir la puerta se detuvo un par de segundos frente al espejo para arreglarse el pelo. Estaba pálido y ojeroso. Definitivamente, tenía mala cara.

La mujer lo notó nada más entrar.

—¡Dios mío, qué mal aspecto tiene! —exclamó alarmada depositando la bandeja sobre la mesa—. ¿Se encuentra bien?

Él le contestó que perfectamente, solo que no había dormido demasiado bien, pero el temblor de la voz delató su nerviosismo. «Salta a la vista que le ocurre algo. ¿Por qué miente?», pensó Susana. Las señales que advirtió a continuación, mientras hablaban, no hicieron sino reforzar esta impresión: respondía con vacilación, y en más de una ocasión sintió que se fijaba en ella de un modo extraño —una mirada intensa, escrutadora, que llegó a incomodarla—.

Fue un intercambio insulso, salpicado de incómodas pausas. Cuando la conversación ya no daba más de sí, Susana se acordó de la fiesta de cumpleaños que le darían a su hijo Jaime. Sería al día siguiente, a las cinco, por si le apetecía pasarse a tomar algo; a lo que él repuso que sí, muy agradecido, que sería un placer.

—Hasta mañana, entonces —se despidió Susana encaminándose hacia la puerta. Pero justo cuando iba a coger el pomo para abrirla, reparó en la maleta.

—Vaya —comentó riendo—. Ni siquiera ha guardado la ropa.

Rodrigo, que ya se había dejado caer en la silla que había frente al escritorio, aliviado ante la partida de la mujer, la miró sin comprender.

—Su ropa —insistió ella al percibir su confusión—. No ha deshecho la maleta.

—Ah, sí, es una mala costumbre, nunca la cuelgo en el armario —repuso sonriendo.

—Caramba, qué dejado es usted... No soporto ver la ropa tan apelotonada. ¡Estará arrugadísima! —Y agachándose, añadió—: Deje que lo haga yo.

Rodrigo se incorporó de un salto al comprender que su intención era abrir la maleta y gritó:

—¡No!

La mujer se sobresaltó y se volvió hacia él, sorprendida por la contundencia de su reacción. Entre ellos se hizo un silencio opresivo y denso como una ciénaga, de esos en los que parece que el tiempo se evapora.

—Lo siento —murmuró al fin—. Es que soy muy particular con mis cosas, no me gusta que nadie las toque... Espero que lo entienda.

—Sí, sí, cómo no... Soy... soy yo quien debe disculparse. Es la segunda vez que me entrometo en sus asuntos —dijo agachando la cabeza para ocultar su mortificación mientras iba hacia la puerta.

—Espere, por favor, no se vaya así... —Pero ella no pareció oírle—. Susana, ¿se encuentra usted bien?

La mujer se detuvo en seco e, infundiéndose valor, se giró y se forzó a mirarlo a la cara.

—Claro que estoy bien, ¿por qué no iba a estarlo...? —Intentó sonreír, pero su tentativa derivó en lo contrario de lo que pretendía, una mueca grotesca que reveló a las claras su verdadero estado de ánimo.

—Por favor, perdóneme. He sido un grosero, no tenía que haberme puesto así.

Y esta vez sí, las palabras de Rodrigo encontraron un hueco en la coraza de la mujer y socavaron sus ya débiles defensas. Su rostro se contrajo en un mohín desagradable que no pudo, o no quiso, reprimir, y de sus ojos negros, normalmente tan vivaces, empezaron a manar las indómitas lágrimas.

La reacción conmovió a Rodrigo, instándole a consolarla.

—Lo siento —dijo posando la mano con timidez sobre su cabeza y acercándola hacia sí.

* * *

Durante varios minutos permaneció abrazada a él, ella sollozando en su cuello, dejándose arrullar como una niña. Sus lamentos fueron remitiendo poco a poco hasta convertirse en un murmullo sordo, apenas audible. Cuando estuvo más calmada, Rodrigo la separó de él con suavidad.

—¿Se siente mejor?

—Sí —repuso riendo. Se enjugó las lágrimas con un pañuelo—. Soy una tonta. ¡Qué ridícula debo parecerle!...

—No diga eso —la reprendió él, ahora con más lástima que inquietud.

Aquel momento asediaría a Susana durante el resto del día. Cada vez que pensaba en la forma tan bochornosa en que se había derrumbado en presencia de ese desconocido, la acometía una punzada de vergüenza que la hacía sonrojar. No recordaba haber caído tan bajo en su vida, jamás había mostrado su vulnerabilidad así ante nadie.

Y a pesar de ello, junto a este sentimiento de vergüenza convivía otro de naturaleza muy distinta. Estar entre sus brazos, arropada, sintiendo el calor de su contacto, había sido maravilloso. De pronto se dio cuenta de que lo había ansiado desde la primera vez que le vio; un anhelo que nacía de las entrañas más profundas de su ser... Podía haberse pasado días enteros así, llorando sobre su hombro, resarciéndose del dolor y la añoranza y la amargura que había soportado durante años.

De cualquier manera, conforme fue menguando su impresión inicial, empezó a hacer un análisis más desapasionado de la situación. Todo el episodio había sido extrañísimo desde el principio. ¿Por qué, por ejemplo, había tardado tanto en abrirle? ¿Qué era ese ruido que había oído mientras aguardaba con la bandeja al otro lado de la puerta, como de pasos precipitados?... Y la forma tan fija con que la miraba mientras hablaban... ¿Qué misteriosa mezcla de emociones latía tras aquellos ojos tristes y cavilosos? ¿Era lástima?, ¿compasión? ¿Sentía compasión de ella?... Sí, sin duda, pero creía haber detectado algo más. Una tensión latente y cargada de desconfianza que no alcanzaba a entender.

Pero lo más desconcertante de todo era lo de la maleta. «¿Por qué se habrá puesto así? —se preguntó al recordar su impetuosidad—. ¿Qué hay en esa maleta?»

Con el paso de las horas, esta pregunta fue poblando su mente de oscuros pensamientos, llenándola de ese pavor difuso al que da pábulo el exceso de

imaginación o la incertidumbre. Era obvio que ese tipo escondía algo, algún secreto que no quería que nadie viera, ¿pero qué?, ¿¿qué??

Para cuando se fue a la cama —se acostó temprano, excitadísima, aun sabiendo que no podría conciliar el sueño en toda la noche—, había tomado una decisión. Tenía que averiguar lo que escondía ahí. Estaba resuelta a desentrañar este misterio como fuera.

Dicho y hecho. Al día siguiente se coló en la habitación de su huésped unos minutos después de verle marchar, alrededor de las dos. Supuso que habría bajado a comer al pueblo, así que tendría tiempo de sobra para investigar sin agobios.

Lo primero que hizo fue abrir la ventana para ventilar el dormitorio, cuyo ambiente estaba enrarecido por el humo del tabaco. La maleta seguía en el mismo sitio que el día anterior, cerca de la puerta. Abrió la cremallera y comenzó a tantear con cuidado entre las prendas, procurando revolverlas lo menos posible. No encontró nada, solo ropa, por lo que se puso a rastrear cada rincón de la habitación. Buscó en el armario, en los cajones de ambas mesillas, en la cómoda del baño, entre los enseres personales que había tirados aquí y allá...

Quince minutos después se sentaba con ademán resignado, a punto de darse por vencida. Había batido toda la estancia a conciencia y no había visto ningún objeto que llamara su atención. Estaba claro que se había dejado llevar por la imaginación. Más valía marcharse. Pero según esta idea surcaba por su cerebro, la casualidad quiso que sus ojos se posaran en un pequeño bulto que sobresalía de la cama, bajo la colcha.

Se levantó y se acercó lentamente, como con miedo, sin apartar los ojos del bulto y, tras vacilar un instante, retiró las sábanas de un tirón impaciente.

Era un muñeco. Un osito de peluche.

Se quedó contemplándolo boquiabierta, sorprendida por la incongruencia entre su hallazgo y las fantasiosas expectativas que había lucubrado. En su locura, se había imaginado que hallaría algo turbio, criminal incluso... su descubrimiento era el contrapunto más alejado de esto. Pero su aturdimiento duró poco, porque enseguida se dio cuenta de que había algo familiar en ese osito; un matiz íntimo y entrañable que acudió al instante a su memoria, llenándola de un sinfín de imágenes y recuerdos que creía sepultados hacía tanto tiempo y que irrumpieron en ella como un caudal impetuoso.

—¡Dios mío, Tito!

Durante un momento no respiró, no dijo nada. Permaneció quieta, con las manos sobre la boca, su rostro demudado por el espanto...

Cuando por fin la primera bocanada de aire acudió a sus pulmones, rompió a llorar.

CAPÍTULO 15

Al despertar de la siesta, lo primero que captó su atención fue el ruido. Apretó los párpados con mueca de disgusto. Era un sonido desagradable que no acababa de identificar, pues le llegaba lejano, sordo, como a ráfagas intermitentes. Al cabo de un rato se acordó de lo que le había dicho Susana el día anterior, lo de la fiesta de cumpleaños de su hijo.

«Ya estarán en plena celebración», pensó echando una ojeada a su reloj.

Levantándose de la cama, se desperezó con gesto soñoliento, se acercó a la ventana y la abrió de par en par. Una algarabía de voces infantiles irrumpió de inmediato en la habitación. El bullicio provenía de alguna parte del jardín que no alcanzaba a ver, al otro lado del hotel. Se quedó un momento escuchando la ruidosa alegría de los niños mientras reconsideraba si aceptar o no la invitación de Susana.

No le llevó mucho decidirse. Minutos después, y tras haberse aseado por encima, se encaminó hacia la fiesta.

El hotelero le miró con cara de sorpresa al verle plantado a la puerta de su casa.

—Me invitó su mujer ayer —aclaró Rodrigo a modo de disculpa—. Siento llegar tarde.

—No, hombre, llega bien. Adelante, adelante —se apresuró a exclamar el otro echándose a un lado para dejarle pasar.

Miguel le condujo hasta el salón, el centro neurálgico de la fiesta. Se trataba de una estancia espaciosa cuyos ventanales ofrecían unas magníficas vistas del paisaje: de un lado, el mar Cantábrico y del otro, la universidad de Comillas con los Picos de Europa al fondo.

—Vamos fuera mejor, hay menos gente —sugirió Miguel al ver lo atestado que estaba el ambiente. Tuvo que gritarlo para imponerse al estruendo de voces y de música.

Salieron por la puerta corredera hacia una amplia terraza. Estaba cubierta por un toldo blanco que la guarecía de los débiles rayos del sol otoñal, y en el centro había dispuestas dos enormes mesas llenas de bebidas y canapés. Frente a ellos se extendía el jardín, el cual habían decorado para la ocasión con globos, banderines y guirnaldas, y en el césped la chiquillería llenaba la tarde con sus gritos exaltados.

—Venga a saludar a Susana. Le hará ilusión —dijo Miguel señalando unos metros más allá.

Rodrigo le siguió en silencio. Mientras se abrían paso entre la gente, Miguel se detenía de tanto en tanto para intercambiar unas palabras con alguno de los invitados. Para cuando llegaron a donde estaba la mujer, esta se disponía a llevar una bandeja cargada de vasos y platos vacíos a la cocina.

—¡Susana, mira quién está aquí! —dijo Miguel tocándole el brazo.

—Hola —murmuró el invitado.

La mujer se quedó de piedra cuando lo vio, con los ojos muy abiertos.

—Vaya, me alegro de que haya venido —dijo al fin sonriendo nerviosamente y reanudando la marcha hacia el interior de la vivienda—. Lo siento, ya ve cómo estoy. Hablamos luego si le parece.

—Claro, no se preocupe.

—¿Qué le apetece tomar? —preguntó Miguel en cuanto desapareció su mujer.

—Una cerveza estaría bien.

Tras coger sendas latas de la mesa, se dirigieron a uno de los extremos de la terraza para apartarse un poco del tumulto. Mientras charlaban, Miguel tuvo de nuevo la misma sensación que le asaltó hacía unas noches, durante su encuentro con Rodrigo en el salón. Le notaba desatento, con la mente en otra parte... «Hay algo rondándole en la cabeza —pensó—. Algo que le preocupa, que quiere preguntarme, y no sabe cómo hacerlo. Lo veo en su cara».

Al cabo de un rato, aprovechando una breve pausa en la conversación, se aventuró a tantearle.

—¿Se encuentra bien, Rodrigo?... Ya siento estar siempre con la misma canción, se está convirtiendo en una fea costumbre por mi parte, pero es que le noto un poco nervioso...

Por la forma en que el otro le miró —una mirada directa, de esas que parecen auscultar todo lo que yace tras la membrana ocular—, supo al instante que había dado en el blanco.

—¿Puedo... preguntarle algo?

—Naturalmente, dispare —repuso Miguel intentando asumir un aire relajado.

—Es sobre su cuñado, el hermano de su mujer. ¿Cómo se llamaba?... ¿Pedro?

La alusión cogió a Miguel completamente desprevenido y le hizo fruncir el ceño.

—¿Qué quiere saber de él?

—El otro día me contó lo que le llevó a romper con su hermana, que no aprobaba que se casara con usted...

—Sí, así es. —Entornó los ojos en una mueca instintiva, saeteando a su interlocutor. No añadió más, pese a morirse de ganas por averiguar adónde quería ir a parar, para no condicionar el rumbo de la conversación.

—¿Fue ese el único motivo de desavenencia? ¿No hubo ninguno más?

Miguel dudó un momento antes de responder.

—Dígame, ¿por qué me pregunta esto ahora? ¿Ha estado con mi cuñado?

Ahora fue Rodrigo el que pareció vacilar. Durante un par de segundos volvió a taladrarle con sus ojos negros y penetrantes.

—Coincidí con él hace un par de días, en un bar del pueblo... No es que habláramos, pero antes de irse me dejó una nota...

Una nueva pausa. Miguel, viendo su indecisión, le apremió:

—¿Y? ¿Qué ponía en la nota?

Lo dijo sin alterarse, con indiferencia casi, sintiendo de soslayo la mirada de Rodrigo.

—Era un aviso. Me advertía de que mi vida corría peligro, que debía marcharme de aquí lo antes posible.

Algo parecido a un espasmo convulsionó el rostro de Miguel, transfigurándolo. Echó una mirada inquieta a su alrededor como para cerciorarse de que nadie les estaba escuchando. Después, sobreponiéndose a su sobresalto, le hizo un gesto con la mano para que le siguiera.

Descendieron por unas escalerillas que daban a la explanada, alejándose de la casa. Cuando estuvieron a cierta distancia, Miguel se detuvo.

—¿Tiene la nota?, ¿puedo leerla? —preguntó volviéndose hacia él, incapaz de disimular la inquietud en su voz.

—No, aquí no.

—¿Decía algo más en ella?

Desde la distancia les llegaba el sonido de la fiesta, ya mucho más amortiguado. Rodrigo se quedó un momento pensativo antes de responder.

—No, solo lo que ya le he comentado, que mi vida corría peligro —dijo en un susurro apenas audible.

—¡Ja! Muy típico de Pedro —soltó al cabo el otro con aire absorto—. La verdad es que no me sorprende nada. Siempre está haciendo cosas como esa.

Rodrigo se giró hacia él con brusquedad.

—¿A qué se refiere?

—Es más complicado de lo que parece —contestó Miguel con un hondo suspiro—. Verá, el otro día no le conté de la misa la media... Vamos, que hubo cosas que omití... A fin de cuentas, se trata de asuntos muy personales que no son de la incumbencia de nadie... Pero ahora que me cuenta esto... la cosa cambia. Se merece una explicación.

Se expresaba con lentitud; una lentitud en la que se adivinaba cansancio y resignación. Y empezó a hablarle de don Luis, el padre de Susana.

—Un hombre difícil. Ya sabe, el clásico padre autoritario, acostumbrado a imponer su voluntad y a que sus órdenes se acataran sin rechistar.

De sus dos hijos, Susana fue la que más sufrió la intransigencia de don Luis, pues era un hombre chapado a la antigua. Tenía una idea muy clara sobre el rol que debían desempeñar las mujeres en la sociedad. Ejercía un control férreo sobre todo lo que hacía y decía su hija, y la castigaba sin compasión cada vez que se salía de los márgenes de lo que para él constituía el comportamiento de una chica decente.

Conforme Susana crecía, se fue volviendo menos dúctil a los imperativos avasalladores de su progenitor, y las disputas entre ambos se recrudecieron hasta llegar a un punto insostenible.

—La ruptura definitiva se produjo cuando ella se empeñó en salir con un joven que no gozaba de la aprobación paterna (el cual se convertiría más adelante, por cierto, en el primer marido de mi mujer, pese a la oposición de don Luis).

Después de aquello, padre e hija estuvieron años sin dirigirse la palabra, y probablemente las cosas hubieran seguido así si no llega a ser por el nacimiento de Nicolás. Ese detalle lo cambió todo. La noticia de que su hija le iba a dar un nieto ablandó el corazón del anciano. No solo le instó a reestablecer el contacto, sino que fue lo que le hizo cambiar su testamento.

—De no ser por aquello, don Luis no hubiera dejado nada a ninguno de sus

hijos. Ni una perra —prosiguió Miguel encendiéndose un cigarro—. Él mismo se lo confesó a Susana antes de morir. Le dijo que estaba tan desilusionado con el derrotero que estaban tomando sus vidas, que había decidido años atrás desheredarles a los dos y donar su fortuna a diversas instituciones benéficas. Pero cuando le quedaban solo unos meses de vida, estipuló que se le traspasara todo a su nieto.

En vista de la corta edad del niño, tuvo que hacer una provisión especial que le obligaba a transmitir los derechos de propiedad a sus dos hijos hasta que Nicolás cumpliera la mayoría de edad —algo que hizo con reservas, limitando en la medida de lo posible los poderes de procuración de ambos—.

—Así lo dejó escrito en sus últimas voluntades. —En ese momento, Miguel miró fijamente a Rodrigo—. Pero no fue lo que sucedió. Nicolás desapa... falleció, quiero decir, antes de cumplir los dieciocho años, y en vista de que don Luis no había dictado ninguna provisión para esta eventualidad, se hizo lo que establece la ley en estos casos: todos los bienes, que debían haber sido para el niño, se repartieron entre los parientes más cercanos del fallecido, que eran sus descendientes directos (de hecho, los únicos familiares vivos que le quedaban).

Hizo una pausa deliberada para ver la reacción de su interlocutor, pero nada, no hubo ni una sola mueca que alterara el hieratismo de ese rostro indescifrable.

—Disculpe, Miguel, pero no le sigo —interpuso Rodrigo—. ¿Qué tiene que ver lo de la herencia con la nota de su cuñado? ¿Qué pinto yo en todo esto?

—¿Que qué pinta...?, ¿no lo ve? —Esperó unos instantes a que Rodrigo cayera él solo en la cuenta; cuando intuyó que eso no ocurriría, añadió—: Mi cuñado desea que se vaya porque su presencia le incomoda. Es lo que le dije el otro día, por eso le ha dado esa nota.

—¿Pero por qué? —insistió Rodrigo, y como si estuviera hablando consigo mismo, continuó—: ¿Me está diciendo que cree que soy Nicolás? ¿Que teme que haya venido a reclamar mi herencia?

—Exactamente. Ya sé que suena descabellado, pero conociendo a Pedro, no me extraña nada.

—Pero... Pero sigo sin entenderlo... Si realmente fuera Nicolás y quisiera recuperar mi dinero, podría acreditar mi identidad desde cualquier sitio. ¿Para qué iba a molestarme en venir hasta aquí? Es ridículo.

—Lo sé, lo sé, no tiene lógica, pero vuelvo a repetirle, mi cuñado es así, no

está bien de la cabeza.

En ese momento Rodrigo desvió la mirada hacia la terraza y vio a Susana haciéndoles señas. Pese a que se encontraban demasiado lejos como para oírla, se veía claramente lo que quería.

—Creo que le requieren —dijo señalando a la mujer.

—Voy a tener que dejarle. Ya seguiremos con esta conversación en otro momento.

—Sí, descuide.

Miguel se encaminó hacia la casa. Cuando estaba a unos metros de distancia, el grito de Rodrigo le hizo pararse en seco.

—Una última cosa. ¿Estuvo Nicolás enfermo antes de falle... antes de la tragedia?

Durante un instante pareció que Miguel iba a dar media vuelta, pero al final solo dijo:

—Ya hablaremos. —Y reanudó el paso.

* * *

Horas más tarde, tras despedir a los últimos invitados, Miguel se encerró en el salón de su casa y se sirvió una copa. Esta era su guarida, el refugio al que acudía siempre que deseaba aislarse del mundo. Llevaba toda la tarde esperando este momento. Necesitaba estar a solas, lejos del ruido; poner un poco de orden en su pensamiento.

Se sentó en su butacón favorito y, envuelto en la penumbra, recapituló los pormenores de la charla que había mantenido con Rodrigo.

Todo lo referente a aquel joven le resultaba cada vez más misterioso y desconcertante. No sabía qué pensar de él, cómo interpretar su extraño laconismo, o el modo en que se quedaba mirándole a veces —una mirada que se le antojaba impertinente; hostil, incluso—.

¿A qué respondía todo esto?...

Aunque no era capaz de precisar el motivo, advertía en sus maneras un matiz artificioso, deliberado. «Como si supiera de antemano lo que voy a contarle y me estuviera poniendo a prueba, a ver si cometo algún desliz», pensó recordando algunos trozos de la conversación. Cuanto más le trataba, más crecía en él esta sensación. Y esa última pregunta, cuando ya se

marchaba: «¿Estuvo Nicolás enfermo antes de fallecer?». ¿Cómo podía haberse enterado de eso? ¿Qué había oído, y de quién?...

Empezaba a sospechar que había algo peligroso en ese hombre. Que todo lo que hacía era calculado. Que lo que decía iba con segundas. Que nada de lo que mostraba era sincero... Sentía que estaba jugando con ellos pero, al mismo tiempo, una parte de él se rebelaba contra esta idea. «¡Es absurdo! ¿Por qué haría algo así? ¿Con qué fin?

Permaneció en esa sala durante algo más de una hora, dándole vueltas a todas estas preguntas sin respuesta hasta que, a eso de las nueve, oyó a Susana llamándole para cenar.

Cuando entró en la cocina, ella estaba sirviendo unas vainas que acababa de cocer y Jaime hacía un ruido espantoso mientras se entretenía con uno de sus nuevos regalos. Sintió la tensión de su mujer en cuanto se acercó a besarla. Normalmente, solían pasar un rato hablando antes de cenar, pero ese día prefirió quedarse callado. Conocía bien ese mohín tan característico en ella cuando se sentía agitada o de mal humor.

Intuyendo qué era lo que la disgustaba, Miguel le dijo a su hijo que dejara de jugar, pero el niño no le hizo caso.

—Ya se lo he pedido cien veces —comentó Susana con evidente irritación. Lo dijo sin volverse, enfrascada en su tarea.

—Jaime, ven a sentarte a la mesa —ordenó el padre con un tono más perentorio. Sin embargo, el niño siguió como si nada, como si le resbalara todo lo que se le decía.

Entonces ocurrió la tragedia. Sin previo aviso, Susana se fue hacia el chiquillo y comenzó a pegarle con todas sus fuerzas, gritándole, insultándole... Fue todo tan repentino que durante unos segundos Miguel no pudo reaccionar; se quedó observando la escena con expresión estúpida, como en un trance... Hasta que el llanto del niño le sacó de su aturdimiento.

—¡Basta, Susana! —gritó precipitándose hacia ella—. ¡Basta! ¡Le estás haciendo daño!

La presión de aquellos brazos ciñéndose a su cuerpo encolerizó aún más a la mujer, que empezó a agitarse con furia animal, intentando soltarse... De nada le sirvió. No tenía nada que hacer contra esos brazos descomunales. Pasaron casi un minuto así: él aferrándola firmemente para inmovilizarla; ella batiéndose con la desesperación de una bestia acorralada, aullando fuera de sí...

El desenlace fue tan abrupto como el inicio. La mujer debió de darse cuenta de la futilidad de su empeño, porque de pronto dejó de resistirse, cosa que no convenció a Miguel, quien siguió sujetándola un poco más, hasta que sintió el progresivo ralenti de sus palpitaciones, su respiración entrecortada, el temblor de su cuerpo... Solo entonces, cuando juzgó que ya había pasado lo peor y se había tranquilizado lo suficiente, fue aflojando paulatinamente la presión y comenzó a separarse de ella muy despacio, como si aún temiera una nueva acometida.

Jaime, que había presenciado la deplorable escena en un estado de parálisis mental, incapaz de pensar o de emitir sonido alguno, rompió a llorar en cuanto sus padres se separaron.

El llanto de su hijo pareció disipar la confusión de Susana. Al oírle, lo miró con ojos desorbitados, su rostro descompuesto por la emoción.

—¡Dios mío, qué he hecho! —exclamó echándose ambas manos a la cabeza—. ¡Qué he hecho!

—Cariño, por favor, no te atormentes —se apresuró a decir Miguel.

Intentó consolarla, convencerla de que todo estaba bien, pero sus palabras quedaban ahogadas por los berridos desconsolados del crío, y ella, desembarazándose con gesto brusco de su marido, se fue corriendo escaleras arriba.

Un cuarto de hora más tarde, después de acostar a Jaime, Miguel se dirigió a su dormitorio. Entró con el corazón en un puño, pensando aún en cómo iba a lidiar con la situación. Encontró a Susana acurrucada en la cama, llorando a lágrima viva.

Se tendió a su lado y, atrayéndola hacia sí, la arrulló llenándola de besos.

—Susana, Jaime está bien, de veras. Se le pasará enseguida.

Pero estas torpes palabras de consuelo, lejos de calmarla, parecieron avivar la congoja de la mujer, intensificando el bramido de su llanto.

Guardó silencio un momento, impotente, sintiendo con creciente inquietud las leves sacudidas de su endeble cuerpecillo bajo las sábanas.

Al cabo de unos minutos, cuando creyó que el acceso remitía, se aventuró otra vez a apaciguarla.

—No te miento, Susi. Verás cómo mañana lo ha olvidado todo.

—¡No es eso lo que me preocupa, Miguel!

Susana se dio la vuelta con un movimiento rápido. Había dejado de llorar y le miraba con gesto extraño, una mueca en la que convergían el terror, la

confusión, el desafío...

—¿Cómo? No... no entiendo. ¿Por qué lloras, entonces?

—Es por... —Susana se enjugó las lágrimas antes de proseguir—. Esta mañana he estado en la habitación de Rodrigo.

—¿Y?

La mujer titubeó un momento, percibiendo la incipiente sombra de inquietud que empezaba a asomar a su semblante.

—Es él, Miguel.

—¿Él? —repuso tras lo que pareció una pausa interminable—. ¿Quién es él?

—Es Nicolás.

Y entonces sí, Miguel no pudo ocultar su impaciencia por más tiempo.

—Susana, por favor, ¡¿de qué estás hablando?! —dijo sujetándola por los hombros y zarandeándola.

—Ha vuelto, es él. Sabía que volvería —dijo absorta, como pensando en voz alta, ajena a la presencia de su marido—. Siempre lo he sabido...

—¡Cariño, escúchame! —Le cogió la cara entre ambas manos con firmeza para que le mirara a los ojos—. ¡Ese hombre no es Nicolás! ¡Nicolás murió hace años, no va a volver! ¡Tienes que aceptarlo!

Pero ella negó con la cabeza.

—Sí, sí que lo es.

—Susana, no me hagas esto, te lo pido por favor. No podría pasar por lo mismo otra vez.

—¡¿Es que no lo entiendes?! —gritó con expresión desafiante—. ¡Vi el osito!, lo vi con mis propios ojos, cuando entré en su habitación... Lo tenía ahí, metido entre las sábanas...

De nuevo, la cara de Miguel se llenó de desconcierto.

—¿Un osito?... ¡Pero de qué me estás hablando, mi amor!, ¿qué osito?

—¡Tito!, ¿no te acuerdas?... Nicolás nunca se separaba de ese dichoso oso, iba con él a todas partes.

Un destello de comprensión relampagueó en el semblante de Miguel. «¿Tito?» Hacía años que no oía aquel nombre, desde la desaparición de Nicolás. Desvió la mirada, sobrecogido por el torrente de recuerdos que se agolparon de pronto en su mente.

—No puede ser, Susana, tiene que tratarse de otro muñeco. Es imposible...

Pero lo dijo bajito, en un susurro sin convicción. En su cara se veía que se

estaba esforzando en asimilar la noticia, pensando en las repercusiones que ya se empezaban a incubar en alguna parte remota de su cerebro.

—No, Miguel, es el mismo muñeco. Ese hombre es Nicolás, y ha vuelto para castigarme, lo sé...

CAPÍTULO 16

Tac, tac, tac, tac, tac, tac, tac...

Nunca olvidaré la alegría que sentí el día que mamá me dijo que se había quedado embarazada.

—¿En serio, mamá?

—Sí, Nico —contestó sonriente al ver mi entusiasmo.

Me acerqué a palpar la incipiente prominencia de su vientre con una mezcla de expectación y curiosidad, asimilando las implicaciones de la gran noticia.

Me sentía eufórico, entusiasmado. Era lo que siempre había deseado. ¡Por fin tendría a alguien con quien compartir mis juegos!, ¡jamás volvería a estar solo!

Ahora, en cambio, cuando miro atrás, siento una cierta ambivalencia al recordar ese momento, porque sé que aquel embarazo fue la causa de todo lo que vino después. A partir de entonces mi relación con mamá nunca volvió a ser la misma, y eso, por mucho que me pese, no puedo olvidarlo.

¿Cuándo empecé a notar el cambio en su comportamiento?, ¿a percibir su hostilidad? No de forma repentina, desde luego. Aquel fue un periodo confuso, lleno de zozobras y altibajos que enturbiaron mi percepción de las cosas, impidiéndome pensar con claridad. En aquel tiempo, mamá se había vuelto más errática que nunca. De cuando en cuando me parecía que volvía a ser la mujer alegre, dicharachera y llena de optimismo de siempre; sin embargo, esos intervalos nunca duraban demasiado, no suponían más que efímeras marejadas en un océano de desesperanza. La mayoría de las veces, sobre todo cuando arreciaban los estragos de mi afección, se convertía en una sombra de su propia persona, apática, indiferente, sin ganas de hacer nada.

No es que esto me sorprendiera —para entonces ya me había acostumbrado a las abruptas fluctuaciones de su ánimo—, pero conforme fue avanzando el embarazo, empecé a notar otros cambios inquietantes en su conducta. Se

volvió irascible, cada vez más impetuosa y violenta. Recuerdo que perdía los estribos por cualquier menudencia, generalmente sin razón alguna, y a menudo se ponía a gritarme, e incluso a pegarme, algo que no había hecho nunca. Papá lo advirtió enseguida. «Son cosas del embarazo, Nico, no le des importancia, ya se le pasará», decía para consolarme.

Me explicó que a veces, cuando estaban en cinta, las mujeres sufrían alteraciones hormonales que las afectaban mucho, que a eso se debía la agitación de mamá. Al principio acepté su explicación, tenía sentido. Por eso, cada vez que se encolerizaba yo intentaba pensar que solo era una inestabilidad pasajera, que pasaría pronto, aunque nunca logré acallar del todo mi preocupación; quizá porque con el paso de las semanas su hostilidad se volvía más manifiesta. La sentía en todo lo que decía, el despego con el que me trataba, la frialdad de su mirada —eso era lo que más me intimidaba; a veces descubría algo perturbador en esos ojos, un destello ominoso, oscuro, cargado de odio—... El caso es que, a pesar de las palabras de Miguel, empecé a temer que me odiaba.

Y sin embargo, pese a mis aprensiones, durante un tiempo me seguí negando a dar crédito a lo que veía. No tenía sentido. ¿Cómo era posible que la persona que más amaba en este mundo me tratara de ese modo?! No podía haberme dejado de querer de la noche a la mañana, la sola idea me resultaba ridícula, inconcebible... «Esto no tiene nada que ver conmigo, es por el embarazo, nada más», me repetía a mí mismo para tranquilizarme.

Al principio me agarré a esta esperanza como a un clavo ardiendo. Necesitaba creer en ella, confiar en que, pasara lo que pasase, me seguía queriendo... pero al final, ante el influjo implacable de una erosión continuada, hasta las rocas más sólidas se desgastan. ¿Cómo poner en entredicho lo que día tras día veía con mis propios ojos? ¿Cómo silenciar esa voz que salía de las entrañas más profundas de mi alma y me gritaba constantemente ese mensaje que no quería escuchar, que me negaba a aceptar?

Con el tiempo no tuve más remedio que admitirlo: el menosprecio de mamá era demasiado obvio. Por muy doloroso que me resultara, no podía seguir engañándome a mí mismo y, aun así, estaba desconcertado, no alcanzaba a comprender a qué podía deberse este cambio tan drástico. Me sentía como el científico que descubre por casualidad una anomalía que se le antoja

indescifrable, imposible de desentrañar. ¿Por qué, mamá? ¿Qué te había hecho yo?

Por desgracia, no tardé mucho en dilucidar el enigma.

Ocurrió una noche. Mientras me dirigía al baño, entreoí por casualidad algunos fragmentos de la conversación que mantenían ella y papá en el dormitorio.

—¿Pero hasta cuándo va a durar, Miguel, hasta cuándo?... No lo sabemos siquiera, los médicos no nos dicen nada...

—Haremos lo que haga falta, cariño...

—Pero, ¿y el bebé? ¿Qué vamos a hacer cuando nazca? ¿Cómo vamos a pagar las facturas, los gastos del médico...?

—Ya buscaremos la manera, Susi, no te preocupes. Si las cosas se ponen muy mal, pediré un préstamo, o venderé el barco. Siempre hay opciones.

Continuaron hablando en ese tono varios minutos, mamá lamentándose entre murmullos —el sonido de su voz me llegaba como un rumor triste y cavernoso, intercalado de sollozos— mientras que papá, como siempre, intentaba apaciguarla.

Aquella fue una noche espantosa, sin duda la peor de toda mi vida. Estuve en vela hasta bien entrada la madrugada, presionando mi cara contra la almohada para amortiguar el sonido de mi llanto.

Cuando mamá entró con el desayuno a la mañana siguiente, advirtió enseguida que algo andaba mal.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó poniéndome la mano sobre la frente—. ¡Dios mío, estás ardiendo!...

No le respondí. La miré muy fijamente a los ojos, intentando hallar en ellos el amor y la tranquilidad que me solían transmitir.

—Nico, dime qué tienes, por favor, me estás asustando —volvió a decir, esta vez con alarma en la voz. Y, entonces sí, no pude reprimir el pensamiento que me había estado carcomiendo durante todas aquellas semanas.

—¿Todavía me quieres, mamá?

En el instante en que salió esta frase de mis labios supe que había cometido un error, pero ya era tarde para lamentarse.

Durante varios segundos mamá no se movió, ni dijo nada; se limitó a mirarme con cara de espanto. Al verla así, se me encogió el corazón, hubiera dado cualquier cosa por retirar aquellas palabras.

—Lo siento, mamá.

Me lancé a su cuello y la abracé con todas mis fuerzas.

Permanecimos así largo rato, ella llorando, estrechándome entre sus brazos, repitiendo una y otra vez lo mucho que me quería, lo importante que era para ella.

—¡Claro que te quiero, Nico! —musitaba entre sollozos—. ¿Cómo has podido preguntarme una cosa así?... Eres la persona a la que más quiero en el mundo, ¿me oyes?, a la que más quiero...

Y sin embargo, mientras estaba ahí, con la cabeza hundida en su cuello, deseando con todo mi corazón creer en lo que me decía, me eché a temblar. ¡Qué curioso! La ternura y la vehemencia de sus gestos tenían que haberme hecho sentir alivio, alegría, tranquilidad, pero sucedió justo lo contrario: de pronto me embargó un temor paralizante que me dejó sin habla..... Qué aún hoy me paraliza, y sigo sin atreverme a poner en palabras.

CAPÍTULO 17

Esto va a acabar mal, lo sé, siento que estoy empezando a perder la cabeza... Si pudiera, montaría en el coche y me largaría de aquí ahora mismo, es lo más sensato... Pero no puedo, hay algo que me lo impide.

Cuando le confesé esto a Miguel anoche —un poco después de comentarle lo de Tito—, se puso como una moto.

—¿Y qué es lo que te retiene, Susana?! —me gritó indignado—. Por favor, no esperes más, vete de aquí.

Yo traté de explicárselo —por qué no podía irme, qué era lo que me retenía—, pero dudo mucho que entendiera algo de lo que le decía. Para ser sincera, ni yo misma llego a comprenderlo bien.

—Una parte de mí quiere eso, mi amor, no sabes cuánto desearía irme, pero no puedo, es superior a mis fuerzas.

Al final, como vio que no llegábamos a ninguna parte, se dio por vencido. Nos quedamos un rato tumbados, callados, aunque sabía que antes o después Miguel volvería a la carga, era cuestión de tiempo.

—Todo esto es por el oso, ¿verdad? —acabó preguntándome girando la cabeza hacia mí.

Yo me giré también, hasta encontrarme con sus ojos azules.

—Sí, claro que es por el oso.

—Pero, cariño... —Hizo un gesto, no sé si de frustración, o simplemente para darse tiempo para pensar en lo que iba a decir—. Es que... no sé cómo puedes estar tan segura de que es el mismo oso, tiene que haber cientos como ese...

—Escúchame, Miguel. —Creo que le molestó un poco que le interrumpiera, pero si fue así, se le pasó enseguida—. Tito era el muñeco favorito de Nicolás, dormía con él todas las noches, sé perfectamente cómo era, me acuerdo de cada detalle.

—No digo que no se le parezca, Susi, pero eso no significa que...

—No me dejas terminar, cariño... —De pronto sentí que me fallaba la voz, que me iba a poner a llorar otra vez. Suspiré hondo, preparándome para lo que iba a decir—. Tito tenía un pequeño roto en el pantalón que yo misma remendé. Y el muñeco que vi ayer tenía la misma rasgadura. ¡Era idéntica!

Miguel me miró otra vez con cara de escepticismo, pero bajo aquella aparente tranquilidad suya, yo intuía la lucha que estaba librando en su interior. Una parte de él quería creer que exageraba, que me estaba dejando llevar por la histeria, como de costumbre... pero otra tenía sus dudas, no estaba convencido. Pobre Miguel, siempre le ha costado mucho aceptar las verdades difíciles, lo pasa muy mal con esas cosas.

Lo curioso es que, cuando me he despertado por la mañana, estaba un poco como él. Mi confianza de anoche se había evaporado, ya no las tenía todas conmigo. ¿Por qué me obcecaba tanto en que era el mismo oso? ¿Cómo podía estar tan segura? ¿Por un simple remiendito de nada?... ¿Era esto suficiente para concluir que el tal Rodrigo era Nicolás?, ¿que mi niño estaba vivo y que había vuelto con nosotros, al hotel?

A la luz del día parecía ridículo. Estaba claro que me había dejado llevar por la imaginación. «¿Te has parado a pensar en lo que estás diciendo, Susana? —me he dicho—. Él apenas sabía nadar, y además, estábamos a mediados de noviembre, el agua era puro hielo. De no ahogarse, habría muerto de hipotermia... Y aun en el caso de que hubiera sobrevivido, seguiría habiendo muchas preguntas sin responder. No puede ser que un niño deambulando solo por la calle pasase desapercibido, y menos en aquellas circunstancias. Alguien le habría tenido que ver, alguien habría informado a la Policía...»

Como digo, esto era lo que pensaba esta mañana al levantarme, que me había precipitado en mis conclusiones, parecía lo lógico... Y sin embargo, la lógica ya no importa. Ahora sé que Rodrigo es Nicolás. Lo sé con una seguridad absoluta. Lo que ha ocurrido hoy ha despejado por completo todas mis dudas.

Ha sido en el comedor, durante la hora del desayuno. En cierto momento, mientras atendía a uno de los huéspedes, he oído el repiqueteo característico de su muleta sobre el entablado de madera.

—Buenos días. No es muy tarde para desayunar, ¿verdad?

Llevaba toda la mañana diciéndome lo mismo —que Rodrigo no era

Nicolás, que lo de anoche había sido una fantasía estúpida...—, pero cuando me he dado la vuelta y le he visto entrando en el comedor, me ha dado un vuelco el corazón, y todos mis argumentos se han derrumbado como un castillo de naipes.

Le he respondido como buenamente he podido, no sé ni el qué, de lo nerviosa que estaba. Después, en cuanto he terminado de servir a los demás huéspedes, me he escapado a la cocina. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Por qué había bajado hoy precisamente a desayunar, si siempre le subía la bandeja a su habitación? Por un momento, he vuelto a revivir los detalles de aquel día, en el barco. Es algo que me ocurre a menudo, como una pesadilla recurrente que me visita cuando menos me lo espero: de repente me veo otra vez en aquella cubierta, rodeada de gente, gritando el nombre de mi hijo. «¡Nicolás! ¡Nicolás!...»

Las paredes de la cocina han empezado a darme vueltas y me he tenido que sentar en el suelo, pues sentía que me mareaba y que perdía las fuerzas; después todo se ha disuelto en la negrura.

Por suerte, estos trances nunca duran demasiado. En cuanto he vuelto en mí, me he apoyado en la encimera para levantarme y me he quedado ahí un rato, respirando hondo. Siempre que me da uno de estos vahídos me lleva un par de minutos recuperarme. Al principio ni siquiera sé dónde estoy. Lo primero que me ha venido a la cabeza ha sido Rodrigo: estaba en el comedor, esperando... Hubiera dado cualquier cosa en esos momentos por desentenderme de la situación y salir corriendo de allí, pero no podía. Miguel había salido a comprar, así que estaba sola al frente del hotel, tenía que volver.

Al entrar en el comedor, he hecho una parada previa para atender a otro de los huéspedes, pero mientras hablaba con él, Rodrigo no me quitaba el ojo de encima. Sentía su mirada clavada en mí, examinando cada uno de mis movimientos, como una sombra intrusa.

Pero lo que ha terminado de desarmarme ha ocurrido un poco después, cuando me he acercado a servirle el café.

—¿Se encuentra bien, Susana? Parece preocupada —me ha dicho lo primero de todo.

Le he mirado directamente a los ojos, suspicaz, buscando en ellos algún rastro de la ironía que me trasmitían sus palabras, pero no he visto nada, su cara era una máscara indescifrable.

—Sí, solo estoy algo cansada. —Lo he dicho con una sonrisa forzada, sosteniéndole la mirada—. Llevo unos días muy ajetreados, tengo muchas cosas en la cabeza.

—Créame, la entiendo. Yo también he estado así últimamente.

Ahora sí que no había dudas: ¡me estaba vacilando! Durante un momento me he quedado alelada, observando cómo el ligero pliegue en la comisura de sus labios realzaba sus hoyuelos, dándole ese aire de soberbia que detesto. Me ha sacado tanto de quicio, que casi le abofeteo allí mismo para borrar de golpe esa sonrisa desvergonzada de su cara. No sé cómo he logrado contenerme.

—Bueno, le dejo el termo de café, por si quiere más —Pero cuando ya me iba, he sentido su mano sobre mi hombro.

—Por cierto, Susana, ¿qué le ha dicho su hijo de mi regalo? ¿Le ha gustado?

Me ha dejado de piedra. Yo he empezado a balbucear una disculpa —«Vaya, no sabía que le hubiera regalado nada... perdone, espero que le haya dado las gracias»—, pero él me ha atajado enseguida.

—Oh, no se lo decía por eso... Es que no sé si he acertado con el regalo, como no conozco a su hijo... En fin, solo quería que supiera que puedo cambiarlo si no le gusta.

—Bueno, es usted muy amable. En cuanto le vea se lo pregunto.

Después, mientras recogía y lavaba los platos, no podía dejar de darle vueltas a nuestra conversación. Su comportamiento me había descolocado completamente, algo no encajaba. La afabilidad de su tono, tan forzada y tan poco propia de él, sobre todo teniendo en cuenta nuestro último encuentro... y luego su expresión cuando se ha referido al regalo —insolente, ladina, cargada de fingimiento...—. ¿A qué venía todo eso? ¿Qué me estaba intentando decir? ¿Y por qué se había expresado de ese modo tan extraño?

Todos estos interrogantes los sentía martilleándome en la sien como un golpeo incómodo, y cuantas más vueltas le daba al asunto, menos lo comprendía, y más se reavivaban mis aprensiones de la noche anterior.

Luego he ido a casa a buscar a Jaime. No le había visto desde el incidente y estaba algo nerviosa, no sabía cómo reaccionaría al verme. Le he encontrado donde suponía que estaría: en su habitación, enredando con sus juguetes nuevos. En cuanto me ha visto, se ha quedado completamente quieto, rígido casi, mirándome atemorizado. Contemplar el pavor en la cara de un hijo —

sabiendo, además, que has sido tú misma quien lo ha provocado— es un golpe muy duro para una madre. Me ha costado mucho sobreponerme y no salir corriendo.

—Hola, mi amor, ¿ya te has levantado?

Me iba acercando muy despacio al tiempo que me disculpaba, pero él no respondía nada, ni me miraba siquiera. Y cuando he llegado a su lado, la emoción me ha obligado a guardar silencio. Había venido con la idea de hablarle, nada más —no pensaba abrazarle, ni tocarle, no hasta que me perdonara; era la penitencia que me había impuesto por mi inaceptable arrebató de anoche—; pero en esos momentos el instinto ha podido más que las débiles consignas de mi conciencia y no lo he podido evitar. Me he derrumbado.

—Cariño, lo de ayer fue un accidente. No sabía lo que hacía.

Estaba de rodillas, con su manita entre las mías y acariciando una y otra vez su precioso cabello pelirrojo, llorando como una magdalena... Entonces, al verme así de triste y desamparada, me ha dicho:

—Lo sé, mamá. Por favor, no te atormentes, no ha sido nada. —Y tirándose a mi cuello, me ha envuelto entre sus bracitos.

¡Qué maravillosos son los niños!, ¡con qué facilidad perdonan nuestras faltas!

Luego de un rato, cuando ya estábamos más tranquilos los dos, me he acordado del motivo que me había llevado hasta allí.

—¡Caramba, Jaime, qué barbaridad!, ¡cuántos regalos! —he comentado reparando en el montón de juguetes que había desperdigados por la habitación.

—Sí, mamá, ¡ha sido el mejor cumpleaños de mi vida!

Y ha empezado a enseñarme sus nuevas adquisiciones, ilusionado. Bien. Ya solo tenía que esperar el momento oportuno para plantear el pensamiento que bullía en mi cabeza. Cuando finalmente lo he dejado caer, me temblaba la voz, estaba nerviosísima.

—Oye, mi amor, Rodrigo me ha preguntado si te gustó el regalo que te hizo. ¿Cómo es que no me habías dicho nada?

—¿Quién es Rodrigo, mamá?

—Ya sabes quién es, Jaime. El huésped el de la muleta.

—¡Ah, sí!

—¿Y qué es lo que te ha regalado, cariño? ¿Se lo enseñas a mamá?

De inmediato, se ha puesto a remover entre la pila de juguetes hasta dar con el que buscaba.

—¡Aquí está! —ha aullado alzándolo con orgullo.

Era un tanque de metal oxidado, con un tono verdoso y desvaído. Me he quedado de piedra al verlo. Rápidamente se lo he quitado de las manos y me he puesto a examinarlo desde todos los ángulos, para cerciorarme, aunque en realidad no hacía falta. Lo he reconocido al instante: lo que sujetaba entre mis manos era aquel tanque que Miguel le regaló a Nicolás la primera vez que vino a casa.

Es él. Es él. Estoy cien por cien segura. Y sé a lo que ha venido... Que sea lo que Dios quiera.

CAPÍTULO 18

Salió temprano. A Susana le dijo que iba al supermercado a hacer las compras de la semana, pero en realidad era un pretexto para permanecer fuera de casa durante unas horas. Necesitaba pasar un rato lejos de su mujer, de su hijo, de las tribulaciones del negocio; tomarse un tiempo para despejarse y pensar en todo lo que estaba ocurriendo.

Condujo directo hacia la playa. Una vez allí, se quitó los zapatos y se puso a andar descalzo sobre la arena.

No podía dejar de pensar en la sorprendente revelación que le había hecho su mujer la noche previa. «¡Es Tito, Miguel, es él!» Estas palabras retumbaban en su cabeza como un eco persistente.

«Es él, es él, es él...»

¿De verdad podía tratarse del mismo muñeco?

Mientras caminaba por la orilla, dejando sus huellas tras de sí sobre la arena húmeda, su pensamiento volvía una y otra vez a aquella fatídica mañana que marcó sus vidas para siempre, reviviendo cada detalle con rigor obsesivo.

«¿Viste el dichoso muñeco en algún momento durante todo aquel fin de semana? ¿Lo trajo consigo de casa? ¿Lo llevaba encima cuando embarcamos?...»

Juraría que no, que cuando llegaron al puerto solo iba con la muleta; de lo contrario lo recordaría, pero ¿cómo podía estar seguro?... Al fin y al cabo, habían pasado muchos años de aquello...

«En cualquier caso es una estupidez. No sé siquiera por qué le das tantas vueltas», se dijo por quinta vez consecutiva. No podía ser el mismo osito. Susi se estaba dejando llevar por sus paranoias, como siempre.

Pero entonces ¿de dónde nacía esa aprensión? ¿Por qué sentía esta horrible angustia en el pecho? ¿Y por qué no podía dejar de pensar en ello?

Se daba perfecta cuenta de que por el simple hecho de negarlo no iba a conseguir deshacerse de esa incómoda sensación. Estaba luchando contra algo que no se podía extirpar con argumentos, una emoción impermeable a la lógica, al análisis frío que se requiere para corroborar o desmentir cualquier idea. Por muchas razones que encontrase, la duda seguiría ahí, latente, implacable, atizando las llamas de su aprensión como un ácido corrosivo.

«Tengo que hacer algo, lo sé, ¿pero qué? ¿Cómo voy a lidiar con esto?»

Se quedó mirando al mar un largo tiempo, como esperando que el eterno oleaje pudiera darle las respuestas que buscaba y disipara su absurdo temor.

El problema era que, aunque no se tratara de Tito, el hecho de que se le pareciera era extrañísimo. ¿Cómo podía explicarse algo así? ¿Coincidencia? ¿Simple casualidad? ¿Qué probabilidades había de que este hombre, por puro azar, hubiera comprado uno igual al que tenía Nicolás?

Resultaba difícil de creer, desde luego, ¿pero qué otra explicación había? Las otras opciones que se le ocurrían resultaban más inverosímiles, si cabe: o bien este tal Rodrigo lo sabía todo de Nicolás, o bien era Nicolás en persona.

Este último pensamiento desencadenó al instante una risa nerviosa. Aquello no tenía ningún sentido y, sin embargo, no cabía duda de que había algo misterioso en ese joven. Por alguna razón, intuía algo oscuro en él, impenetrable, amenazador...

De repente se acordó de la pregunta que Rodrigo le hizo durante la fiesta: ¿Estuvo Nicolás enfermo antes de fallecer?

Sí, aunque solo fuera por eso, estaba claro que no podía quedarse de brazos cruzados. Tenía que investigarle, tenía que averiguar todo lo que pudiera sobre ese tío.

Echó una ojeada al reloj y descubrió que llevaba más de cuatro horas paseando por la playa. «¡Las compras, Dios!», se acordó de pronto dándose un manotazo en la frente.

Se dirigió con paso resuelto hacia su coche, pero al llegar al aparcamiento reparó en algo que le hizo detenerse en seco. Era el vehículo de Rodrigo; lo reconoció por la abolladura que tenía en la parte trasera, encima del guardabarros. Volvió a mirar su reloj, extrañado. ¿Qué estaría haciendo en la playa a esas horas? Él no solía salir nunca tan temprano...

Maquinalmente, sin pensar en lo que hacía, se encaminó hacia el restaurante que había en las inmediaciones del *parking*.

El local estaba emplazado en la misma playa, frente al mar. Conforme se

acercaba comenzó a llegarle el rumor de voces y de música que provenía del interior. De improviso, mientras subía la rampa de madera que accedía a la terraza del establecimiento, se le ocurrió que quizá no se encontraba solo. La idea, sin saber por qué, le hizo detenerse. «¿Y si estuviera con Pedro?». Se quedó inmóvil, embargado por esta sombra premonitoria que nubló momentáneamente su pensamiento. Antes de entrar decidió cerciorarse, por si acaso.

Se acercó con sigilo a una de las ventanas laterales, procurando asomarse lo menos posible. Cuando sus ojos se acostumbraron a la relativa penumbra del interior, confirmó la temida corazonada: Rodrigo y su cuñado estaban en una de las mesas, charlando como dos viejos amigos. Esta cercanía, la aparente familiaridad con la que se trataban, le dejó atónito, incapaz de reaccionar.

Cuando al fin se apartó de la ventana, sintió un intenso mareo que le obligó a aferrarse al alféizar para no caer. Permaneció un rato arrodillado, respirando hondo, sobrecogido por el repentino torbellino de preguntas que irrumpían en su mente. ¿Quién era este hombre? ¿Qué hacía con Pedro? ¿Qué se proponían?...

Salió corriendo de ahí como llevado por mil demonios, con el corazón golpeándole el pecho desbocado. Mientras conducía de vuelta a casa, intentó poner un poco de orden en el hervidero de pensamientos que borboteaban en su cerebro. Todo respondía a un plan. Estaban confabulados, no cabía otra explicación. Le vinieron retazos sueltos de las conversaciones que había mantenido con Rodrigo: aquella primera vez que hablaron sobre Pedro, cuando le aseguró que no se conocían; la supuesta nota de advertencia a la que había aludido el día anterior, durante la fiesta de cumpleaños... Había sido todo una farsa, una sucia mentira, se había dejado engañar como un pelele.

Naturalmente, el artífice tenía que ser Pedro; el otro no era más que un simple actor. Debía meterse en la piel de su cuñado, pensar como él... Siempre había sido un hombre atormentado por la envidia y el deseo de venganza. Haría cualquier cosa con tal de hacer sufrir a su hermana, pues la detestaba con toda su alma.

Le imaginaba lucubrando su maquiavélico plan con fría meticulosidad, sopesando cuidadosamente cada variable de su siniestro propósito. Primero, la búsqueda. Era indispensable encontrar a alguien que fuera un calco exacto de su sobrino. Luego, el adoctrinamiento. Se habría pasado horas y horas

hablándole sobre Nicolás, sobre sus manías, sus gestos, su modo de expresarse... todas esas pequeñas idiosincrasias suyas que necesitaba saber para representar bien su papel.

Y ahora, cuando el recuerdo de lo que pasó empezaba a cicatrizar en la memoria de Susana, se disponía a asestarle el golpe definitivo y consumir el proyecto que había estado fraguando durante años: la confrontaría con ese pasado que intentaba olvidar a toda costa; la obligaría a revivir su culpa hasta llevarla al borde de la locura...

Sí, todo encajaba, tenía sentido, de ahí lo de Tito... ¡¿Cómo había podido estar tan ciego?!

Encontró la recepción vacía cuando llegó al hotel, tal y como esperaba. (A esa hora, su mujer solía estar en casa preparando los menús del día siguiente). La llave de la Cormorán estaba colgando de su gancho, en el casillero. La cogió y se precipitó escaleras arriba a grandes zancadas. De camino se cruzó con unos huéspedes. Ya en el pasillo, aguardó a que el leve rumor de sus voces se perdiera en la distancia, y, cuando estuvo seguro de que se habían ido, abrió la puerta y entró.

Halló la habitación envuelta en la penumbra, iluminada tan solo por un hilillo de luz tenue que se colaba por la fina ranura entre las cortinas echadas. Fue tanteando en la oscuridad, hasta que dio con la lámpara de la mesilla que había más próxima a la puerta. Había un olor opresivo en el ambiente, una mezcla a sudor y a tabaco rancio.

Paseó una mirada rápida por la estancia, anotando mentalmente el desconcierto de objetos desperdigados aquí y allá antes de ponerse a buscar.

Lo primero que registró fue la maleta, la cual yacía entreabierta en mitad del cuarto. Durante varios minutos se dedicó a hurgar entre el revoltijo de ropa que había amontonada dentro y fuera de ella, palpando cada prenda con cuidado. Luego se fue hacia el armario, pero tampoco allí encontró nada significativo.

«Tiene que haber algo», pensó vagando una mirada distraída a su alrededor. Un pasaporte, un carné de conducir... algún documento que le ayudara a averiguar la identidad de este hombre...

—¡¿Y dónde estará el dichoso muñeco?! —masculló con irritación.

Mientras se planteaba todo esto, sus ojos se posaron inadvertidamente en la Olivetti. Se acercó con curiosidad al escritorio. El contraste con el aspecto que presentaba aquel día que le llevó el desayuno a la habitación saltaba a la

vista. En aquella ocasión, la mesa había estado atiborrada de bártulos; ahora, en cambio, se encontraba totalmente vacía. «¿Dónde tendrá guardado lo que ha escrito?»

Esta vez no le costó dar con lo que buscaba. Abrió el segundo cajón del escritorio y allí, dentro de un sobre, vio un fajo de hojas dobladas por la mitad. Se apresuró a desplegarlas con manos temblorosas, murmurando las palabras para sus adentros a medida que las leía.

Todo empezó el día en que cumplí nueve años. Aquella mañana mi mamá se levantó temprano para felicitarme. Para entonces yo ya estaba despierto, excitadísimo, recreándome ante la expectativa del gran día que se avecinaba.

—¿Cómo está mi niño hoy?

Entró en mi habitación como un torbellino, cantando, y me rodeó entre sus brazos, besuqueándome por todas partes, como solía hacer.

Su desinterés fue creciendo conforme avanzaba en la lectura, por lo que empezó a escanear los párrafos por encima, saltándose trozos con impaciencia, sus ojos zigzagueando nerviosamente de un lado a otro de las hojas...

«Aquí no hay nada», pensó al cabo de un rato.

Pero justo cuando se disponía a meter los folios en el escritorio con mohín displicente, vio algo que le hizo pararse en seco, petrificado.

—Es Miguel. Te acuerdas de él, ¿verdad?

A partir de ahí ya no pudo quitar los ojos del texto. Devoró el resto a un ritmo trepidante, sin pausa, presa de un pánico creciente.

Cuando llegó a la parte en la que describía aquella conversación que mantuvieron Susana y él en el dormitorio hacía tantos años, tuvo que releerlo varias veces con gesto horrorizado.

—Pero, ¿y el bebé? ¿Qué vamos a hacer cuando nazca? ¿Cómo vamos a pagar las facturas, los gastos del médico...?

—Ya buscaremos la manera, Susi, no te preocupes. Si las cosas se ponen muy mal, pediré un préstamo, o venderé el barco. Siempre hay opciones.

«¡Así que oyó aquello! ¡No estaba dormido!».

Le hubiera gustado detenerse, olvidarse de todo y escapar, pero un instinto más fuerte que él le obligó a seguir leyendo hasta el final.

Cuando terminó, posó el fajo sobre el suelo con manos trémulas, su rostro demudado por el espanto.

—No puede ser —susurró meneando la cabeza—. No puede ser...

Las obvias implicaciones de lo que acababa de descubrir empezaban a asediar su cerebro en un tropel vertiginoso, con vida propia. De pronto, a su mente acudió la imagen de Nicolás. Le imaginaba dando brazadas desesperadas en medio del bamboleo de las olas, con la corriente caprichosa impeliendo su frágil cuerpecillo hacia la costa, acercándolo progresivamente a la suave arena de alguna playa... Y luego, en la orilla, desfallecido y aterido de frío, arrastrándose penosamente hacia el interior, metro a metro... *¿Era esto posible?*

Salió despavorido de la habitación, con las últimas palabras de lo que acababa de leer retumbándole en la sien.

...sus gestos tenían que haberme hecho sentir alivio, alegría, tranquilidad, pero sucedió justo lo contrario: me embargó de pronto un temor paralizante que me dejó sin habla. Que aún hoy me paraliza, y sigo sin atreverme a poner en palabras.

* * *

Hacía una noche lúgubre y fría, y en el aire flotaba una neblina espesa que lo cubría todo como un manto empalagoso. Cuando regresó al hostel, Rodrigo encontró el establecimiento sumido en la penumbra, sin rastro de vida, iluminado apenas por la exigua luz del fuego que crepitaba en el salón. Se detuvo un momento junto al mostrador de la recepción. ¿Se habrían retirado ya a la cama?

A unos pocos metros de allí, agazapado tras la puerta de la recepción, estaba Miguel, conteniendo la respiración hasta que oyó el sonido de la muleta alejarse en la distancia. Toc, toc, toc...

CAPÍTULO 19

Se despertó unas horas después. Tenía los párpados entumecidos, y un hilillo de saliva pegajosa le caía por la comisura del labio. Vagó una mirada soñolienta por los folios que había desperdigados sobre la mesa, demasiado amodorrado aún como para comprender lo que estaba viendo, ni por qué estaba ahí, durmiendo en la silla y no en la cama, ni lo que significaba ese golpeteo incesante que tronaba con percusión remota contra su puerta...

Pero no tardó en acordarse: se había despertado en mitad de la madrugada, angustiado. De pronto evocó todo el episodio con absoluta nitidez, como si lo estuviera reviviendo de nuevo: él escribiendo a ritmo frenético, excitadísimo, con el latido de sus pulsaciones reverberándole en la sien. «Claro, por eso estoy aquí», pensó. En ese momento, su atención se vio interrumpida por los cada vez más persistentes porrazos en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó al fin con irritación, pero no obtuvo respuesta.

Comprobó la hora, desconcertado. Luego se apresuró a apilar las hojas y las guardó con urgencia en el cajón.

—¡Voy! —gritó echando mano de su muleta.

Se incorporó dificultosamente, pues tenía el cuerpo agarrotado, y caminó intentando ignorar el dolor que le suponía cada movimiento. Al abrir, se halló cara a cara con Susana. Estaba en camisón, pálida, con el cabello enmarañado, y temblaba de pies a cabeza. Durante unos segundos ninguno dijo nada, se limitaron a mirarse en silencio.

—¡Sé quién eres! —soltó de súbito la mujer—. ¡Sé a qué has venido!

—Susana, ¡qué sorpresa!, ¿por qué no pasa...?

—No, no quiero pasar, y no me trates de usted... Solo quiero que confieses. ¡Dime la verdad!

—¿Qué verdad? No sé a qué se refiere...

—¡Lo sabes perfectamente! Deja de atormentarme, estás jugando conmigo.

Esto último lo dijo cubriéndose el rostro y meneando la cabeza con ademán desesperado.

—Susana, créame, no sé a qué viene esto...

Esta vez se acercó a ella y la acarició con delicadeza. El gesto hizo lo que las palabras no habían conseguido: de súbito, la mujer se derrumbó entre gemidos convulsos, prorrumpiendo en un clamor desgarrador.

* * *

Una vez que terminó de hacer el equipaje, se sentó en la cama a fumarse un cigarro. De tanto en tanto, mientras contemplaba el caracoleo del humo en su lánguida ascensión, dirigía una mirada pensativa hacia el montoncito de hojas apiladas sobre la mesa. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a salir de esta?...

La escena de un rato antes con Susana le había descolocado completamente. Sentía unas ganas terribles de desaparecer y desentenderse de toda esa maldita situación, pero sabía que no lo haría, era incapaz. «Pobre mujer», pensó. Estaba perdiendo la cabeza, se la veía fuera de sí, histérica. Aún podía escuchar el residuo lastimoso de sus gritos mientras le imploraba de rodillas:

—¡Por favor, tienes que creerme, fue un accidente, no me tortures más! Fue un accidente...

Los retazos de este drama seguían importunándole con una regularidad implacable, imposible de soslayar. Al principio intentó tranquilizarla, imponerse a esta tonadilla repetitiva con palabras de consuelo, pero no sirvió de nada. La mujer estaba como ida, sorda a todos sus ruegos, no oía nada de lo que decía. Rodrigo no pudo mantener la paciencia por más tiempo.

—¡Susana, por favor, basta ya, calla de una vez!

Tuvo que zarandearla con vehemencia para que reaccionara. Ella le miró en silencio, con los ojos abotargados aún por el llanto. En ese momento casi lo manda todo al carajo y lo suelta. Estuvo a punto de confesarle la verdad ahí mismo, sin cortapisas... por fortuna, su tentativa se convirtió en un balbuceo entrecortado que no llegó a acabar.

—¿Qué? —le preguntó ella confusa. Le pasó la mano por el cabello, enredándolo entre sus dedos—. Dime lo que está ocurriendo, por favor.

—Luego, Susana, te lo prometo.

¡Estúpido!, ¡lo había complicado todo! ¿Por qué tenía que ser tan bocazas?... Aunque, de todas formas, tampoco hubiera podido seguir

postergándolo indefinidamente. En algún momento hubiera tenido que contárselo, no había alternativa... Ahora solo le quedaba decidir cómo, cuál sería la mejor manera de hacerlo.

Tras ponderarlo un rato, resolvió que se lo diría por escrito; sería incapaz de explicárselo verbalmente.

Suspiró con resignación y, sacando el boli del bolsillo de la chaqueta, comenzó a escribir el mensaje que había estado concertando en su cabeza los últimos minutos. Lo escribió del tirón, sin titubear ni rectificar una sola coma. Al concluir la corta misiva, la leyó un par de veces para sus adentros para cerciorarse de que no había omitido nada y, satisfecho, la metió en un sobre junto al resto de las hojas.

Un rato después, en la recepción, Miguel le saludó con su habitual desparpajo.

—¿Qué tal ha dormido hoy? —Le apretó la mano con efusividad, dándole una palmada amigable en el hombro.

—Bien, bien.

—¿Y eso? —dijo reparando por primera vez en el equipaje—. ¿No nos irá a dejar?

—Sí, creo que ya he alargado mi estancia demasiado —repuso sonriendo.

Pagó con su tarjeta visa. Tras repasar con él los detalles de la factura, Miguel se ofreció a acompañarle hasta el exterior.

—Antes me gustaría decir adiós a su esposa.

—Por supuesto, está en el comedor, preparando el desayuno... Déjeme las llaves de su coche para que le vaya metiendo las maletas mientras se despide.

En cuanto se percató de su presencia, la mujer interrumpió la conversación que mantenía con unos huéspedes.

—Voy a marcharme, Susana —espetó Rodrigo adelantándose al amago de saludo de ella.

—¿Cómo?! —Su voz sonó asustada, un susurro imperceptible—. No... no lo entiendo, pero si antes me has dicho que...

—Sí, lo sé, lo sé —se apresuró a decir llevándosela con discreción hacia una esquina—. Escúchame, necesito irme, hay algo que tengo que hacer, pero será por poco tiempo, unos días a lo sumo —musitó entre dientes—. Luego volveré, te lo prometo.

Pese a conservar aún la expresión asustadiza, aquello pareció tranquilizar a la mujer, que le miraba ahora atenta, expectante.

—Antes, en la habitación, quise decirte algo, pero no fui capaz —continuó explicando. Hizo una breve pausa como para calibrar la reacción que estaban ejerciendo sus palabras—. Todo lo que iba a decirte está aquí, Susana. He preferido escribirlo...

—¿Escribirlo? Pero... ¿por qué? ¿No puedes decírmelo ahora? ¿Es que no confías en mí?

—Claro que confío en ti, Susana. Ahora sí —la atajó mirándola con inquietud. Dudó un instante antes de continuar—. Debo pedirte un favor.

La mujer asintió, nerviosa. Tenía toda su atención puesta en el sobre que el otro sujetaba en la mano.

—Sí, sí, lo que sea.

—Quiero que no estés sola cuando lo abras. Lo leeremos los dos juntos, cuando regrese.

—Vale, de acuerdo, pero ¿por qué no puedes contármelo ahora?

—Necesito tiempo, Susana, unos días. Prométemelo —dijo tendiéndole el sobre.

—Está bien, pero solo si me respondes a algo antes. —Ella esperó a que asintiera para añadir—: Quiero que me digas que me has perdonado. Solo eso.

—No lo entiendes, eres tú la que tiene que...

—Por favor, te lo pido, no sigas jugando conmigo, por favor...

Rodrigo suspiró con resignación.

—Te he perdonado, sí.

Cuando se despidió, Rodrigo se dirigió hacia su coche acompañado por Miguel. Hacía una mañana cerrada, de nubes bajas que envolvían el paisaje bajo un manto grisáceo y melancólico. Las fuertes lluvias de la noche anterior habían anegado tramos enteros del jardín, dificultando el acceso al *parking*, por lo que tuvieron que sortear las innumerables charcas que salpicaban la vereda hasta alcanzar su vehículo.

Una vez allí, se despidieron con un fuerte apretón de manos.

—Ha sido un placer tenerle aquí. Espero que haya disfrutado de su estancia —dijo Miguel—. Conduzca con cuidado. Que tenga un buen viaje

—Gracias —repuso el otro acomodándose en el asiento y poniéndose el cinturón.

Pero cuando giró la llave en el contacto, el motor murió en un ronroneo afónico. Ni siquiera llegó a arrancar.

* * *

Un rato después de que se marchara, mientras servía el desayuno a los últimos huéspedes, Susana seguía rumiando las enigmáticas palabras de Rodrigo. ¿Qué habría querido decir? ¿Qué significaría todo aquello? Intentó imaginar algún sentido, cualquier cosa que le ayudara a atemperar la intriga que la consumía, pero no se le ocurrió nada. De tanto en tanto palpaba maquinalmente el sobre que había metido en el bolsillo de su delantal, como para cerciorarse de que seguía ahí. Saber que en esas páginas se hallaba la respuesta a sus preguntas intensificaba la tortura hasta un límite insufrible. Se moría por estar a solas y poder leerlas con tranquilidad, sin que nadie le importunara, pero el anhelo convivía con esa zozobra que nos oprime cuando contravenimos a nuestra conciencia. No, no debía hacerlo, se lo había prometido.

Media hora después, tras terminar de recoger el comedor, seguía con el mismo dilema. Se fue directa a su habitación, se cerró con llave y depositó el sobre encima de la cama con mucho cuidado, como si se tratara de algo frágil.

Lo contempló durante varios minutos, en silencio, con recelo, como el que vigila a un animal peligroso cuya embestida cree inminente, debatiéndose entre la morbosa curiosidad y el compromiso, planteándose las preguntas que le habían estado martilleando en la cabeza desde que habló con él, cada vez más aprensiva, más intimidada... hasta que la tensión se le hizo insoportable y ya no pudo más. De súbito, cediendo a un impulso repentino, lo cogió con ademán impetuoso, lo rasgó de un tirón y, extrayendo las hojas, se puso a leer.

* * *

—Se ha quedado sin batería —dedujo Miguel después de varios intentos fallidos de arrancar el vehículo—. Va a tener que llamar a la grúa.

Rodrigo asintió frustrado, dándose por vencido.

—Menuda faena. ¿Cuánto cree que me costará la broma?

—No creo que sea barato —respondió Miguel meneando la cabeza con aire comprensivo—. De todas formas, si quiere puedo acercarle a un taller a comprar una de repuesto.

—No, no se moleste, seguro que tiene cosas que hacer.

—¡No es molestia, hombre! Venga, monte en mi coche, que le llevo. — Rodrigo no parecía muy convencido, por lo que el otro insistió—. De veras, no hay problema —Y como para atajar sus reservas, en un tono más asertivo, añadió—: Hay un taller a las afueras de San Vicente, no se tarda nada.

* * *

Aquel sábado en Santoña amaneció radiante, sin nubes. Entramos a desayunar a una cafetería del puerto, frente al muelle, muy cerca del lugar en el que descansaba amarrada la embarcación en la que nos disponíamos a zarpar.

Llevaba anticipando esta salida durante días. Recuerdo lo excitado que me sentía ante la expectativa de navegar. A cada rato, y a pesar de las constantes amonestaciones de mamá, me levantaba de la silla y me acercaba corriendo hasta la ventana para asegurarme de que el barco no hubiera partido sin nosotros.

—Nico, siéntate y termínate el desayuno de una vez —me regañaba ella riendo por lo bajo—. El barco no se va a mover, cariño, no te preocupes.

Hacía ya tiempo que mamá había superado el bache emocional de unos meses antes. Se la veía serena y llena de vida, como siempre había sido. Este cambio se debía en gran parte a mi inesperado restablecimiento, gracias a un nuevo tratamiento que les recomendó el doctor Agustín. Se trataba de algo nuevo, una terapia revolucionaria que todavía se encontraba en fase de experimentación, con lo cual, había sus riesgos —no podían descartarse algunos efectos adversos—, y además era larga y costosa, nadie podía asegurar hasta cuándo se prolongaría. Sin embargo, a esas alturas mis padres estaban tan desesperados que no dudaron en aceptar. Era la única esperanza que les quedaba.

Aquello me salvó; fue un milagro, sin duda. Al cabo de unas pocas semanas volvía a tener un aspecto sano y vigoroso, mi vida volvía a ser casi normal. Para mamá fue una bendición caída del cielo. Se la veía extática, no cabía en sí de contenta. Solía comentar que el día que decidieron dar aquel paso había vuelto a nacer, que para ella era como un segundo cumpleaños.

Cada vez que decía esto, me venían a la memoria los detalles de aquella noche en la que entreoí la conversación entre mis padres en la alcoba, y me

acordaba también de los sombríos nubarrones que emponzoñaron mi ánimo en los días sucesivos, llenándome de oscuras aprensiones. Aún entonces, meses después, aquel lamentable episodio seguía haciéndome sonrojar de vergüenza. En ocasiones, cuando por algún casual me asaltaba inadvertidamente algún destello del incidente, lo desterraba de mi pensamiento con premura, como asqueado de mí mismo. ¿Cómo podía haber llegado a albergar aquellas sospechas sobre mi propia madre? ¿Qué clase de locura se apoderó de mí durante aquellas semanas? Creer que ella, de todas las personas del mundo, quisiera hacerme daño, se me antojaba ahora la cosa más absurda. Me parecía un mal sueño, una pesadilla que me hubiera gustado olvidar para siempre... En cualquier caso, era cosa del pasado. Había sido un desvarío transitorio, nada más.

* * *

—Bueno... ¿y qué le ha hecho tomar esta decisión tan repentina? —preguntó Miguel con aire casual tras un largo silencio.

Hacía unos minutos que habían salido del Torre del Milano y conducían ahora por la carretera de la costa, hacia San Vicente de la Barquera. A su vera, desde la playa, les llegaba el bramido de las olas rompiendo contra los acantilados del litoral. Fuera, el tiempo se volvía más desapacible por momentos, con intensas ráfagas de viento que les hacía dar bandazos de un lado a otro de la carretera y densos nubarrones que se arremolinaban sobre ellos amenazando con descargar en cualquier momento.

Lo inesperado de la pregunta hizo que Rodrigo dejara de mirar por la ventanilla.

—¿A qué se refiere? —repuso volviéndose al hotelero extrañado.

—A su partida... ¿Lo ha decidido así, de la noche a la mañana?

—Algún día tenía que volver a casa, ¿no? —Esbozó una sonrisa resignada—. No podía quedarme a vivir aquí para siempre.

—¿Tiene algo que ver con lo que está escribiendo?... ¿Es porque ya ha terminado?

—Sí —respondió seco, y volvió a mirar de nuevo por la ventanilla con gesto serio.

* * *

Pese al buen tiempo, el mar se mostraba inquieto, como a la espera de que algo, algún acontecimiento inminente, lo sacara de su letargo. Soplaban una brisa suave que agitaba las aguas como una caricia, sembrando su monótona superficie de infinidad de reverberaciones y crestas de espuma blanca. La embarcación las surcaba con lentitud, bamboleándose con el vaivén del suave oleaje.

Permanecí todo el rato en la cubierta, como solía hacer, encaramado a la barandilla, admirando la estela que dibujaba el barco a su paso. Podía tirarme horas así, embelesado, sin moverme, simplemente contemplando la belleza del paisaje que se desplegaba a mí alrededor.

Detrás de mí, mamá y papá se abrazaban como dos tórtolos enamorados. Hacía fresco y la brisa arreciaba por momentos, por lo que éramos los únicos pasajeros en esa sección de la cubierta, el resto se había retirado al interior.

A veces, cuando alguna racha de agua sacudía el barco con un poco más de fuerza, papá se acercaba con gesto intranquilo.

—No te subas tanto a la barandilla, Nico, ten cuidado —me advertía cogiéndome del brazo.

Miguel podía ser algo miedoso en situaciones como aquella, siempre se alarmaba con facilidad —a diferencia de mamá, que solía reírse de él, acusándole de ser un timorato—.

—Déjale al chiquillo que juegue —le decía—. Como sigas así, le vas a acabar convirtiendo en un miedica.

Pero por más que se lo repetía, papá seguía en sus trece.

—Nico, por favor, bájate ya.

Aquel día en el barco estuvo particularmente pesado, todo el rato encima de mí, sujetándome a la más leve sacudida. Tanto es así que al final mamá acabó por perder la paciencia.

—¡Déjale ya en paz, Miguel! —le amonestó irritada—. ¡No le dejas ni respirar al pobre chiquillo!

—Pero mujer, ¿no ves que se está subiendo demasiado alto...?

—¡Mira que eres exagerado! Estamos aquí mismo, ¿qué le va a pasar? Anda, ven, no saques las cosas de quicio.

A partir de ahí Miguel se abstuvo de decir nada para no soliviantar más a mamá, pero por su azoramiento se veía que lo estaba pasando fatal. Al cabo

de un rato, advirtiendo su intranquilidad, ella propuso entrar dentro a tomar un café.

—¿Y dejar al niño solo aquí, Susi?! ¡Estás loca!

—Venga, cariño, solo serán unos minutos —dijo agitando la mano en el aire como para quitarle importancia—. Nico no se va a mover de aquí, ¿verdad, mi amor?

—Pero...

—Solo es un café, Miguel, por Dios... Como sigas aquí un segundo más te va a dar un síncope, estás cardíaco...

Papá acabó accediendo a regañadientes, aunque no sin antes obligarme a prometerle cinco o seis veces que no me movería de la barandilla.

* * *

—¿Le importa si le hago una pregunta?

Esta vez Rodrigo se volvió despacio, con gesto remiso, como si le molestara la interrupción.

—No, claro —repuso poniendo cara de circunstancias.

—Verá, estoy preocupado por mi mujer, ya conoce el motivo. Quería saber cómo se ha tomado la noticia de su partida, si le ha dicho algo.

Rodrigo se tomó su tiempo antes de responder. Fuera había empezado a lloviznar. Desde la distancia, a intervalos cada vez más regulares, les llegaba el tronar de la tormenta que se avecinaba, alumbrando los grisáceos nubarrones con una serie de relampagueos fulgurantes.

—Su mujer está convencida de que yo soy su hijo —dijo al fin. Se expresaba ahora con lentitud deliberada, empleando un tono acorde con la gravedad del mensaje que estaba transmitiendo—. Antes de marcharme me ha hecho prometerle que la había perdonado.

El rostro de Miguel se contrajo en una mueca de crispación.

—¿Que le ha dicho qué? —exclamó volviéndose hacia él con un movimiento abrupto, clavándole la mirada—. ¿Cuáles han sido sus palabras textuales?

—Eso, lo que le acabo de decir. Cree que soy su hijo Nicolás, se ha disculpado por lo que me hizo.

* * *

¿Te has sentido alguna vez vigilado sin ser capaz de precisar de dónde procede la extraña sensación, ni a qué atribuirlo? Es bastante habitual, ¿verdad? Casi todos hemos tenido alguna vez esa sensación. Vas caminando por una calle desierta y, de súbito, una voz interna te grita que hay alguien detrás de ti, acechándote, pero cuando te das la vuelta no ves nada que justifique ese inexplicable presentimiento.

Fue lo que me ocurrió aquella mañana. Empezó poco después de que mis padres se marcharan, mientras disfrutaba de las espectaculares vistas desde la cubierta del barco. Al principio no le di importancia, creyendo que serían imaginaciones mías, pero conforme pasaron los minutos se fue apoderando de mí una oscura aprensión que empezó a inquietarme.

—¿Quién anda ahí?

Lo pregunté varias veces, pero no obtuve respuesta, así que decidí irme de allí.

Fue entonces, mientras me bajaba de la barandilla, cuando descubrí que mi corazonada no había sido fruto de mi imaginación. Efectivamente, había habido alguien ahí todo el rato.

* * *

—¿Y qué le ha respondido usted? —preguntó tratando de recobrar la compostura. Pese a todo, el temblor de su voz delató el nerviosismo que intentaba reprimir.

—Le he seguido el juego, claro. Me he hecho pasar por su hijo, y le he dicho que la perdonaba.

—¿Que la perdonaba?!

Por el tono se vio que no era una pregunta, más bien expresaba su incredulidad en voz alta, pero Rodrigo no pareció darse cuenta.

—Sí —repuso con cierta contundencia—. He tenido que mentir para tranquilizarla. ¿Qué otra cosa podía hacer?

* * *

—¿A dónde vas tan corriendo, Nico?

—¡Papá! —grité asustado. Tuve que frenar en seco para no chocar contra él—. ¿De dónde sales?

—Quería ver cómo estabas, me tenías preocupado... Ven, acompáñame. — Antes de que me diera tiempo a decir nada, ya me había cogido la mano—. Así que ¿a dónde ibas tan aprisa?... Parecías agitado.

—No lo sé, me ha entrado miedo —murmuré sintiendo un ligero rubor. Fuimos andando juntos hasta la barandilla.

—Vaya... ¿Y por qué tenías miedo? ¿Te ha pasado algo?

—No... Es solo que... Creía que alguien me espiaba —admití con cierta vacilación.

Aquello le hizo gracia. Me revolvió afectuosamente el cabello.

—Qué cosas tienes, Nico. ¿Quién iba a querer espiarte?

Creo que fue en ese instante cuando me percaté de lo extraño que resultaba su comportamiento. Percibía algo distinto en él, alguna peculiaridad que me chirriaba y no lograba concretar. Durante los siguientes segundos, mientras me hablaba, aproveché para examinarle de soslayo, con disimulo. No paraba de echar ojeadas a su alrededor, como para cerciorarse de algo, y se le veía tenso, vigilante. Era obvio que algo le inquietaba.

—¿Te ocurre algo, papá?

Aquella pregunta pareció sorprenderle.

—No, Nico, ¿qué me va a pasar? —Volvió a esbozar una sonrisa, pero solo sirvió para hacer aún más patente su intranquilidad—. ¿Por qué lo dices?

—¿Y mamá? ¿Cómo es que no está contigo?

—Ahora viene, ha ido al baño. —Y según lo decía, antes de que supiera lo que estaba pasando, me aupó hasta posarme sobre la barandilla—. Desde aquí puedes disfrutar mejor de las vistas, ¿verdad, chaval? ¿No es esto lo que llevas queriendo hacer toda la mañana?

En ese momento me entró el pánico, quise ponerme a chillar. ¿Qué estaba haciendo papá? ¡Se había vuelto loco! Me hallaba en lo más alto de la barandilla, con medio cuerpo suspendido sobre el agua...

Ocurrió cuando me di la vuelta, y vi sus lágrimas. Fue en ese momento cuando supe que el zumbido premonitorio que había estado runroneando en mi interior en el último rato no era fruto de mi paranoia.

—¿Por qué lloras, papá?

* * *

—¿Y qué es lo que tenía que perdonarle? —preguntó al cabo de unos segundos Miguel—. ¿Se lo ha llegado a decir?

—No, pero no hacía falta, me lo explicó usted mismo el otro día. Se siente culpable por lo que pasó, ¿no es eso?

Durante el último rato, mientras Miguel conducía sin apartar los ojos de la carretera, Rodrigo le había estado clavando una mirada torva, cargada de hostilidad.

—Sí, claro —contestó aquel afectando un aire de despiste—. Pobre Susana, no lo va a superar nunca.

—Pero lo más trágico de todo es que no debería sentirse así, ¿verdad, Miguel? —De pronto, el tono de Rodrigo sonó distinto, duro, con una nota desafiante en su voz—. Ella no tuvo nada que ver con lo que sucedió. Los dos lo sabemos.

Dicen que hay veces en que los silencios son más elocuentes que las palabras. La pausa que siguió a ese último comentario fue de esos. Un silencio pesado, asfixiante, cargado de esa tensión latente que augura la peor de las tempestades.

—Hola, Nicolás —repuso Miguel. Un abatimiento profundo se asomó de pronto a su rostro, cargándolo de tristeza—. Por fin te descubres.

—¿Por qué lo hiciste, Miguel?

Pero el interpelado siguió hablando como si no hubiera oído la pregunta.

—He de reconocer que me has sorprendido, no esperaba que fueras a admitírmelo a la cara... Lo que no entiendo es por qué has tardado tanto tiempo en volver. Todos estos años esperando... ¿por qué?

—¡No! ¡Respóndeme tú! —le atajó Rodrigo a viva voz—. ¡Dime por qué lo hiciste!

Esta vez su grito surtió efecto inmediato en Miguel, que se estremeció ligeramente.

—Fue por tu tratamiento, Nico. Nos estaba arruinando —se defendió sin demasiada convicción. Esbozó una sonrisa amarga—. Intenta ponerte en mi lugar. No sabía cuántos años iba a tener que seguir pagándolo, y tu madre estaba embarazada. No podía dejar que mi hijo...

No llegó a terminar la frase, se limitó a menear la cabeza con pesadumbre, dando a entender que había estado a punto de salir de sus labios.

—¡Así que fue por eso! —rugió Rodrigo con asco—. ¡Por el sucio y mezquino dinero!

—¿Crees que no sé que obré mal, Nico? —se lamentó con voz llorosa—. Cometí un error, lo sé, nunca debí haberlo hecho, y te juro que no ha pasado ni un solo día en que no me arrepienta de ello. Todos estos años han sido un tormento horrible para mí...

—¡No me hagas reír con esta basura lacrimosa! Los dos sabemos que eres un asesino.

—No, Nico, tienes que creerme, te digo la verdad —balbuceó entre gemidos entrecortados—. Yo era,..., era un hombre desesperado, no sabía lo que hacía.

—¡Eres una sabandija despreciable, eso es lo que eres! ¡Un hijo de puta sin escrúpulos!

—Nico, por favor, escúchame un momento, solo un momento...

—¡¿Escucharte?!... ¡Cómo te atreves siquiera a sugerirlo!... ¿Crees que me vas a dar pena?, ¿que me voy a compadecer de ti?

—¿Y qué vas a hacer entonces, Nico? ¿Cómo podemos solucionar esto?

—¿Que qué voy a hacer?... ¿Qué crees que se puede hacer con los criminales como tú? ¡Vas a pagar por lo que hiciste, cabrón!

—Eso no puedo permitirlo, Nico. No voy a pudrirme en la cárcel...

—¿Ah, no? ¿Y qué piensas hacer para impedirlo, eh?, ¿qué?

Iba a gritar algo más, pero justo en ese instante sintió un acelerón brusco que le impelió hacia atrás, obligándole a aferrarse al asiento, y casi de seguido, notó que la mano de Miguel bajaba hasta el gancho de su cinturón de seguridad y lo desprendía de un movimiento rápido.

Estas fueron las últimas sensaciones que registró antes de que el coche embistiera brutalmente contra un árbol de la cuneta y perdiera la conciencia para siempre. Segundos después de salir despedido por el parabrisas, exhaló el que sería su aliento definitivo, un gemido agonizante entre convulsiones espantosas, con el cuerpo convertido en una masa informe y sanguinolenta.

* * *

Poco después de que papá se fuera, vi a mamá salir a la cubierta. Cuando comprobó que yo no estaba donde me había dejado, empezó a correr por toda la cubierta, asustadísima, gritando mi nombre: ¡Nicolás!, ¡Nicolás!, ¡Nicolás!

Pobre mamá. Me hubiera gustado estar ahí para confortarla, o tener al menos la oportunidad de despedirme de ella por última vez, pero ya era tarde

para eso. Para entonces hacía unos minutos que mi cuerpo sin vida vagaba a la deriva entre las olas. Pronto descansaría en las negras profundidades del océano para siempre.

Leer todo esto sin desfallecer supuso para Susana un reto insufrible. Escaneó el texto entero a ritmo vertiginoso, sin hacer una sola pausa para no sucumbir a la increíble desazón que la carcomía por dentro conforme avanzaba en la lectura. Para cuando llegó a esas últimas palabras, su rostro era un crisol del hervidero de emociones que la embargaban: una mezcla de espanto, de rabia, de añoranza, todas corroyéndole al mismo tiempo. Las leyó a duras penas, con la mano sobre la boca para sofocar el grito que pugnaba por salir de sus entrañas.

Desvió su mirada llorosa hacia la hoja que había dejado sobre la cama, la única que le faltaba por leer. La contempló varios segundos en silencio, con pavor. En ella se hallaba el colofón de toda esa odiosa tragedia que había puesto su vida patas arriba, lo presentía, y no se sentía con fuerzas para continuar. Cuando por fin se decidió a leerla, lo hizo con la resignación del que sabe que no tiene alternativa, en actitud de profundo desconsuelo, las lágrimas cayendo libremente por sus mejillas.

Querida Susana:

El que ha escrito estas palabras no soy yo, sino su hijo Nicolás. Sé que le resultará imposible de creer, pero su espíritu vive aquí, en esa habitación; ha estado ahí desde que le asesinaron. Durante todos estos días se ha estado comunicando conmigo, mientras dormía. Al principio pensé que se trataba solo de un sueño, hasta que vi su foto. Entonces comprendí la verdad: aquel niño de la fotografía era el mismo que se me aparecía en sueños, su hijo Nicolás. Empecé a sospechar que había tenido un desenlace trágico, y que por eso se estaba comunicando conmigo: quería que yo supiera lo que le había pasado...

Debo admitir que durante un tiempo sospeché de usted, Susana, pues todo lo que me contaba su hijo parecía incriminarla, por eso he tardado tanto en hacerle esta confesión. Ahora sé que me equivocaba. Lo que acaba de leer el testimonio de Nicolás, de lo que sucedió realmente aquel día en el barco.

* * *

Transcurrieron varios minutos antes de que Miguel recobrarla la conciencia. Sintió un fuerte dolor en el pecho que le hizo contraer el rostro con gesto agónico, y un gemido sordo se escapó de sus labios... Permaneció inmóvil, con la cabeza apoyada sobre el airbag, demasiado aturdido aún para moverse. Cuando se sintió algo más despabilado, hizo un esfuerzo por incorporarse y salir del vehículo. Tuvo que golpear la puerta con todo el peso de su cuerpo varias veces antes que esta cediera por fin a sus repetidas embestidas. Cuando lo logró, se dejó caer al suelo y se arrastró con dificultad hasta el árbol contra el que habían colisionado. Ahí, junto a la cuneta, yacía el cuerpo ensangrentado de Rodrigo; estaba boca abajo, parcialmente cubierto por la maleza. Al darle la vuelta y ver lo desfigurado que había quedado su rostro, se apartó instintivamente con gesto asqueado... Pero no era momento para remilgos, sabía que tenía que sobreponerse, el tiempo apremiaba.

Haciendo de tripas corazón, se forzó a mirar a Rodrigo de nuevo. Le puso dos dedos en el cuello para tomarle el pulso y se acercó a su boca para asegurarse de que no respiraba. Cuando se hubo cerciorado de que estaba muerto, cogió las hojas que había extraído de su maleta un rato antes.

Las prendió con su mechero por una esquina y contempló cómo el fuego avanzaba por su superficie hasta que fueron consumidas totalmente por las llamas. Solo entonces respiró aliviado.

CAPÍTULO 20

Miguel pasó una semana entera postrado en una cama de hospital. En realidad tuvo suerte. A diferencia de Rodrigo, sus secuelas del siniestro fueron relativamente leves, sobre todo teniendo en cuenta la violencia del impacto que habían sufrido. Se saldó con una pierna rota, el hombro derecho dislocado, varias costillas fracturadas y numerosas contusiones por todo el cuerpo y en la cara.

Durante el tiempo que pasó ingresado, Susana estuvo volcada en su marido día y noche, no le dejaba ni un instante. A veces Miguel la reprendía por ello y le pedía que se marchara a casa, que descansara. No hacía falta que estuviera todo el rato con él en el hospital. Pero ella siempre rechazaba sus ruegos con aspavientos.

—Que no, Miguel, no insistas, me voy a quedar aquí contigo —le atajaba con resolución.

—Sé razonable, cariño, por favor —le decía muy serio, exhibiendo una firmeza poco habitual en él—. El hotel está desatendido...

—Te he dicho que se están encargando Pilar y Diego, no hay de qué preocuparse.

Pilar y Diego eran el matrimonio al que solían llamar para quedarse al frente del negocio cada vez que se ausentaban durante las vacaciones o les surgía algún imprevisto.

—¿Y Jaime, qué? —insistía Miguel—. Sabes que no puede quedarse tanto tiempo en casa de tu hermano.

¿Para qué negarlo? La idea de que su hijo estuviera con el abominable cuñado le reventaba. Al principio, cuando Susana se lo comunicó, reaccionó con indignación —«¿Cómo has podido dejarle con él?! ¡No lo entiendo! ¿Ahora resulta que has hecho las paces con tu hermano?»—, a lo que ella le respondió con evasivas, prometiéndole que ya se lo explicaría más adelante,

que era largo de contar. De modo que Miguel había decidido armarse de valor y dejarlo estar por el momento.

—¡Y dale! —replicó Susana irritada—. Hablo con Jaime todos los días por teléfono. Y mi hermano está contentísimo de tenerle en casa, así que déjalo ya, no seas pesado.

Secretamente, y pese a su aparente contrariedad, Miguel estaba encantado con la situación. En el fondo le gustaba que Susana pudiera cuidarle en el hospital. Le sorprendía el cambio que se había dado en ella desde el accidente. Parecía otra, hacía años que no se mostraba así de cordial y afectuosa con él.

Un día, mientras le cortaba el filete en trocitos, se sintió tan conmovido por el gesto, que casi se puso a llorar.

—Eres la mejor mujer del mundo —le declaró con voz quebrada—. Me alegro mucho de que seas mi esposa, no te merezco.

Ella sonrió emocionada.

—Yo sí que no te merezco —repuso mirándole con ternura—. Por segunda vez en mi vida, se me han abierto los ojos. Verte otra vez en el hospital me ha hecho darme cuenta de lo afortunada que he sido de tenerte a mi lado todo este tiempo.

—¡Tonterías! —la atajó él—. Soy yo el afortunado...

—No me interrumpas, Miguel, siempre haces lo mismo —le amonestó con aire jocoso—. Siempre has sido un bastión para mí, no hubiera podido superar lo de Nicolás sin tu apoyo, y estoy agradecidísima por ello. Me he prometido a mí misma que, de ahora en adelante, las cosas van a cambiar. Voy a portarme mejor contigo.

Esta fue la tónica general de su estancia en el hospital. Durante esos días no hubo ningún incidente, ni una sola palabra malsonante o fuera de tono... nada que turbara el buen ambiente entre su mujer y él. Lo cierto es que hacía mucho que no disfrutaba tanto de su compañía. Lo único que le inquietó un poco fue que Susana no aludiera en ningún momento al accidente; ni siquiera para interesarse por cómo había ocurrido. Al principio no le dio demasiada importancia; supuso que no querría disgustarle mientras estuviera convaleciente, esperaría al momento adecuado para plantear un tema tan desagradable. Sin embargo, un día que salió el tema por casualidad —fue él mismo quien lo sacó sin querer—, la reacción de su mujer le dejó un tanto preocupado.

—¿Qué te pasa, Susi? —dijo al advertir el relampagueo de crispación que cruzó fugazmente por sus ojos.

—Nada, cariño, nada —se apresuró a contestar forzando una sonrisa—. Solo que prefiero no hablar de eso todavía. —Y poniéndole la mano entre las suyas, la apretó con ternura—. No te importa, ¿verdad?

—No, claro que no, ¿por qué me iba a importar?

Mintió, naturalmente —¿qué iba a hacer si no?—, pero a partir de entonces Miguel no pudo quitárselo de la cabeza. «¿Por qué no quiere hablar de ello? ¿A qué viene esta reticencia?», se cuestionaba desconcertado.

Curiosamente, fue al hacerse estas preguntas cuando se acordó de lo que le había dicho Rodrigo durante el trayecto en coche, justo antes de la colisión: que Susana estaba convencida de que él era Nicolás.

Aquel recuerdo despertó enseguida su aprensión. ¡Dios mío! —pensó comprendiendo las aciagas implicaciones que conllevaba semejante posibilidad—. Eso significaría que en su fuero interno Susi me considera responsable de lo ocurrido». ¿Y si fuera así? ¿Y si la atención con que le cuidaba no fuera más que una pantomima para esconder sus verdaderos sentimientos? ¿Y si en el fondo le odiara? Parecía imposible de creer viniendo de una persona como Susana. No era propio de ella comportarse de un modo tan calculador, ni la veía capaz de disimular una emoción tan vehemente, ¿pero cómo podía estar seguro?

Pasó el par de días siguientes sumido en un mar de dudas, incapaz de conjurar su recelo. Cada vez que hablaba con ella, se dedicaba a estudiar cuidadosamente cada uno de sus gestos y palabras en busca de algún indicio que confirmara su temor —una mueca inusual quizá, o un ligero temblor... cualquier peculiaridad que se saliera de lo normal—, pero no vio nada significativo.

Al fin, tras muchos quebraderos de cabeza, tomó una resolución: iba a tener que mencionar a Rodrigo para ver cómo reaccionaba, aun a riesgo de soliviantarla.

Pero se ahorró el idear cómo, porque fue ella misma quien acabó sacando el asunto a colación. Ocurrió cuando vino la Policía a tomarle declaración sobre el accidente. Mientras los agentes le interrogaban sobre los detalles del siniestro, Susana se mantuvo apartada, sin decir una palabra. Luego, cuando estos se marcharon y les dejaron solos, Miguel la notó pensativa, sin muchas ganas de entablar conversación, por lo que guardó silencio.

Fue entonces, mientras ojeaba una revista, cuando lo soltó.

—¿Y de qué estuvisteis hablando Rodrigo y tú en el coche?

La inesperada pregunta le descolocó un poco.

—Bueno, estuvimos hablando de esto, de aquello... de ti... —murmuró con cierta incomodidad—. Rodrigo me dijo que estabas convencida de que él era Nicolás.

—¿Eso te dijo?

Susana seguía sin levantar los ojos de la revista. Miguel la observó, intentando atisbar algún signo de nerviosismo o artificiosidad tras su porte casual, pero no vio nada.

—Sí. —Y al cabo de un rato, viendo que no reaccionaba, añadió—: ¿Qué? ¿No es verdad?

—No, claro que no es verdad, Miguel, qué cosas tienes... No sé por qué ese hombre diría algo así...

Aquellas palabras, dichas en aquel tono templado y carente de inflexión, tuvieron su efecto sobre el marido. De súbito, toda la emoción contenida de los últimos días afloró a la superficie.

—¡Júramelo, mi amor!, ¡prométeme que no es cierto! —exigió cogiendo la mano a su mujer con angustia.

Su repentina exaltación pareció hacerla gracia.

—No sé cómo quieres que te lo diga, cariño —repuso regocijándose—. De veras que no le dije nada de eso, ¿acaso no me crees?

Aquella conversación ayudó a Miguel a recobrar la ansiada tranquilidad. Se prometió que nunca más volvería a dudar de su mujer, y que iba a olvidar todo aquel lamentable asunto para siempre.

El martes siguiente le dieron el alta. Se sentía pletórico, feliz de poder salir del ambiente claustrofóbico del hospital, por lo que estuvo bromeando, canturreando y haciendo carantoñas a su mujer todo el rato mientras esta conducía hacia Torre del Milano.

—Cariño, deja de hacer tonterías, nos vamos a estrellar —le regañaba ella con fingida irritación.

En el vestíbulo del hotel les recibieron Pilar y Diego. Les preguntaron cómo había ido todo durante su ausencia y, tras pagarles el dinero que les debían, se despidieron de ellos.

—¡Por fin en casa! —suspiró Miguel apoltronándose en el sillón.

—Tú siéntate aquí y relájate, ¿eh?, ya me encargo yo de todo —dijo Susana

ayudándole a quitarse la chaqueta—. Lee el periódico mientras yo te preparo un buen desayuno.

Miguel le hizo caso. Desde el salón podía oír el trajín de Susana en la cocina —abriendo y cerrando cajones, preparando el café, poniendo tazas y cubiertos sobre la mesa...—. No tardó en llegarle un delicioso aroma a pan tostado y café recién hecho que le hizo la boca agua.

En la radio sonaba una canción de Burning que hacía muchísimo que no oía: “Dan las seis, sintonizo a los Stones, recuerdos de pelo largo...”. Cerró los ojos e interrumpió la lectura para saborear el momento, dejándose llevar por el hervidero de recuerdos que liberaba la música: sus años de universidad, las juergas, los primeros escauceos con las chicas...

«¡Ah, qué tiempos aquellos!», pensó para sus adentros. Pero justo cuando empezaba a tararear la melodía y a mover la cabeza al compás de la música, su canturreo cesó abruptamente.

El primer impacto fue fortísimo; un golpe seco que le derribó de la butaca y le hizo darse de bruces contra el suelo. Lo primero que pensó mientras se llevaba la mano a la nuca dolorida fue que el techo se había desplomado sobre su cabeza, pero antes de que pudiera volverse para comprobar qué diablos había ocurrido, recibió un segundo golpe igual de contundente, esta vez en la espalda. Y a ese siguió otro. Y luego otro, y otro, y otro... todos en cortísima sucesión. Golpes propinados con una violencia inusitada y por todo su cuerpo, sin hacer distinción entre cabeza, piernas, espalda o abdomen.

La brutal paliza concluyó tan súbitamente como había empezado. Durante varios segundos, Miguel se quedó encogido en el suelo como un ovillo, retorciéndose y gritando de dolor... Pero, pese a estar a punto de desfallecer por el espantoso sufrimiento, una parte de su cerebro fue capaz de registrar otra sensación: algo líquido que empezaba a correrle por la cara, por el pelo, por la ropa, impregnándolo todo de un olor penetrante que no alcanzó a reconocer hasta un momento después, cuando su cuerpo quedó envuelto por las llamas.

Durante un minuto largo Susana permaneció donde estaba, con el bate en una mano y la lata de gasolina en la otra, observando impasible las infructuosas tentativas que hacía su marido por levantarse mientras ardía de pies a cabeza, sus aullidos espeluznantes resonando por toda la estancia como una cacofonía infernal... Al cabo, cuando el clamor se convirtió en un estertor agónico que anunciaba la inminencia del final, abandonó el salón. Se dirigió

hacia la recepción del hotel y luego fue subiendo las escaleras con lentitud calmosa, una a una, vertiendo a su paso un reguero de combustible que prendía al instante con furia impetuosa.

Al llegar al rellano de la Cormorán, posó la lata de gasolina en el suelo y se metió dentro, cerrando la puerta tras de sí con pestillo. Para entonces, el fuego se propagaba con voracidad por el pasillo y la humarada densa y negra disparaba las primeras alarmas de los detectores antiincendios. De las habitaciones colindantes le llegaba el fragor de pasos inquietos, de puertas que se abrían, de toses sofocadas y gritos histéricos...

Entró en el baño, cogió un vaso y lo llenó de agua hasta el borde en el lavabo. Después, sacando de su chaqueta un bote de somníferos, volcó el contenido en la palma de la mano y los ingirió de un solo trago.

Terminada la operación, se tumbó en la cama en posición fetal, abrazada a la almohada, esperando. No tardó en sentir los efectos de la droga: primero, un sopor intenso que le obligó a cerrar los párpados; luego un fuerte retortijón en el estómago que le hizo apretar los labios en una mueca de dolor...

Después, cuando ya estaba en ese limbo que habita entre la vida y la muerte y notaba que la existencia se escapaba de su cuerpo, oyó aquel ruido. Una especie de repiqueteo sobre la madera, rítmico, suave. Toc, toc, toc... Y la voz inconfundible del ser que más amaba en el mundo y que tanto había anhelado durante años, le dijo:

—Hola, mamá.

Entonces lo vio. Estaba ahí, de pie, observándola junto a la ventana, y resplandecía. Ella se levantó, dejando sobre la cama su cuerpo ya inerte, y fue a estrecharlo entre sus brazos.

Fin